GRAZIA
DELEDDA
LA HIEDRA
CIUDAD
DE LIBROS

Índice

Portadilla
Créditos

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once

Sobre la autora

La hiedra

Grazia Deledda

Traducido del italiano por
José Miguel Velloso

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Título original: *L'edera*

Primera publicación en idioma original: 1908

Primera edición en este formato: febrero de 2014

© de la traducción: 1965 by José Miguel Velloso

© del diseño de portada: 2014 by Damià Matthews, Ignacio Ballesteros

ISBN: 978-84-15997-77-1

© de esta edición: Barcelona Digital Editions, S.L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
info@ciudaddelibros.com
www.ciudaddelibros.com

Open Road Español distribuye a Ciudad de Libros en todos los territorios, a excepción de España e Hispanoamérica.

Uno

Era un sábado al atardecer, la víspera de la fiesta de San Basilio, patrón del pueblo de Barunèi. A lo lejos se oían ruidos confusos, algún estallido de cohete, un redoble de tambor, gritos de niños; pero en la calleja, en cuesta, empedrada con grandes guijarros, iluminada todavía por el crepúsculo rosado, solamente se oía la voz nasal de don Simone Decherchi.

—Por lo pronto, el muchacho ha desaparecido —decía el viejo noble, que estaba sentado ante la puerta de su casa y discutía con otro anciano, *ziu* Cosimu Damiano, suegro de un hijo suyo—. ¿Quién le ha visto? La gente cree que le ha matado su padre… Y todo esto ocurre porque ya no hay temor de Dios, ya no hay honradez… En mis tiempos, la gente ni siquiera se atrevía a imaginarse que un padre pudiera matar a su hijo…

—Ciertamente, ya no hay temor de Dios —replicó *ziu* Cosimu, cuya voz se parecía a la de don Simone—; pero esto no quiere decir nada. Hasta la Historia Sagrada tiene ejemplos de calumnias terribles contra pobres inocentes. Además, el muchacho desaparecido, el hijo de Santus el pastor, era un verdadero diablillo. A los trece años robaba como un ladrón viejo; y Santus estaba ya harto. Le ha pegado, y el muchacho ha desaparecido; se ha ido a rodar mundo. Antes de marcharse, le dijo al viejo pastor compañero de su padre: «Iré como la pluma por el aire, y no me volveréis a ver».

Don Simone meneaba la cabeza, incrédulo, y miraba a lo lejos, hacia el fondo de la calle. Una figurita negra avanzaba por ella, rozando las paredes de las bajas casucas, grises y negras.

Otra figurita, de muchacha campesina, se dibujaba contra el fondo amarillento de una puertecilla iluminada, y parecía estar atenta a las habladurías de los dos viejos.

Por la puerta abierta de par en par de la casa de don Simone se veía un zaguán, y, al final de este, otra puerta con un fondo de árboles.

La casa Decherchi era antigua, seguramente medieval; la puerta, grande y negra; el arquitrabe ojival, la cornisa, los dos balcones de

hierro que amenazaban ruina, la hacían muy diferente de las otras mezquinas casuchas del poblado. Parecía una casa lacerada, enferma, pero que conservara cierto aire de grandeza e incluso de potestad. Aquellos muros desconchados que permitían ver las piedras corroídas; aquella puerta carcomida y negra, refugiada bajo su arco como un noble venido a menos bajo su título; aquella cornisa sobre la que crecía el euforbio; aquel cubrecama, ajado y brillante, de antiguo damasco verdoso, que colgaba melancólicamente de un balconcillo del piso superior… tenían algo de tristeza y de orgullo, y también de misterio; y atraían la atención de los lugareños acostumbrados a considerar a la familia Decherchi como la más antigua y noble del pueblo.

Don Simone se parecía a su casa: no usaba el traje popular, pero conservaba la barretina sarda y los botones de oro en el cuello de la camisa; también él, venido a menos y orgulloso, alto y encorvado, sin dientes y con los ojos negros brillantes. Los cabellos espesos y blanquísimos, la barba, corta y blanca, en punta, daban a su rostro oliváceo, de nariz grande y pómulos salientes, una nota característica, de entre patriarca y viejo soldado de fortuna.

Y *ziu* Cosimu Damianu, que convivía con los Decherchi, se parecía a don Simone. La misma estatura, los mismos cabellos blancos, las mismas facciones, la misma voz; pero un no sé qué de tosco, de primitivo, y su traje popular, revelaban en él al viejo plebeyo, al trabajador humilde y paciente, sobre el que la larga convivencia con un hombre superior como don Simone había ejercido una especie de sugestión física y moral.

—Pasaron diez días y el chico no volvió —seguían contando—. Entonces el padre se puso en camino y llegó hasta Ozierie, fue hasta la Gallura. Encontró a un pastor y le preguntó: «¿Ha visto por casualidad a un muchacho con los ojos azules y una peca en la frente?». «Pues sí, lo he visto: está de criado en un *stazzo* de la Gallura», contestó el pastor. Entonces, Santus, tranquilizado, volvió al pueblo. Y ahora la gente estúpida va diciendo cosas horribles, y la justicia hace caso de las habladurías de las mujerzuelas, y todo el mundo persigue al pobre padre. Ahora dicen que ha vuelto a marcharse en busca del hijo.

Don Simone meneaba la cabeza y sonreía, un poco burlón: ¡*ziu* Cosimu había sido siempre un hombre ingenuo! Pero, sin ofenderse por la evidente ironía del viejo noble, el campesino preguntó, animándose:

—Pero, hijo de San Antonio, ¿por qué te empeñas en pensar siempre mal del prójimo?

El otro dejó de sonreír; se puso serio, casi sombrío.

—Los tiempos son malos. No hay temor de Dios, y ahora todo es posible. Los jóvenes no creen en Dios, y nosotros los viejos… nosotros

somos como la pasta ablandada, mira, así… —y con la mano hacía ademán de echar algo blando, algo podrido—. Dejamos pasar treinta días cada mes, y… todo se hace pedazos.

—¡Seguramente es verdad! —exclamó *ziu* Cosimu, y comenzó a golpear un guijarro con el bastón y no dijo más. Don Simone le miró y sonrió de nuevo.

—Yo soy como la justicia: pienso siempre lo peor y suelo adivinar… ¡Vivir para ver, Cosimu Damià!

El otro siguió golpeando el suelo con el bastón, y ambos, uno triste, el otro sonriente, pensaron en la misma cosa, o mejor dicho, en la misma persona.

Mientras tanto, una mujer anciana, envuelta en un largo chal negro, orlado y bordado, después de haber subido la cuesta de la calle, se había detenido cerca de los dos viejos.

—¿Dónde está Rosa? —preguntó, abriendo un poco las puntas del chal.

—Debe de estar en el patio, con Annesa —contestó *ziu* Cosimu.

—¡Dios mío, qué calor! En la iglesia nos ahogábamos —reanudó la mujer, que era alta, con los ojos negros ojerosos y el rostro ceñido por dos crenchas de cabellos que parecían de raso gris.

Ziu Cosimu la contempló y meneó la cabeza. Tan alta y cerúlea, con su chal negro, su hija predilecta se le antojaba la Virgen de los Dolores.

—¿En la iglesia os ahogabais? —dijo con leve reproche—. ¿Y por eso no volvías? ¿Qué husmeabas por allí abajo?

—Me confesaba: mañana habrá comunión general —repuso simplemente la mujer. Luego hizo ademán de entrar en la casa; pero antes se volvió y dijo—: ¿No ha vuelto Paolo? Si no ha vuelto a estas horas, ya no vendrá en toda la noche. Ahora prepararemos la cena.

—¿Qué hay para comer, Rachele? —preguntó, bostezando, don Simone.

—Todavía tenemos truchas, *babbai* —papá—, y luego freiremos huevos. Menos mal que no hay invitados.

—¡Eh, todavía pueden llegar! —exclamó *ziu* Cosimu, no sin amargura—. El hotel es pobre, pero aún es bueno para los que no quieren pagar.

—¡No me acordaba de que teníamos truchas! —exclamó don Simone, alegrándose ante la perspectiva de la buena cena—. Y si llegan invitados, habrá también para ellos. Sí, me acuerdo de que para las fiestas venían muchos invitados; hubo un año en que eran diez o doce. Ahora la gente ya no va a las fiestas, ya no quiere oír hablar de santos.

—Ahora le gente es pobre, Simone mío; vive también sin fiestas.

—Hasta la liebre corre siempre, aunque no vaya a la iglesia —dijo

el viejo noble, comenzando a irritarse por las contradicciones de *ziu* Cosimu.

Y mientras los dos abuelos proseguían su discusión, *donna* Rachele atravesó el zaguán y entró en la habitación del fondo, contigua a la cocina.

El último resplandor del crepúsculo penetraba todavía por la ventana que daba al huerto. Mientras *donna* Rachele se quitaba y doblaba el chal, una voz enojada dijo:

—Rachele, ¡ya podías encender una luz! Me dejáis solo, me dejáis a oscuras, como un muerto…

—Tío, todavía es de día, y se está más fresco sin luz —repuso ella con su voz dulce y con palabra lenta—. Ahora mismo la enciendo. Annesa —dijo luego, asomándose a la puerta—, ¿estás cerniendo todavía la harina? Déjalo, es tarde. Y Rosa, ¿dónde está?

—Aquí, en el patio —repuso una voz velada y casi débil—. Ahora termino.

Donna Rachele encendió la luz y la dejó en la gran mesa de encina que había en el fondo de la habitación, entre la puerta del zaguán y la ventana. Y el amplio cuarto, un tanto bajo y ahumado, apareció todavía más triste a la luz amarillenta de la lámpara de aceite. También allí dentro todo era viejo y ruinoso; pero el canapé antiguo, de tapicería ajada; la mesa de encina, el armario carcomido, la devanadera, el arquibanco de madera labrada, y todos los muebles, conservaban, en su miseria, en su vejez, algo de noble y distinguido. En un camastro, al fondo de la habitación, estaba sentado, reclinado en unos almohadones de cretona a cuadros blancos y rojos, un viejo asmático, que respiraba penosamente.

—Se está fresco, sí, se está fresco —volvió a refunfuñar, con voz jadeante y enfadada—. ¡Si por lo menos pudiera estar fresco! Annesa, hija del demonio, ¡Si me trajeras un poco de agua!

—Annesa, trae un poco de agua al tío Zua —pidió *donna* Rachele, mientras atravesaba la cocina, todavía más amplia y ahumada que la habitación.

La mujer, que había arrinconado junto a la puerta el canasto de la harina, se levantó, se sacudió el vestido, cogió el cántaro del agua y llenó un vaso.

—Annesa, ¿me traes o no el agua? —repetía el viejo asmático con voz casi estridente.

Annesa entró, se acercó al camastro; el viejo bebió, mientras la mujer le miraba. Nunca dos figuras humanas se habían parecido menos.

Ella era pequeña y delgada, parecía una niña. La luz del candil daba un tono de bronce dorado a su rostro oliváceo, y redondo, cuya gracia infantil acentuaba el hoyuelo del mentón. La boca, un poco

grande, de dientes blanquísimos, apretados, iguales, tenía una leve expresión de burla cruel, mientras que los ojos azules bajo los grandes párpados lívidos, eran dulces y tristes. En aquella cara de criada taciturna y enfermiza había algo de burlón y de suave, una sonrisa de vieja mala y una mirada de niña triste; y su cabeza se inclinaba hacia atrás, como si se abandonara al peso de una enorme trenza rubia, recogida en la nuca. El cuello, largo y menos moreno que la cara, salía desnudo de la blusa abierta; el corpiño popular se cerraba sobre el pecho breve; y todo era gracioso, ágil, juvenil, atractivo, en aquella mujer, de la que solamente las manos largas y descarnadas revelaban la edad madura.

La figura del viejo asmático recordaba, en cambio, a algún antiguo ermitaño moribundo en una gruta.

Su rostro, arrugado por un intenso sufrimiento, daba la impresión de una máscara de cartón. En aquella figura, triste y sombría, todo era amarillento y como ahumado; y el pecho, peludo y jadeante, que la camisa abierta dejaba al descubierto, y los cabellos enmarañados, la barba amarillenta, las manos nudosas, y todos sus miembros, que se dibujaban, esqueléticos, debajo de las sábanas, tenían un estremecimiento de angustia.

Él lo decía siempre:

—Vivo solamente para temblar de dolor.

Todo le fastidiaba, y él fastidiaba grandemente a todos; parecía que viviera solamente para hacer pesar su sufrimiento sobre los demás.

—Annesa —gimió, mientras la mujer se alejaba con el vaso vacío en la mano—, cierra la ventana. ¿No ves cuántos mosquitos? Así te pinchen los diablos como me pican a mí los mosquitos.

Pero Annesa no contestó ni cerró la ventana; volvió a la cocina, dejó el vaso al lado del cántaro; luego salió al patio y encendió fuego en un rincón, bajo el cobertizo. Durante el verano, para que el calor y el humo no penetraran en la habitación donde yacía el viejo asmático, cocinaba fuera, en aquel rincón del cobertizo, transformado en cocina.

Una paz triste reinaba en el patio, largo, estrecho y en gran parte obstruido por una pila de leña para quemar. La luna llena, que brillaba en el cielo, todavía blancuzco, más allá del muro desconchado, iluminaba el rincón del cobertizo. Se oían voces lejanas, estallidos de cohetes y un sonido de trompa, ronco e inseguro, que intentaba un tema solemne:

Va, pensiero, sull'ali dorate…

Annesa colocó las trébedes negras sobre el fuego; y, mientras *donna* Rachele iba a la despensa para llenar de aceite la sartén, una niña de seis o siete años, con su enorme cabeza cubierta de ralos

cabellos rubios, se asomó a la puertecilla entornada del huerto:

—Annesa, Annesa, ven. Desde aquí se ven bien los cohetes —gritó, con una vocecilla de vieja desdentada.

—Entra, Rosa. Es tarde; te morderá las piernas alguna lagartija…

—No es verdad —reanudó la vocecita, un poco temblorosa—. Ven, Annesa, ven…

—No, te he dicho. Entra. Hay ranas, además; lo sabes perfectamente…

La niña entró y avanzó, temerosa, hasta el cobertizo. Un tosco vestidito rojo, adornado con encajes amarillos, hacía todavía más desgraciada su deforme figurita y más fea su carita descolorida de viejuca sin dientes, aplastada por la frente hidrocéfala, desmesurada y saliente.

—Siéntate ahí —dijo Annesa—, los cohetes se ven también desde aquí.

Algún cohete, en efecto, atravesaba, como un cordón de oro, el pálido cielo y parecía que quisiera alcanzar la luna. Luego, de repente, estallaba, fraccionándose en mil chispas rojas, azules y violetas.

Rosa, sentada en el carro sardo, en medio del patio, se estremecía de placer e inclinaba la cabeza, con el miedo y la esperanza de que aquella lluvia maravillosa cayera sobre ella.

—Por lo menos, una de esas chispas —gritó, inclinando la enorme frente y extendiendo la manecita—. ¡Quisiera una! Aquella de oro: debe de ser una estrella.

—¡Locuela! —dijo la abuela, que regresaba con la sartén llena de aceite.

Annesa puso la sartén sobre las trébedes, y la dama entró de nuevo para poner la mesa.

—¿Caen muy lejos? —reanudó la niña—. ¿Sí? ¿En el bosque? ¿Dónde están los lagartos?

—¡Oh, más lejos! —repuso la mujer, que había comenzado a freír las truchas.

—¿Dónde, más lejos? ¿En la carretera? ¿Te parece que alguna cae cerca de mi papá? ¿Y si le cae encima?

—¡Quién sabe! —dijo Annesa, pensativa—. ¿Crees, Rosa, que puede regresar esta noche?

—¡Yo, sí, lo creo! —exclamó vivamente la niña—. ¿Y tú, Anna?

—No sé —dijo la mujer, arrepentida ya de haber hablado—. Vuelve cuando quiere.

—Es el amo, ¿no es verdad? Es muy fuerte, puede mandar a todos. ¿No es verdad? —preguntó Rosa, pero con un tono que no admitía una respuesta negativa—. Puede hacer lo que quiera, puede incluso ser malo, ¿no es verdad? Nadie le castiga, ¿no es verdad?

—Es verdad, es verdad —admitió la mujer, con voz seria.

Luego, las dos: la niña en el carro, Annesa ante el fuego, callaron, pensativas.

—Annesa —gritó, de repente, Rosa—, ¡ya viene! Oigo el paso del caballo.

Pero la otra meneó la cabeza. No, no era el paso del caballo de Paulu Decherchi. Ella conocía muy bien aquel paso cadencioso de caballo que vuelve cansado después de un largo camino. Y, sin embargo, el paso del caballo advertido por Rosa se detuvo delante del portal.

—Debe de ser un huésped —dijo Annesa, con despecho—. Esperemos que sea el primero y el último.

Pero *donna* Rachele salió de nuevo al patio, dio a Annesa algunos huevos que llevaba en el delantal, y dijo con alegría:

—Ya decía yo que no teníamos que desesperar. Ha llegado un huésped.

—¡Buena noticia! —replicó la otra.

—Abre el portal, Annesa. Una fiesta no es hermosa si no se tienen huéspedes en casa.

La mujer dejó los huevos junto al fuego y fue a abrir.

Un labriego, bajo y fornido, con una espesa barba castaña, se había apeado del caballo y saludaba a los abuelos, que todavía estaban sentados ante la puerta.

—¿Están bien? ¡Que Santa Ana les conserve!

—Muy bien —repuso don Simone—. ¿No ves que parecemos dos pollitos?

—Y Paulu, ¿dónde está?

—Paulu, seguramente, volverá mañana por la mañana; ha ido a Nuoro por asuntos.

—*Donna* Rachele, ¿cómo está? Annesa, ¿eres tú? —dijo el recién venido, entrando en el patio conduciendo al caballo—. ¡Cómo!, ¿todavía no te has casado? ¿Dónde atamos el caballo? ¿Aquí, en el cobertizo?

—Sí, tú mismo —contestó *donna* Rachele—, a tu comodidad, como si estuvieras en tu casa. Ata el caballo aquí, en el cobertizo, porque la cuadra está llena de sacos de paja.

Annesa experimentó casi placer al oír mentir a *donna* Rachele.

«Sí —pensó con amargura—, la fiesta no es hermosa sin huéspedes; pero hasta los santos tienen que decir alguna mentira, porque el techo del establo está estropeado, y no se encuentra dinero para arreglarlo…»

—Y tus hermanas, ¿están bien? —preguntó luego *donna* Rachele, ayudando al huésped a atar el caballo—. ¿Y tu madre?

—Todas bien, todas frescas como rosas —exclamó el hombre, sacando un cesto de las alforjas—. Esto, precisamente, lo manda mi

madre.

—¡Oh!, no hacía falta que te molestaras —dijo la dama, cogiendo el cesto.

Y volvió a entrar en la cocina, seguida por el invitado; mientras, Annesa, triste y burlona, se inclinaba ante el fuego y golpeaba ligeramente un huevo contra la piedra que servía de hogar.

Rosa bajó pesadamente del carro y entró también, curiosa por saber qué había en el cesto.

En la habitación del viejo asmático, que servía además de comedor, la mesa estaba preparada para cuatro personas; *donna* Rachele puso otro cubierto, y el huésped se acercó a tío Zua.

—¿Cómo va, cómo va? —le preguntó, mirándole curiosamente.

El viejo jadeaba, y con una mano se palpaba el pecho, sobre el que llevaba, colgada de un cordón pringoso, una medalla al valor militar.

—Mal, mal —contestó, mirando fijamente al huésped, al que no había reconocido al principio—. ¡Ah!, ¿eres tú, Ballore Spanu? Ahora te reconozco perfectamente. Y tus hermanas, ¿se han casado?

—Hasta ahora, no —contestó el hombre, un poco molesto por esta pregunta.

En aquel momento, los dos abuelos entraron, llevando las sillas, y se sentaron a la mesa, junto con el huésped, *donna* Rachele y la niña.

—¿Esta es la hija de Paulu? —preguntó el hombre, mirando a Rosa —. ¿Sólo tiene esta niña? ¿No piensa en casarse otra vez?

—¡Oh, no! —repuso *donna* Rachele, con una sonrisa triste—. Ha sido demasiado desgraciado la primera vez. Por ahora no piensa en absoluto en el matrimonio. Sí, esta es su única hija. Pero sírvete, Ballore, ¿no comes nada? Coge esta trucha; mira, esta.

—Y vuestro párroco, aquel cura viejo a quien una vez le robaron los bandidos, ¿vive todavía? —preguntó *ziu* Cosimu.

—¡Ya lo creo! Bien fuerte que está…

Mientras así charlaban, se oyó llamar a la puerta.

—Debe de ser otro huésped —dijo *donna* Rachele—, he oído un caballo.

—Tal vez es *babbai* —gritó Rosa, y bajó de la silla y corrió para ver.

Otro huésped hablaba con Annesa ante el portal. Era un hombre flaco y moreno, miserablemente vestido. La mujer no le conocía, y le contemplaba con evidente hostilidad.

—¿Es esta la casa de don Simone Decherchi? —decía el viajero—. Yo soy de Aritzu, me llamo Melchiorre Obinu y soy ahijado de Pasquale Sole, gran amigo de don Simone. Mi padrino me ha dado una carta para su amigo.

—¡La posada está abierta! —murmuró Annesa.

Pero fue a avisar a don Simone de que el ahijado de su amigo

pedía hospitalidad; y el viejo noble, por toda respuesta, ordenó que se pusiese otro cubierto a la mesa.

Pero el nuevo huésped quiso quedarse en la cocina; y en cuanto Annesa le puso delante un canasto con pan, queso y tocino, comenzó a comer con avidez. Debía de ser muy pobre, iba vestido casi míseramente, y sus grandes ojos, tristes, parecían los ojos cansados de un enfermo. Annesa le contemplaba y sentía que iba menguando su enfado. Después de todo, ya que los Decherchi se empeñaban en abrir su casa a todo el mundo, mejor era dar de comer a los pobres que a los ricos gorrones, como aquel Ballore Spanu.

—Toma, cómete esta trucha —le dijo, ofreciéndole una parte de su cena—. Ahora te daré de beber.

—Dios te lo pague, hermana —repuso él, sin dejar de comer.

—¿Has venido para la fiesta?

—Sí, he venido para vender espuelas y riendas.

Annesa le sirvió de beber.

—Dios te lo pague, hermana.

Él bebió, la miró y pareció que no la hubiera visto hasta entonces. Sus cabellos, sobre todo, atrajeron sus miradas.

—¿Eres la criada tú? —preguntó.

—Sí.

—Pero ¿tú eres del pueblo? Me parece que no.

—No te equivocas.

—¿Eres forastera?

—Sí, soy forastera.

—¿De dónde eres?

—De un pueblo del mundo…

Ella entró en la habitación contigua, luego salió al patio y volvió a entrar.

El huésped pobre aprovechó su ausencia para servirse otro vaso de vino, y se puso alegre, casi insolente.

—¿Estás prometida? —preguntó a la mujer, cuando esta volvió—. Si no, mira si te convengo. He venido para vender espuelas y bridas y para buscarme mujer.

Pero esta broma no gustó a Annesa, que volvió a ponerse triste y burlona.

—Puedes poner una de tus bridas al cuello de alguna mujer y así arrastrarla hasta tu pueblo.

—No, de verdad —insistió el otro—; dime si tienes novio. Por la manera áspera con que me hablas, diría que no, o bien que es muy feo.

—Pues ahora te engañas, querido hermano. Mi novio es mucho más guapo que tú.

—Enséñamelo.

—¿Por qué no? Espera.

Annesa volvió a entrar en el comedor y, después de las truchas, sirvió los huevos fritos con cebolla; y, por último, una torta de harina y queso fresco.

—No esperábamos invitados —se excusaba *donna* Rachele, dirigiéndose con evidente humillación a Ballore Spanu—. Perdona, pues, Ballore, si te, tratamos mal.

—Vosotros me tratáis como a un príncipe —contestaba el huésped, comiendo y bebiendo alegremente.

También los dos abuelos bromeaban. Don Simone estaba, o parecía estar, alegre y sereno, tal y como Ballore le había conocido siempre. En la risa de *ziu* Cosimu, en cambio, se percibía alguna nota triste; y hasta el viejo asmático, que masticaba lentamente la carne rosada de una trucha, tomaba parte en la conversación y sonreía burlonamente cuando el invitado hablaba de Paulu.

—Es la pura verdad: teníamos dos cabezas llenas de pájaros, su hijo y yo, *donna* Raché —decía Ballore Spanu—. Me acuerdo que, una vez, Paulu vino a verme al pueblo, y los dos nos marchamos juntos, y durante un mes nuestras familias no supieron nada de nosotros. Fuimos de fiesta en fiesta, de pueblo en pueblo, siempre a caballo. ¡Qué cabezas, Dios mío! ¡Qué loco es uno en la juventud!

—Buenas piezas —murmuró el asmático.

—Sí, me acuerdo —dijo *donna* Rachele—. ¡Y qué tormento! Creíamos que os habrían detenido.

—Detenido, ¿por qué? —gritó el invitado, casi ofendido—. ¡Eso no! Éramos dos cabezas locas, sí; pero dos caballeros. Eso podemos decirlo bien alto. Pero hay que confesarlo: hemos derrochado mucho dinero…

—Por eso… —comenzó a decir el viejo asmático, con su voz desdeñosa.

Pero Annesa le dio de beber y le miró fijamente, y él no se atrevió a proseguir. Por otra parte, Ballore Spanu sabía perfectamente que las locuras juveniles de Paulu habían acabado de arruinar a la familia: no hacía falta repetirlo.

Una sombra pasó por el rostro cerúleo de *donna* Rachele, y *ziu* Cosimu dijo:

—Paulu es bueno, bueno como el pan; pero ha sido siempre un joven demasiado alegre y sin prejuicios. Nunca ha tenido temor de Dios, se ha divertido siempre y ha gozado de la vida de todas las maneras.

—¡Se ve que no estaba destinado a hacerse fraile! —exclamó el huésped—. Además, hay que disfrutar mientras se es joven…

—Perdona: yo disfruto también ahora, que soy viejo —observó don Simone con acento burlón.

No le gustaba que se hablara mal del nieto delante de extraños, y procuró cambiar la conversación.

—*Zua* Deché —exclamó, dirigiéndose al enfermo—, ¿no es verdad que los jóvenes tienen que ser más sabios que los viejos?

El viejo jadeó con fuerza, intentó incorporarse, y gritó, irritado:

—¿La juventud? Yo he sido joven, pero he sido siempre serio. En Crimea he conocido a un capitán francés que decía: «¡Usted tiene cien años, sardo!…». Y… y… La Marmora, después de la batalla… y… y…

Un acceso de tos le impidió proseguir. *Donna* Rachele se le acercó, le levantó la cabeza y le hizo señas de que se calmara.

—Hijo de San Antonio —dijo *ziu* Cosimu, levantando las manos—, ¿por qué te enfadas así? ¿No ves que te hace daño?

Pero el asmático se empeñaba en hablar, y no podía, y sólo se percibía alguna palabra entre sus gemidos sibilantes.

—Yo… Víctor Manuel… la medalla… Balaclava… He trabajado siempre… yo… mientras que los demás…

Annesa iba y venía; estaba palidísima y miraba al viejo con odio; pero apretaba los labios para no gritar contra él.

En vano, el huésped pobre, cuando volvía a la cocina, intentaba bromear y hacerla hablar; ella callaba. De repente, salió al patio y estuvo bastante tiempo fuera.

Entonces, él se sirvió otro vaso de vino y miró a su alrededor, buscando una estera donde poder tumbarse. Luego le pareció oír que Annesa hablaba con un hombre en el patio, y aguzó el oído.

—Habla mal de don Paulu —decía la mujer—, y los demás le permiten… ¡Ah!, si pudiera, le echaría de la cama…

—Déjale decir —repuso una voz de hombre—. Todo el mundo sabe que chochea.

Luego las voces callaron. Al invitado le pareció oír el chasquido de un beso, y se estremeció al pensar en la hermosa boca de Annesa.

Un criado joven, con la cabellera negra partida en la frente, la morena cara imberbe y los ojos dulces, entró en la cocina.

—Salud, huésped —dijo, y se sentó delante del canasto de la comida.

—Salud tengas —repuso el otro, mirándole maliciosamente—. ¿Eres el criado tú?

—Sí, soy el criado. Annesa, ¿me darás de comer? He vuelto tarde porque he ido a ver los fuegos artificiales. ¡Qué cosa más bonita! Parecía que todas las estrellas del cielo cayeran sobre la tierra. ¡Si al menos hubieran sido buenas para comer!

Y reía como un niño, entornando sus hermosos ojos castaños y enseñando dos hileras de dientes, pequeños y blanquísimos.

Pero Annesa estaba de mal humor; le sirvió la comida y salió otra vez.

—¡Qué muchacha tan seria! —dijo el invitado, siguiéndola con los ojos—. Guapa, pero seria.

—¡Bah!… Es inútil que la mires —exclamó el criado, que estaba muy achispado—. No te conviene.

—Lo sé. Es tu novia.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho ella. Y he oído que os besabais…

—¡Ah!, ¿te lo ha dicho ella? —reanudó el criado, alegre—. Es verdad: somos novios. Ella y yo, aquí, más que criados, somos de la familia. Es más: Annesa es hija adoptiva de la familia Decherchi.

Y como el invitado pobre se interesaba vivamente por lo que decía, prosiguió, con jactancia:

—Tienes que saber que don Simone ha sido casi siempre alcalde de este pueblo. No se cuentan las buenas obras que ha hecho. Todos los pobres podían llamarse hijos suyos, tanto les auxiliaba y quería. Sucedió que, hace muchos años (yo entonces todavía no comía pan), llegó a la fiesta un mendigo viejo, acompañado por una niña de tres años. Un buen día encontraron a este hombre muerto detrás de la iglesia. La niña lloraba, pero no sabía decir quién era. Entonces, don Simone se la llevó, la trajo aquí, y la trató como de la familia. Muchos dicen que Annesa es del continente; otros creen que el mendigo viejo la robó.

El invitado escuchaba con mucha curiosidad, pero las últimas palabras del criado le hicieron sonreír.

—¡Quién sabe! —dijo, burlón—. A lo mejor es hija del rey.

—Calla —le rogó el criado—. A mis tres señores viejos les llaman los Tres Reyes.

—¿Por qué?

—Por nada, porque son tres y son viejos.

—Hay uno enfermo. ¿Es hermano de don Simone?

—¡Oh, no! —protestó el criado, haciendo una mueca de desprecio —. Es un pariente. Es un hombre que ha estado en la guerra y tiene mucho dinero. ¡Pero es muy avaro! Mira, se muere así, con los puños apretados. Está aquí desde hace dos años, y ha hecha testamento en favor de Rosa, la hija de don Paulu.

—Don Paulu, ¿es hijo de don Simone?

—No, es su nieto. Es hijo de don Priamu, que murió.

—Tus amos son muy ricos, ¿verdad?

—Sí —mintió el criado—, todavía son ricos. Antes lo eran mucho más.

Pero en aquel momento volvió a entrar Annesa, y el joven parlanchín cambió de conversación.

—Anna, este no quiere creer que el año que viene nos casamos. ¿No es verdad que hemos crecido juntos en esta casa, igual que

parientes?

—Entonces, bebamos por vuestra buena suerte —dijo el invitado, y bebió un poco de vino que todavía tenía en el vaso.

—¿Nos traerás otra botella, Annesa? Sí, sí, ve —suplicó el criado, dando a la mujer la botella vacía.

Mas Annesa le volvió la espalda y se dirigió hacia la habitación donde los viejos dueños y el huésped rico charlaban y reían.

Pero mientras bajaba el escalón de la puerta, resonó en la calleja desierta un paso cadencioso de caballo. Annesa se detuvo, escuchando, y luego dijo, dirigiéndose al criado:

—Gantine, es don Paulu —y atravesó corriendo la cocina, olvidándose incluso de dejar un plato que llevaba en la mano.

Poco después entró en la cocina un hombre todavía joven, alto y esbelto, vestido enteramente de negro, de burgués, con sombrero duro.

Gantine se puso en pie de un salto.

—No —le dijo Paulu, después de haber saludado al invitado con una inclinación de cabeza—, no quites la silla al caballo, porque está muy sudado. Déjalo respirar un momento. Luego, llévalo a casa de *ziu* Castigu, y mañana, al clarear, condúcelo a pacer.

Y puso el pie en un taburete para quitarse las espuelas.

El huésped pobre le miraba con curiosidad, y le parecía que el criado y el amo se semejaban: la misma cara morena, los ojos grandes y dulces, la misma boca de labios salientes, sólo que Paulu sobrepasaba, en la altura de la cabeza, al criado y tenía un aire triste y taciturno; mientras que Gantine parecía alegre y despreocupado. Y la boca del joven era rosada y sonriente; mientras que los labios de Paulu estaban pálidos, casi grises.

«Sí —pensaba el vendedor de bridas—, ahora me acuerdo: mi padrino, Pascale Sole, me decía un día que los Decherchi tenían en casa, como criados, al hijo ilegítimo de uno de ellos. Don Paulu y Gantine deben de ser hermanos…»

—Toma —dijo el viudo, tendiendo la espuela a Gantine—, cuélgala en la pared.

Y entró en la habitación contigua, donde el huésped rico le acogió con una exclamación de júbilo. Paulu le estrechó la mano y pareció alegrarse de volver a ver a su antiguo compañero de aventuras; pero *donna* Rachele y los abuelos miraron al viudo y se dieron cuenta en seguida de que no traía buenas noticias.

Dos

También Annesa estaba más triste y taciturna que de costumbre.

Después de cenar, Gantine invitó al huésped pobre a salir con él.

—Ahora llevaremos el caballo a casa de *ziu* Castigu, después daremos una vuelta por el pueblo. Deja el portal entornado —dijo a Annesa.

—¡Eso sí, que no! —contestó ella, con vivacidad—. Tal vez te quedes por ahí toda la noche. Yo cerraré el portal, y tú puedes perfectamente llevarte la llave.

—Está bien. Adiós —dijo Gantine, abrazándola por la cintura—. Volveré pronto, no lo dudes.

—Haz lo que te parezca —contestó ella, rechazándolo desmañadamente.

Además del caballo de Paulu, los dos jóvenes se llevaron también el jumento del vendedor de bridas, porque debajo del cobertizo sólo había sitio para un caballo. Y condujeron las dos bestias al establo de un pastor que había sido, durante muchos años, criado de los Decherchi. Luego se fueron a una taberna y terminaron de emborracharse.

También Paulu salió con su amigo. *Donna* Rachele y la niña se fueron a la cama; los dos abuelos charlaron un poco más; Annesa acabó de ordenar la habitación y la cocina y preparó su cama.

Dormía en el canapé, en el comedor, para estar preparada, caso de que la llamara el viejo asmático. Cuando Gantine estaba en el pueblo, *donna* Rachele, para evitar a los dos novios un peligroso coloquio nocturno, pedía a Paulu o a tío Cosimu que ocuparan el sitio de Annesa, y esta dormía en una de las habitaciones interiores. Pero aquella noche, el huésped pobre tenía que dormir en la cocina, junto con Gantine, y así se evitaba el peligro.

La mujer preparó dos esteras, para el criado y el huésped, cerró el portal, así como la puertecilla que daba al huerto, y sacó la llave. Finalmente echó la cadena en la puerta de la habitación. Si Gantine volvía, no podía penetrar en la casa más allá del patio y de la cocina.

Los dos abuelos se retiraron; *ziu* Zua se amodorró. Entonces,

Annesa apagó la luz y encendió la lamparilla de noche, pero no se acostó. No tenía sueño; al contrario, parecía insólitamente excitada, y sus ojos, ahora que nadie los observaba, brillaban con una oscura llama, ávidos y ojerosos.

Salió al zaguán, abrió la puerta que daba al huerto y se sentó en el escalón de piedra.

La noche era cálida y tranquila, aclarada apenas por el velo blancuzco de la Vía Láctea y de las estrellas, vivísimas. Delante de Annesa, el huerto, negro y callado, olía a tomates y a hierbas aromáticas; y el perfume, del romero y de la ruda recordaba la montaña, las extensiones salvajes, los valles primordiales, cubiertos de matas y de arbustos, que rodeaban el pueblo. Al fondo del huerto comenzaba el bosque, del que emergía la montaña, con su perfil enorme de dorso humano tendido sobre el horizonte estrellado. Los grandes árboles negros estaban tan inmóviles y graves, que parecían rocas.

Pero la paz, el silencio, la oscuridad de la noche, la inmovilidad de las cosas, pesaban como un misterio en el corazón de Annesa. A veces, le parecía que se ahogaba, que respiraba penosamente, como el viejo asmático.

También ella lo había comprendido: Paulu volvía de Nuoro sin el dinero, que desde hacía tres meses buscaba con desesperación por todos los pueblos del distrito. La ruina era inminente.

—La casa, el huerto, la *tanca,* el caballo, los muebles, todo será subastado… —gemía para sí la mujer, con la cabeza casi entre las rodillas—. Nos echarán como a perros hambrientos, y la familia Decherchi será la más pobre del lugar. Habrá que marcharse… como los mendigos que van de pueblo en pueblo… de fiesta en fiesta… ¡Ah!

Suspiró profundamente: recordaba su origen.

—Mejor era que me hubiesen dejado proseguir mi vida… No hubiera sufrido así, no hubiese visto lo que he visto, lo que veré. ¿Qué sucederá? ¿Qué será de nosotros? *Donna* Rachele se morirá de dolor. Y él… él… su fin… él ya lo ha dicho… su fin… No, no, mejor…

Se incorporó, se estremeció.

Paulu había amenazado con suicidarse, y este pensamiento, esta obsesión, y la idea de que el viejo asmático tenía debajo del almohadón un paquete de títulos y, por avaricia, por rencor contra el joven viudo, se obstinaba en no soltar un céntimo para salvar a la familia de la completa ruina, daban a Annesa una fiebre de angustia y de odio.

—Viejo escorpión —reanudó, amenazando para sí al viejo asmático —, te haré morir de rabia, te haré morir de hambre y de sed. ¡Ay de ti si lo que preveo se realiza… ay… ay! Tú nos dejas agonizar, pero yo…

No acabó de formular su pensamiento; alguien abría la puerta de la

calle.

Ella se, puso en pie de un salto, esperó ansiosamente. Paulu entró, la vio, cerró la puerta, avanzó de puntillas y miró desde la puerta de la habitación, iluminada apenas por la lamparilla nocturna. El viejo, siempre incorporado y reclinado en los almohadones, tenía los ojos cerrados, la cabeza inclinada, y hasta en el sueño respiraba afanosamente.

Seguro de que *ziu* Zua dormía, Paulu se acercó a Annesa, y con un brazo le ciñó los hombros, en un impulso de deseo. Ella tembló; con las manos abandonadas a los costados, los ojos cerrados, como desmayada, se dejó arrastrar al fondo del huerto, hacia el bosque.

Pero cuando estuvieron allí, bajo el árbol negro e inmóvil cuya sombra conocía su amor, volvió en sí, levantó los brazos y se aferró al hombre en un abrazo nervioso.

—Creía que no volvías —le murmuró, cerca de la cara—; te he visto tan sombrío, tan triste… Pero has vuelto… Has vuelto… ¡Estás aquí! Me parece que estoy soñando. Dime.

—Me he desembarazado del huésped; le he dejado en casa del padre Virdis, adonde iré a buscarle. ¿Gantine tiene la llave?

—Sí, lo he cerrado todo —dijo Annesa, con voz trémula—. Dime, dime.

—¡Nada aún! Pero no pensemos en esto.

Y la besó. Sus labios quemaban; pero había en su beso un ardor amargo: la desesperación del hombre que busca en los labios de la mujer el olvido de sus cuitas y tristezas. Annesa era inteligente y comprendía los sentimientos de Paulu: se dejó besar, sin insistir en sus preguntas; pero comenzó a llorar.

Un perfume como de peras maduras se fundía con el olor húmedo del huerto. A lo lejos, en la profundidad negra del bosque una llamita roja brillaba de cuando en cuando y parecía un ojo que se abriera para espiar a los amantes. Y una voz lejana, juvenil y sonora, pero un tanto avinada, tal vez la voz de Gantine, cantaba una *battorina*, una cuarteta, amorosa:

Buona notte, donosa.
Comente ti la passas, riccu mare?…

[Buenas noches, donosa.
¿Cómo te la pasas, rico mar?…]

Pero Annesa no oía, no veía nada. Estaba con Paulu y lloraba de angustia y de placer.

—Annesa —dijo él, casi despechado—, acaba. Ya sabes que no me gusta ver a la gente triste.

—Y tú, acaso, ¿estás alegre?

—No estoy alegre, tal vez; pero no estoy desesperado. Después de todo, si nuestros bienes se venden como los de un ahorcado, la vergüenza será más para él que para nosotros. Todo el mundo sabe que él podría salvarnos. ¡Viejo escorpión, maldito avaro! Cuando le veo, siento que la sangre se me sube a la cabeza. Si fuera otro hombre, le estrangularía.

Se animó, se agitó, apretó las manos, como si quisiera ahogar a alguien. Annesa se estremeció, se enjugó las lágrimas, y dijo, con voz quejumbrosa:

—¡Si, por lo menos, se muriera de una vez! Pero no se muere, no se muere. Tiene siete vidas, como los gatos.

—He estado en Nuoro —contó luego el joven—. He buscado dinero en todos los agujeros. Me habían indicado un usurero, un viejo negro e hinchado como un odre. Me he humillado, he suplicado, me he rebajado; sí, me he rebajado hasta rogar, como a un santo, a este viejo usurero sucio. ¡Nada! Me ha pedido la firma de Zua Decherchi. Luego he ido a casa de un propietario nuorés, que me ha mirado sonriendo y me ha dicho: «Me acuerdo de cuando estabas en el seminario de Nuoro. Eras un muchacho que prometía mucho». ¡Y me ha despachado sin dinero! Luego… Pero ¿para qué recordar estas cosas? He sufrido todas las humillaciones, inútilmente. Yo, yo, Paulu Decherchi; yo… he tenido que inclinar la cabeza como un mendigo…

Annesa inclinó la cabeza también, humillada y abatida.

—Ya no tienen confianza en ti —dijo, tímidamente—. *Ziu* Zua te ha desacreditado además, haciendo correr la voz de que tú has sido la causa de la ruina de tu familia. Pero si fuera don Simone… tal vez… encontraría el dinero…

Paulu no la dejó proseguir. Le apretó la mano con violencia, y le dijo, en voz alta:

—Anna, te perdono porque no sabes lo que dices. Mientras yo viva, nadie de mi familia tendrá que rebajarse…

Ella calló de nuevo; buscó la otra mano de Paulu, la acercó a su cara, se la besó.

—¿Por qué —murmuró, como si hablara a aquella mano, ahora inerte y fría—, por qué no intentas otra vez convencer *a ziu* Zua?

—Es inútil —reanudó él, con voz afligida—. No haría más que insultarme. Sabes perfectamente lo que dice de continuo. Lo sabes perfectamente, Annesa. Dice que queremos arruinarle, que queremos asesinarle.

—¡Ah! —suspiró ella—. ¡He tenido tantas veces la tentación de arrancarle los títulos de debajo del almohadón! Habrá que hacerlo.

—Es capaz de hacernos detener a todos, Anna. Además, yo no soy un ladrón. ¡Antes me mato!

Ella se apretó nuevamente contra él, asustada y quejumbrosa.

—¡Ya vuelves a hablar así! Paulu, Paulu, ¿no ves que me asustas? No digas eso, no hables como hablan los locos. Así eres. Déjame hablar; también yo tengo derecho a hacerlo. Paulu, recuérdalo: has dado muchos disgustos a tus abuelos y a tu santa madre, y ahora quieres matarles de vergüenza y de dolor. No digas más eso tan terrible; no hables más de ello.

—Muy bien, calla. No hablemos más de eso.

—Escúchame bien —prosiguió ella, cada vez más agitada—. He de decirte una cosa. Recuerda, Paulu, recuerda cuando tus padres querían que te casaras con Caderina Majule. Era rica, era de buena familia, y tú no la has querido porque no era bonita y era mayor que tú. Ahora han pasado muchos años; tú ya no eres un muchacho caprichoso, y Caderina Majule no se ha casado, y aún te quiere. Cásate con ella, Paulu; todo se arreglará. Cásate con ella, Paulu; cásate. Si yo estuviera en tu lugar, me casaría con ella.

Annesa hablaba como si delirara, arrojándole a la cara su aliento jadeante; y él, a su vez, tenía las manos abandonadas a los costados, la cabeza agachada, los ojos bajos. Le parecía que iba a perder el sentido, que se ahogaba, que no podía volver a salir de la sombra negra y pesada que le envolvía.

—Responde —prosiguió ella, sacudiéndolo en sus pequeños brazos, que parecían de acero—. Dime que sí. Has pensado en ello, ¿verdad? No tengas miedo de mí, Paulu. También yo me casaré con Gantine, si quieres, y nos iremos lejos, él y yo, y no nos veremos nunca más contigo. Yo, ya lo sé; yo he nacido para seguir un camino de desdichas. La suerte me odia y me ha arrojado al mundo por escarnio, como una máscara borracha arroja un pingajo a la calle. ¿Quién soy yo? Un pingajo, una cosa que no sirve para nada. No te preocupes por mí, Paulu.

Paulu la escuchaba y callaba. Annesa le inspiraba compasión y enfado. Y, de repente, la apartó de sí y murmuró palabras crueles.

—¡Nunca he creído que yo pudiera venderme, Annesa! Pero tal vez ahora ha llegado el momento de pensarlo, ya que no hay otro remedio. ¿Quién sabe? Puede ser que siga tu consejo.

Annesa calló, asustada. Aunque Paulu la rechazaba, ella se mantenía aferrada a él, y sólo cuando él hubo pronunciado las últimas palabras, abrió los brazos y cayó al suelo, como una planta trepadora privada de sostén. El creyó que se había desmayado, y se inclinó.

—¿Qué haces, Anna?

Ella gimió.

—¿Lo ves? —dijo él, con reproche y sarcasmo, levantándola y acariciándole la cara, como si fuera una niña—. Tú misma ves lo tonta que eres al decirme ciertas cosas. Me humillas siempre, y si no fueras tú quien me habla así, no sé lo que haría.

—Calla, calla —reanudó ella, sollozando—; yo lo hago por tu bien. Yo soy tu criada, y no debería hacer otra cosa que callar y escucharte de rodillas. Tienes razón, Paulu: soy tonta, soy tonta…; estoy loca. Algunas veces se me ocurren ideas extrañas, como cuando se tiene fiebre: quisiera ir por el mundo, descalza, mendigando, en busca de fortuna para ti… para vosotros… No me regañes, Paulu mío, corazón mío querido; no me regañes: tú has dicho ya una vez que yo soy como la hiedra, como la hiedra que se pega a la pared y no se separa de ella hasta que se seca.

—O hasta que la pared se cae —murmuró el hombre, con su acento doloroso y burlón—. ¡Basta! No hablemos más de eso. Que Caderina Majule se case con algún viejo tratante en cerdos, si no ha podido encontrar otra cosa. Yo me guardo a mi pequeña Anna, y basta. Ahora voy a buscar a Ballore Spanu. Es rico, ya sabes. Tal vez él me preste el dinero para impedir que salgan a subasta nuestros bienes. Quiero probarlo. Dame otro beso y alégrate.

Ella le tendió los labios temblorosos, bañados en lágrimas; y una vez más, por un instante, olvidaron ambos todos los afanes, las miserias, los errores que les separaban.

Luego él salió de nuevo, y de nuevo ella se sentó en el umbral de la puerta.

No tenía sueño; y la idea de encerrarse en la habitación donde, de cuando en cuando, se oía el gemido del viejo asmático, le daba casi una sensación de terror. Pero ahora, a su inquietud, a su afán, se mezclaba una vaga embriaguez: sentía todavía el sabor de los labios de Paulu, y delante de sí no veía más que su figura, triste, burlona y voluptuosa. Esta figura, por otra parte, estaba siempre delante de ella, la precedía en todos sus pasos, como su sombra.

Desde hacía años y años, Annesa vivía con este fantasma, que sólo la presencia real de Paulu hacía desvanecer. Ella no era una mujer ignorante e inconsciente: había estudiado en el colegio y luego había leído muchos libros, todos los libros que Paulo tenía. Y él había sido siempre su mejor y más sugestivo maestro. Le había enseñado todo lo que él sabía o creía saber. Le había señalado las constelaciones, y explicado el origen del hombre, y el misterio del trueno y el rayo; la había excitado dándole a conocer novelas de amor; y, finalmente, la había convencido de que Dios no existe.

Ella guardaba dos o tres novelas leídas en su primera juventud. Las conservaba entre sus cosas más queridas, amarillentas y desencuadernadas, como libros sagrados leídos y releídos por muchas generaciones. Y se sabía casi de memoria aquellas historias de amor y de angustia, como leyendas familiares.

Entonces, en los tiempos lejanos de su adolescencia, la familia era rica y poderosa. Criados y criadas, mendigos, niños, pobres, mujeres,

huéspedes de los pueblos cercanos, caballos, perros, jabatos y corzos amaestrados animaban la casa. Un pescador de truchas iba todos los días a llevar su botín.

Regalos iban, regalos venían. Algunos huéspedes se quedaban en casa de Decherchi cuatro o cinco días, y la mesa siempre estaba puesta. Y mientras el patio se hallaba siempre lleno de mendigos, en la cocina se escondía algún pobre vergonzante que mendigaba en secreto y al que *donna* Rachele se alegraba de poder hacer caridad.

Las personas del servicio, entonces, servían y respetaban a Annesa como a una señorita; más que hija adoptiva, se la consideraba como hija verdadera de *donna* Rachele; y ella tenía las llaves y abría incluso el cajón donde don Simone guardaba el dinero, entonces abundante.

Y muchas veces, después, se había arrepentido de no haber separado alguna cantidad con la que ayudar ahora a sus bienhechores, caídos en la miseria.

Ella había participado en todas las vicisitudes de la familia, en aquella casa donde el destino la había arrojado, como el viento de marzo arroja la semilla sobre la roca, junto al árbol arruinado. Y había crecido así, cómo la hiedra, apretándose contra el viejo tronco, dejándose arrastrar por la ruina que lo derribaba.

Sentada en el umbral de la puerta, sombra en la sombra, se entregaba a los recuerdos: recuerdos vagos y tristes, con un fondo incierto y melancólico, como aquel cielo nocturno que terminaba delante de ella, sobre la montaña dormida; pero algunos brillaban y vibraban sobre este fondo, semejantes a las estrellas fugaces que, de cuando en cuando, parecían desprenderse del cielo, cansadas de tanta altura serena, para bajar a la tierra, donde se ama y se muere.

Sí, una vez, Paulu regresaba de Nuoro, y Annesa no le reconoció, tan alto y guapo se había vuelto. Durante aquellas vacaciones, un día, mientras descargaba una tempestad, él le explicó, mejor de lo que podía hacerlo la maestra, por qué el aire resuena después que el rayo lo ha atravesado.

—Yo creía que el trueno era la voz de Dios —dijo ella, un poco en broma, un poco en serio.

—¡Estúpida! ¡Dios no existe! —le dijo él, mirando a su alrededor, temeroso de que le hubieran oído sus abuelos.

—Paulu, ¿qué dices? —murmuró ella, con terror—. ¡Si te oye don Simone! ¡Si te oye el padre Virdis!

—El padre Virdis es un charlatán, un pecador como todos los demás hombres. Dios no existe; no, Annesa. Si Dios existiera —reanudó—, no permitiría que en el mundo sucedieran ciertas cosas. Además de la vieja historia de los ricos y de los pobres, que nacen así

sin tener mérito o culpa, ¡hay tantas otras injusticias en el mundo! Tú, por ejemplo… ¿por qué no tienes padre ni madre, por qué ni siquiera sabes quién eres? ¿Lo ves? Si yo quisiera casarme contigo, no podría…

Annesa palideció, aunque nunca había pensado, ni siquiera en sueños, que se pudiera casar con el hijo de sus bienhechores.

Luego, los años pasaron. Un día, en casa Decherchi ocurrió una cosa espantosa. El padre de Paulu cayó en el patio, como si hubiera tropezado, y no se levantó más. Sus últimas palabras, dirigidas a su mujer, fueron:

—Rachele, te encomiendo aquel niño.

Y Gantine, el muchachuelo al que la voz pública señalaba como hijo del muerto, entró en la casa como criado. Los demás criados, como Gantine era casi un niño, ni siquiera bueno para desollar un cordero, le maltrataban y se burlaban de él; él se quejaba a *donna* Rachele.

—Ángel de Dios —le decía la santa viuda—, ten paciencia. Diles que crecerás y que llegarás a ser tan hábil como ellos.

Y tío Cosimu Damianu, el padre de *donna* Rachele, añadía:

—Hijo de San Antonio, diles:

Frati vanno e frati vengono,
E il convento Termo resta;

[Frailes van y frailes vienen,
y el convento quieto se queda;]

vosotros sois unos frailes vagabundos, iréis, vendréis, y yo me quedaré siempre en el convento.

Donna Rachele regañaba a su padre, porque hijo de San Antonio quiere decir bastardo, y porque no quería que los criados pudieran murmurar a causa de la significativa respuesta aconsejada a Gantine.

Pero don Simone intervenía, sonriente y sereno, como siempre:

—Deja pasar treinta días cada mes, deja que digan lo que quieran; por mucho que hagas, el prójimo nunca estará contento.

Y la paz reinaba en la familia.

Pero en aquel tiempo, precisamente, comenzó el éxodo de los criados: primero, uno; luego, otro; después, todos. Se quedaron solamente Gantine y un criado pastor, llamado *ziu* Castigu, porque era un poco simple. Luego, hasta a este despidieron. La familia se arruinaba, caía cada vez más abajo, más abajo, en un vacío pavoroso.

Las deudas de tres generaciones, los trescientos escudos que don Simone había pedido al Banco Agrícola, los intereses del doscientos por ciento de las deudas de Paulu, devoraron en pocos años las *tantas*, las viñas, los rebaños y los caballos de toda la familia. *Donna* Rachele lloraba, y decía:

—¿Veis? Ha sido como la chumbera: de una hoja han nacido mil.

Al principio, también don Simone y *ziu* Cosimu Damianu lloraban y se peleaban; pero, con el tiempo, se acostumbraron a la pobreza; y don Simone volvió a estar sereno y sonriente, repitiendo su filosófico estribillo: «Deja pasar treinta días cada mes…».

Paulu, después de haber sido expulsado del seminario de Nuoro, no había querido seguir los estudios. Se divertía como se divierten muchos pequeños terratenientes sardos, corriendo de pueblo en pueblo por las fiestas campestres. Todos los mendigos de Cerdeña, que van precisamente de fiesta en fiesta, le conocían. Hasta los ciegos decían: «Es aquel caballero de Barunei, don Paulu Decherchi, un rico que le gusta divertirse, un *ispassiosu*.

En los pueblos pedía dinero a los usureros; en las fiestas lo derrochaba. Parecía locamente enamorado de la vida. Unos días era bueno y estaba alegre; otros, malo y violento.

Annesa recordaba. Ahora Paulu se había vuelto dócil y pacífico. Los años y las desgracias le habían domado como a un potro, ¡pero entonces!… ¡Cuántas veces la había apaleado porque hacía el amor a Gantine!

—Avergüénzate, descarada. Él es un criado, es un bastardo.

—Y yo, ¿no soy una criada? —contestaba ella, llorando—. ¿No soy también yo hija de nadie?

—Tiene diez años menos que tú.

—Los años no cuentan. El árbol joven entrelaza sus ramas con las del árbol viejo…

Los ojos de Paulu brillaban como los ojos de un gato montés.

—Ingrata, descarada, *mantenuta per l'anima*. —Mantenida por la caridad.

Ella, que quería a Gantine porque se parecía a Paulu, como se quiere al fuego porque recuerda al sol, lloraba, callaba y trabajaba.

Se había convertido realmente en la criada de la casa; pero también *donna* Rachele trabajaba, rezaba y callaba.

Por aquel tiempo, Paulu se casó. Su mujer era una muchacha noble, hermosa, pero pobre y enfermiza. Durante un año, el matrimonio vivió feliz. *Donna* Kallina era buena y volvía buenos a todos los que estaban a su alrededor. El marido parecía otro; pero, después del nacimiento de la niña, de cabeza enorme, la mujer enfermó gravemente.

Don Paulu la llevó a Cagliari, a Sassari, al continente; pero *donna* Kallina murió. Y vendieron otra *tanca*.

La casa se volvió triste y solitaria. Los mendigos ya no insistían, como antes, para que les dieran limosna. Los huéspedes escasearon.

Don Simone seguía sonriendo, ahora con tristeza, y repetía que es preciso resignarse y dejar pasar treinta días cada mes; pero

refunfuñaba porque la gente ya no cree en Dios y, por tanto, obra mal.

Ziu Cosimu Damianu, con la pequeña Rosa en los brazos, estaba de acuerdo en que el temor de Dios es un freno para el mal; pero defendía los errores y las debilidades humanas: los hombres han nacido para pecar. Y la niña, resultado vivo de muchos errores y de muchas debilidades humanas, reclinaba su enorme cabeza en el hombro del viejo, y no protestaba.

Mientras tanto, Annesa se había prometido con Gantine, después de haber pedido el consentimiento a sus bienhechores. Ella había pasado los treinta años, ¿a qué esperaba? Gantine era pobre, pero buen trabajador. Tenían que casarse en cuanto los Decherchi dieran al joven algo del dinero que le debía; pero el tiempo pasaba y el dinero no se veía.

El joven prometido era alegre, bueno y sereno, como don Simone. Llamaba a Annesa por dos sobrenombres: *pili brunda* (rubia), cuando estaba tierna y alegre, cosa muy rara, y *mudòre* (silenciosa), cuando Annesa permanecía triste, callada y sombría durante días enteros.

—Hijo de San Antonio —decía *ziu* Cosimu Damianu—, ya sabes el proverbio sardo: *ribu mudu tiradore*, río silencioso arrastrador.

Por aquel tiempo, Annesa comenzó a no creer ya en Dios, porque la familia de sus bienhechores se hundía cada vez más en la ruina. ¿Era posible la existencia de un Dios tan malo? Los Decherchi no habían hecho durante su vida otra cosa que temerle, adorarle y seguir sus preceptos; y Él les recompensaba mandándoles las peores desgracias.

Pero, de repente, el Señor pareció sentir piedad de la familia, tan larga y dolorosamente puesta a prueba. *Ziu* Zua, un viejo pariente avaro, que había estado en la guerra de Crimea, donde había perdido una pierna, propuso a los Decherchi que le aceptaran en su casa. Les daría un tanto al mes y además haría testamento en favor de Rosa. Era viejo, padecía de asma y tenía miedo de que le robaran. Paulu no quería a ese viejo asmático, al que había recurrido varias veces para que le prestara dinero; pero no se opuso a que fuera a la casa. Y *ziu* Zua fue y ocupó un sitio junto a los dos abuelos, que solían sentarse delante de la puerta de la calle, como dos viejos leones que vigilaran la entrada de un palacio encantado o en ruinas. La gente pasaba, escuchaba las discusiones de los tres viejos, y les llamaban «Los Tres Reyes Magos con cinco piernas».

Ziu Zua jadeaba y hablaba mal de los jóvenes de hoy día, aludiendo a Paulu. Don Simone admitía que el nieto se había arruinado porque nunca había tenido temor de Dios; pero *ziu* Cosimu Damianu, con Rosa en las rodillas, apretaba los labios y defendía a los jóvenes de hoy día.

—Todos hemos sido jóvenes y hemos cometido nuestros errores. El

Señor dijo: «Quien esté libre de pecado, que arroje la primera piedra…».

—¿Por quién lo dices? —gritaba el viejo asmático, sacándose del pecho peludo la medalla al valor militar—. Mira: ¿ves o no ves esta medalla? Mírate en ella como en un espejo.

Don Simone simulaba mirarse, al espejo se arreglaba la barretina, y luego decía:

—Realmente, este espejo no está muy limpio.

Y *ziu* Cosimu exclamaba:

—Pero, hijo de San Antonio, ¿quién habla de ti, Zua Deché? Mira, precisamente es aquel que está libre de pecado el que tira la primera piedra contra el pecador. Quien está libre de pecado no perdona, no perdona…

Luego, *ziu* Zua contaba sus recuerdos de guerra. Su voz enfadada se dulcificaba, y con frecuencia lloraba al recordar que La Marmora le había estrechado la mano. Pero sus recuerdos eran muy confusos: entre otras cosas, se empeñaba en decir que los sardos habían tomado parte en la batalla de Balaclava, y en vano don Simone repetía:

—No; fue en la batalla de Cernaia.

—No, no, fue en Bellaclava. Me acuerdo: era en verano, en agosto, pero había una niebla que parecía que estuviéramos en invierno. Desde la noche estábamos en la colina, al mando de aquel diablo de mayor Corpograndi. Aprended este nombre: Cor-po-gran-di. No hay que equivocarse ni en una sílaba, porque sería una blasfemia, como equivocarse al decir el nombre de Dios.

Un día, *ziu* Zua cayó al suelo, igual que había caído don Pilimu. No se murió; pero, cuando le levantaron, tenía la pierna derecha más rígida y muerta que el bastón de hierro que hacía las veces de la otra pierna. Le metieron en cama, y no se levantó más. Se volvió intratable: escondió debajo del almohadón sus títulos de la renta, y no se los entregó a sus parientes ni siquiera para cobrar los intereses. Por la noche se despertaba gritando que querían robarle, y pedía que Annesa durmiera en la misma habitación donde dormía él. Paulu comenzó a odiarle, y Annesa le odiaba porque le odiaba Paulu. Y Gantine le odiaba porque le odiaban ellos.

Entre las personas que habían permanecido fieles y unidas a la familia se contaba *ziu* Castigu, el viejo criado convertido en pastor *a solus,* es decir, que había comprado un cierto número de ovejas y las llevaba a pacer por su cuenta.

—Corred todo el mundo —decía con admiración, hablando de la familia a la que había servido durante cuarenta años—, corredlo todo bien, si queréis: no encontraréis una familia más noble y más buena. ¿Don Simone? ¡Si Dios se muriera, los ángeles del cielo elegirían a don Simone para señor suyo y nuestro! ¡Hasta los zapatos de don Simone

hay que respetar!

En el pueblo se reían de él por esa idolatría. El pregonero, cada vez que le veía, le preguntaba:

—Y qué, ¿se ha muerto el Señor?

Hasta el padre Virdis, el rector, cuando *ziu* Castigu fue a confesarse, le trató mal:

—Anghelos santos. —El padre Virdis usaba esta exclamación de «ángeles santos» también con sus penitentes—. No vuelvas a decir esas cosas, hermano. El Señor es uno sólo y no morirá nunca, ni siquiera después de hacernos morir a todos nosotros.

Pero *ziu* Castigu no dejaba de alabar a la familia más noble del mundo. También Annesa gozaba de toda la admiración y confianza de *ziu* Castigu. Una vez, él le confesó que estaba enamorado de una muchacha rica y hermosa del pueblo, y le rogó que le hiciera un favor.

—Quiero enviarle una carta; escríbemela tú, *pili brunda.* ¿Por qué te ríes?

—¡Porque yo no sé escribir cartas!

—No importa: no eres un abogado tú. Basta con que escribas esto: «María Pasquala, alma mía, te quiero, y si tú me quieres, te pondré en un altar». Vamos, Annesa, hazme este favor; para escribir la carta, te traeré una hoja de papel de amor, que podría incluso enviarse a la Corte real.

Annesa prometió escribirle la carta; y *ziu* Castigu le trajo el famoso «papel de amor», que resultó ser uno de aquellos billetes calados y adornados con un corazón herido, utilizado por los estudiantillos en sus primeras declaraciones amorosas.

Pero la declaración no surtió el afecto apetecido. Al contrario: un hermano de María Pasquala, un día, al ver a *ziu* Castigu que pasaba por delante de su casa, le persiguió con el aguijón, y el pastor huyó como un perro al que se le ha puesto fuego en el rabo.

Un día, *ziu* Castigu invitó a su majada a sus amigos y a sus exdueños. *Ziu* Cosimu Damianu, Paulu y Annesa aceptaron la invitación. La majada estaba casi en lo alto de la montaña de Santu Juanne, una especie de contrafuerte, más allá del cual, el Gennargentu cierra el horizonte con sus picos y sus perfiles plateados.

Enormes rocas de granito, sobre las cuales el musgo dibujaba un caprichoso mosaico negro y verde, se amontonaban extrañamente unas sobre otras, formando pirámides, agujas, edificios ciclópeos y misteriosos. Parecía que en tiempos remotos, en el tiempo del caos, hubiera tenido lugar una lucha entre estas rocas, y las unas hubiesen conseguido vencer a las otras, y ahora las aplastaran y se irguieran victoriosas contra el fondo azul del cielo. Y las matas y las encinas, a su vez, terminada la lucha de las piedras, habían invadido silenciosamente los precipicios, se habían encaramado por las rocas y

habían intentado también montar unas encinas encima de otras. En aquel lugar de grandeza y de misterio, todas las cosas adquirían aspectos extraños; y los hombres solitarios que debían vivir en contacto con las rocas —algunas de las cuales tenían formas de monstruos, de peces gigantescos, de animales antediluvianos— y comulgaban con el alma de la montaña que susurraba en los bosques y entendían lo que decía el silbido del viento y el crujido de las hojas caídas, estos hombres, habían creado, naturalmente, mil leyendas, que habían situado en los puntos más terribles y más poéticos del lugar.

Cerca de la majada de *ziu* Cosimu, por ejemplo, un poco apartada de una iglesia medieval, se descubría, sobre un pico, una larga roca en forma de ataúd, colocada oblicuamente sobre una enorme piedra cuadrada. Pues bien: allí dentro, en aquella tumba alta y solemne, que un emperador poeta no habría desdeñado, la fantasía popular encerraba a un gigante, muerto a traición por los enanos astutos que, en tiempos, poblaban la montaña.

Durante la comida, los invitados de *ziu* Castigu, sentados a la sombra de árboles milenarios, que con sus cabelleras de bejucos grisáceos parecían viejos barbudos, sólo hablaron de estas leyendas.

Un matrimonio viejo, que desde el día de su boda siempre habían comido en el mismo plato, recordaron el viaje de bodas de un abuelo de Paulu.

—Se casó con una dama de Aritzu. Desde Aritzu a Baronei, veintisiete parientes les acompañaron montados en magníficos caballos bayos; sólo los novios iban en una yegua blanca. Atravesaron una montaña y, al llegar aquí, subieron a la tumba del gigante, desde la que se ve el pueblo, y todos dispararon al aire sus fusiles… Parecía una batalla…

—Quiero subir allá; ¿quién viene? —preguntó Paulu, que había bebido bastante y parecía alegre y rejuvenecido.

Pero los demás eran casi todos viejos o estaban cansados, y prefirieron tumbarse a la sombra de los árboles. Sólo Annesa siguió al joven viudo, y nadie murmuró: todos estaban acostumbrados a considerar a Paulu y Annesa como hermano y hermana.

Se fueron: era mayo; el sol del mediodía caía sobre las rocas alrededor de las cuales florecían las rosas silvestres; las hojas de los árboles relucían.

Luego el bosque se abrió; y, entre dos encinas de copa entrelazada, como en el fondo de un arco grandioso, apareció la pirámide lejana del monte Gonare, azul contra el cielo luminoso.

A la derecha del bosque se levantaba la cima rocosa sobre la que, en su tumba de piedra, que el musgo cubría con una tela de terciopelo verde, reposaba el gigante. La subida era difícil: había que saltar de roca en roca.

Paulu iba delante, Annesa le seguía; más que nada, ella deseaba ver el pueblo en la lejanía. De improviso se encontró sobre unas piedras que oscilaban; le pareció que perdía el equilibrio y dio un grito. Paulu se volvió, deshizo el camino, la miró y le tendió la mano.

Subieron más arriba, se sentaron en el saliente de la piedra, debajo de la rocé del gigante; a sus pies, el bosque se precipitaba como una grandiosa cascada verde, abajo, abajo, hasta la ladera, sobre cuyo amarillo, las casas del pueblo parecían grises y negruzcas, igual que un montón de brasas apagadas. Valles y montañas, valles y montañas se sucedían hasta el horizonte: todo era verde, amarillo y azul.

Los buitres en celo chillaban y se perseguían, entre el sol y el viento, en el aire tranquilo.

Annesa y Paulu no se dijeron ni una palabra: él volvía a estar triste; pero sus ojos ardientes, más, que mirar el panorama, contemplaban a los buitres en celo. De improviso se levantó, y Annesa le siguió. En el lugar donde las piedras se movían, él se detuvo, le tendió otra vez la mano y la miró.

Annesa sintió aquella mirada desusada que la envolvía como una llamarada, y le pareció que caía y que todas las rocas se precipitaban a sus pies. Pero Paulu la tenía suspendida en el cerco de sus brazos y había unido sus labios a los de ella, de manera que parecía que no tuvieran que separarse nunca más.

Tres

—¡Annesa, Annesa! —llamó el viejo asmático. Su voz lejana, acompañada de un gemido, despertó a Annesa de sus sueños: volvió en sí y entró en la habitación.

Ziu Zua, presa de unos de sus frecuentes ataques de ahogo, intentaba levantarse y no podía. Sus manos descarnadas se agitaban, como luchando penosamente contra un fantasma invisible.

Annesa se acercó a él sin demasiada prisa; le incorporó y le puso otro almohadón a la espalda. Poco a poco, el viejo volvió a respirar menos penosamente y pidió de beber; y apenas pudo hablar, recomenzó a imprecar y a lamentarse.

—Me dejas siempre solo —insistía con voz jadeante—, y los mosquitos me pican, y la luz se apaga, ¡así se te apaguen los ojos! Llama al padre Virdis, por lo menos: quiero confesarme, no quiero morir excomulgado, como un moro. Me dais veneno, vosotros. Todos me dais veneno… para que me muera lentamente. ¡Malditos seáis vosotros y maldita sea la leche de vuestras madres! Pero pronto llegará el momento que deseáis. Sí, sí, pronto, muy pronto. Me encontraréis muerto como un perro, y entonces estaréis contentos…

—Pero cállese de una vez —dijo Annesa, amenazadora—. Vergüenza debería darle decir estas cosas, viejo ingrato, viejo malvado…

Él, sin embargo, siguió refunfuñando, incluso después que ella hubo apagado la luz y se hubo acostado. En la oscuridad, Annesa, oía aquella voz jadeante y estridente, y le parecía que le serraran el corazón. Y una parte de ese corazón se conservaba buena y pura, y ardía de amor y de piedad, de gratitud, mientras que la otra sangraba y ardía también, pero como un tronco verde, con una llama lívida y maloliente. La dulzura y la tristeza de los recuerdos habían desaparecido: aquella voz de fantasma malo llamaba a la mujer a la realidad opresiva.

Le parecía que también ella padecía asma, y, en lugar de compadecer al viejo por lo que sufría, repetía para sí las imprecaciones y las malas palabras de él.

Finalmente, ambos se calmaron y se amodorraron. Una voz dulce y sonora cantó en la lejanía una suave *baitorina* de amor. Luego se acercó, resonó en el silencio de la calleja, acompañada por un coro melancólico de voces juveniles.

… Sos ojos, sa cara bella,
Su pilu brundu dechidu!
Pro me non bi torrat mai
Cuddu reposa perdidu…

«Es Gantine, ¡pobre ruiseñor!», pensó Annesa, que en el duermevela comenzaba ya a soñar con Paulu. Y, como de costumbre, pensó con ternura y con remordimiento en su joven prometido; pero, cuando la voz calló, ella volvió a amodorrarse y de nuevo la imagen de Paulu regresó junto a ella.

Al día siguiente, por la mañana, *donna* Rachele fue a misa primera y comulgó; y las demás mujeres ancianas que estaban en la iglesia la vieron llorar y rezar fervorosamente, toda cubierta con su chal negro, como con un manto de dolor.

Annesa, en cambio, fue con Rosa a la misa cantada de las nueve. Con su bonito vestido de falda plisada y orlada de verde, el corpiño negro y rojo, el delantal cargado de bordados antiguos y una toca amarilla en la cabeza, parecía una pequeña Virgen primitiva, mientras que a su lado la niña deforme, desmañadamente vestida con un traje de ciudad de cretona roja, parecía la caricatura de una civilización degenerada.

Después de haber recorrido la calleja en cuesta, salieron al camino vecinal, que atraviesa el pueblo, y prosiguieron hacia la iglesia.

De todas las callejas desembocaban otras mujeres vestidas como Annesa; grupos de niños andrajosos, pero robustos y hermosos, con luminosos ojos negros, jugaban bajo los arcos de los portales, en las escalerillas exteriores, en los pequeños patios desusadamente barridos y regados.

La iglesia de San Basilio, aunque este fuera el Santo protector del pueblo, quedaba fuera del lugar, a un centenar de metros de la última casucha, en la que vivía una pariente de los Decherchi.

Un patio vastísimo, rocoso, cubierto de heno y de rastrojos pisoteados, rodeaba la iglesia, adosados a la cual se levantaban algunas habitaciones y un cobertizo, donde se reunían las personas encargadas de la buena marcha de la fiesta.

Cerca de la iglesia se erguía una especie de torre cuadrada, con un tosco mirador, al que se subía por una escalerilla exterior. La iglesia,

las habitaciones, la torre, de una construcción primitiva, de piedras toscas y de barro, habían adquirido el color oscuro y ruginoso de las rocas de alrededor. A la izquierda de la iglesia, a los pies del pueblo, se abría el valle granítico, más allá del cual se perdía, bajo el cielo clarísimo, un grandioso panorama de valles y montañas, verdes y azules. A la derecha surgía el monte San Giovanni, con sus bosques, sus brezales y sus rocas de perfiles fantásticos.

Cuatro encinas seculares crecían delante de la iglesia, cuya fachada, entrevista entre las ramas de los poderosos árboles, parecía cortada en la roca. Hombres altos y fuertes, vestidos de rojo y de negro; labriegos de otros pueblos, pastores y campesinos, se agrupaban alrededor de los puestos de licores, bajo los sombrajos de ramas adosadas a la roca de la explanada. Era la acostumbrada multitud de las fiestas sardas: hombres alegres que pensaban en beber, mujeres vestidas con el traje regional que iban a la iglesia a rezar y a que las vieran.

Annesa y Rosa bajaron lentamente por el sendero que va del camino vecinal a la iglesia. Delante de la última casuca se pararon para saludar a la tía Anna, la prima de *donna* Rachele.

Esta prima era una mujer anciana, alta, delgada y pálida como un fantasma. Se parecía un tanto a *donna* Rachele, pero sostenía que era más joven y mucho más bella que su noble prima. Y contaba que había tenido, y tenía aún, muchos admiradores y pretendientes que ella rechazaba para permanecer libre y poderse dedicar enteramente a sus sobrinas, huérfanas de padre y madre.

Estas sobrinas, en efecto, vivían con ella, y una era ya una muchacha casadera. Y tía Anna las quería como si fuesen hijas suyas, ya que era una mujer afectuosa y además discreta, que aparte de la idea fija de su belleza y de sus pretendientes, no tenía otra debilidad.

Un patinillo sin cancela, rodeado por una pared, se abría delante de la casa; por la puertecilla, abierta de par en par, salía un buen olor a café. Annesa gritó:

—Tía Anna, ¿no viene a la misa?

—Espero un huésped —dijo la mujer, asomándose a la puerta con una cafetera en la mano—. ¡Rosa, alma mía, qué guapa que estás hoy! Venid, pasad; os daré un poco de café. ¿Sigues siendo vieja, Rosa? ¿No te quieren salir los dientes, no?

Rosa sonrió, enseñando sus encías desguarnecidas; y Annesa dijo contestando por la niña:

—Ya saldrán otra vez los dientecillos, y luego volverán a caerse. Se caerán hasta los suyos, tía Anna, y no volverán más.

—Puede ser —contestó la mujer, que tenía una hermosísima dentadura—. Pero pasad, hermosas. Os daré café. Para la misa es todavía temprano. He visto al padre Virdis paseando por delante de la

iglesia: estaba con un señor que me ha parecido Paulu.

Entonces, Annesa, que estaba a punto de entrar en casa de tía Anna, cambió de parecer y se encaminó hacia la iglesia.

—Adiós, adiós, que siga bien y muchos saludos a las chicas. Nosotras nos vamos, porque es tarde.

—Tenía que contarte una cosa: iré mañana a vuestra casa —dijo tía Anna saludando con la mano—. Adiós, Rosa, no comas mucho turrón. Ni siquiera me has dicho qué te ha dado el ratón a cambio de tus dientes. ¿Se los has puesto en el agujero, detrás de la puerta?

—Sí —gritó la niña—. Me ha dejado unas nueces a cambio de los dientes.

—¿Para qué nueces, si no tienes dientes para partirlas?

—¡Ah, las he partido con una piedra!

—Adiós.

—Adiós.

Annesa arrastraba a Rosa y caminaba con prisa, mirando fijo delante de ella, como fascinada. La niña dijo:

—Sí, papá está allí, delante de la iglesia, y se pasea con el padre Virdis, que está enfadado.

En efecto, el viejo cura gesticulaba animadamente. Su gran barriga jadeaba. Era feísimo, gordo e hinchado; su cara, color ladrillo, mofletuda y arrugada al mismo tiempo, expresaba fuerte descontento. Aumentaba su horrible fealdad una peluca de largas guedejas, que, en la nuca, se mezclaban con algún mechón plateado de cabellos verdaderos.

Annesa bajaba los ojos cada vez que encontraba los, del cura; y también aquella mañana intentó pasar de largo, arrastrando a la niña. Pero el viejo sacerdote levantó una de sus manazas y comenzó a gritar:

—¡Rosa! ¡Rosa!

Annesa tuvo que pararse.

—Rosa —dijo el cura, acercándose hasta cubrir con su barriga la cara de la niña—. Celebro que vengas a la misa. Según parece, hoy vienen hasta las cabras, hasta las mujeres judías y las mujeres moras.

Annesa iba raramente a la iglesia; pero no se turbó por la alusión. Miraba hacia la explanada, fingiendo interesarse por el cuadro multicolor que se extendía delante de ella, y escuchaba los bandos que el pregonero, en pie sobre una roca, gritaba a la multitud.

También Paulu miraba hacia allí. La figura del pregonero, alta y selvática, se destacaba negra bajo el sol. Con su tambor reluciente, con su vestido mitad popular, mitad de cazador; con su gorra de piel que parecía la cabellera natural de aquella cabeza negra y fuerte, el pregonero daba la impresión de un heraldo primitivo llegado de los bosques de la montaña para anunciar algo horrible a los pacíficos

bebedores de aguardiente y de anís reunidos alrededor de los astutos revendedores de la explanada. Todos le miraban, y él gritaba con coz estentórea de predicador:

—Jóvenes y jovencitas, id a retrataros al fotógrafo que vive en casa del carpintero Francescu Casu. Y quien quiera maíz a una lira el cuarto, que corra a casa del señor Balentinu Virdis. Y en casa de Maria, llamada la Santísima, se venden huevos frescos y sorbetes hechos con hielo…

—Sí, hasta las mujeres moras —repitió el padre Virdis—. Aquellas que se levantan, por la mañana, con el diablo, y se meten en cama, por la noche, con el demonio. Ve, ve, Rosa, reza porque esta gente se convierta. Luego me contarás la historia del Señor muerto. ¿La sabes aún?

—Sí, señor.

—Menos mal: tú no serás una judía. Ve, ve.

Y se puso a caminar de nuevo, bufando. Paulu le siguió; pero antes cambió con Annesa una mirada rápida y ardiente que la llenó de alegría.

—*Anghelos santos!* —dijo ella en voz baja, con ironía, repitiendo la exclamación favorita del padre Virdis.

Y la pequeña Rosa, que no quería mucho al gordo cura, se echó a reír, con su triste risita de viejecilla.

Annesa oyó misa pensando en Paulu, en su mirada apasionada. Experimentaba una sensación de embriaguez cuando el viudo le daba aquellas rápidas señales de amor; le parecía que una mirada Cambiada así, de día, entre la gente que les separaba como no hubiera podido separarles una muralla de roca, valía más que todos los abrazos nocturnos.

Y las palabras hirientes del padre Virdis le parecían un lejano rumor de viento: una mirada de Paulu la recompensaba de toda afrenta y de toda humillación.

Después de misa, él la esperó debajo de las encinas y cogió a Rosa de la mano.

—Vamos a aquel vendedor de turrón —dijo en voz alta; luego añadió, bajito—: El padre Virdis está enfadado contigo porque no has comulgado. Te he excusado diciendo que tenías mucho que hacer. No es malo, ¡todo lo contrario! Es parecido a una colmena: feo en apariencia, pero lleno de miel. Me ha prometido que volverá a interceder en nuestro favor cerca de *ziu* Zua. Vendrá hoy a casa; no estés mal con él, te lo ruego. Si luego no conseguimos nada con *ziu* Zua, dentro de unos días iré al pueblo de Ballore Spanu. Me ha prometido presentarme a una pariente suya, hermana del rector de su pueblo, una vieja adinerada que tal vez me preste algunos miles de liras. ¿Quieres beber algún licor, Annesa?

—¡Ah! ¡Esperemos, pues! —dijo ella suspirando—. ¿Dónde está tu amigo?

—No lo sé. Ha prometido que vendría a buscarme aquí —repuso Paula, mirando por la explanada.

Mientras tanto, se habían acercado al puesto del vendedor de turrones.

Los hombres, después de haber estado en la iglesia, volvían a agruparse alrededor de los vendedores de licor; y no se contentaban con un vasito, sino que compraban botellas enteras, que bebían, en compañía de sus amigos y huéspedes, hasta la última gota. Aquellos hombres vestidos de pieles, con largos cabellos untosos, altos y rudos como hombres primitivos recién salidos de las selvas de la montaña, sentían avidez por las bebidas alcohólicas y dulces, y se lamían los labios con infantil voluptuosidad.

Annesa aceptó de Paulu una copita de menta. Dándose cuenta de que la observaba un grupo de amigos de Gantine, se mostraba triste y rígida, como por otra parte estaban todas las mujeres que en aquel momento cruzaban el patio de la iglesia.

De repente, sintió que la ceñía por la cintura un brazo de hombre, y vio a su lado al pequeño *ziu* Castigu, con el traje nuevo, limpio y alegre como un niño.

—¡Cómo! —dijo, abrazando a Annesa, pero dirigiéndose a Paulu—, ¿os vais así, sin visitar a los priores de la fiesta? ¿Le parece bien esto, pequeño don Paulu de mi alma? No, no, usted no querrá ofender a San Bassilio yéndose sin visitar a los priores. Yo soy uno de ellos y me importa mucho su visita. Vamos. Rosa, rosita mía, ¿quieres que *ziu* Castigu te lleve en brazos? ¿O en hombros, como un corderillo?

—Yo tengo que irme a casa —protestó Annesa—. *Donna* Rachele me espera.

—Tu vienes, *pili brunda.* ¡Te llevo también a ti en hombros, si quieres! Vamos. Gantine ha venido a verme esta mañana y se ha llevado a pacer el caballo. ¿No ha regresado todavía?

—No; cada vez se vuelve más holgazán ese muchacho —dijo Paulu —. Hace siempre lo que quiere.

—¡Sssss! —susurró *ziu* Castigu, señalando a Annesa.

Pero Annesa no parecía muy preocupada por las palabras de Paulo. Había vuelto a coger de la mano a Rosa y regresaba hacia la iglesia, precediendo a los dos hombres.

—Dentro de unos días quiero mandar a Gantine a un trabajo de descortezamiento, en el bosque de Lula —reanudó el viudo—. Me han ofrecido tenerlo allí hasta el tiempo de la siembra: así, por lo menos, ganará algo.

—Sí; es un muchacho muy alegre —convino *ziu* Castigu—. Pero todos hemos sido alegres, cuando muchachos…

—Todos, sí —repitió Paulu.

—Hasta usted, sí, don Pauleddu mío. Era muy alegre. ¡Ahora ya no!

—¡Han volado los pájaros! —dijo Paulu, mirando hacia arriba y haciendo adiós con la mano—. Han volado, han volado…

—¡Bah, qué diablo!, alguno quedará —dijo el pastor, riendo con su risa característica, un poco simple, un poco burlona.

—Bueno, pasemos por aquí: entremos en la cocina grande. Entraron en la cocina grande, donde los promotores de la fiesta preparaban un banquete homérico.

—¡Eh, Miale Corbu, ya estamos aquí! —gritó con orgullo *ziu* Castigu, avanzando al lado de Paulu.

El prior mayor, es decir, el presidente del Comité para las fiestas, pareció salir de una nube de humo, espeso y grasiento, que cubría como un telón el fondo de la cocina. Y era un hombre digno de estar rodeado de nubes, como un dios selvático: una especie de gigante, vestido con un chaleco rojo y un par de calzones tan anchos, que parecían una falda corta que cayera sobre las polainas de lana negra. Bajo la barretina negra, recogida en lo alto de la cabeza, y entre dos crenchas de largos cabellos negros untados con grasa, su rostro terroso, de nariz aguileña, mentón saliente y barba rojiza ondulada, parecía esculpido en barro. Sonrió casi conmovido, ya que Paulu Decherchi honraba con su presencia aquella reunión de pastores simples y pobres; y condujo al joven, a través de las cocinas y habitaciones, enseñándoselo todo, como si fuera un forastero.

—¿Buenas fiestas este año? —preguntó Paulu, mirando a su alrededor.

—No está mal. Somos cincuenta organizadores, y otros cien compañeros han concurrido a la fiesta, trayendo cada uno una oveja y una medida de trigo.

En los grandes hogares ardían troncos enteros de encina, y en los calderos de cobre se asaban ovejas íntegras. Algunos hombres, sentados por el suelo, con la cara ardiendo y los ojos lacrimosos a causa del humo, hacían girar lentamente, sobre las brasas, piernas de corderos, ensartadas en grandes asadores de madera. Una cantidad enorme de carne se veía rojiza, sobre los grandes bancos dispuestos a lo largo de las paredes; en los recipientes de madera y de corcho humeaban todavía las entrañas y en diversos puntos se veían amontonadas las pieles negras y amarillentas de las ciento y pico de ovejas degolladas para celebrar dignamente al pequeño San Bassilio, protector de Barunei.

Mientras Miale Corbu conducía a Paulu a una especie de galería cubierta —donde una mujer servía café y licores a las personas que se dignaban visitar al prior— ziu Castigu introducía a Rosa y Annesa en

las habitaciones contiguas a la cocina. En una de ellas tenían que comer los hombres; en otra, las mujeres y los niños; en una tercera, llamada la *stanza dei confeti* —la habitación de los confites—, se encontraban los dulces, y en otra, el pan. Por todas las habitaciones, bajas y llenas de humo, pululaban extrañas figuras de hombres barbudos, que preparaban los trinchantes y los cuchillos para el banquete.

—¡Cuánto pan! Hay lo menos para cien años —dijo Rosa, con su vocecita de vieja, parándose ante las grandes canastas repletas de hogazas blancas y brillantes.

—¡Ojalá, Rosita mía! —dijo *ziu Castigu,* que escuchaba religiosamente cada palabra de la niña.

—¿Quién se come todo este pan? ¿El ogro? —preguntó Rosa, inclinando sobre un cesto su enorme cabeza, que parecía ir a separarse de un momento a otro de su delgado busto.

Ziu Castigu rio; luego dijo que buena parte del pan se consumía durante el banquete y que el resto se distribuía, gratuitamente, a los mendigos y a los fieles que visitaban al prior.

—Si vuelves dentro de dos horas, Rosita mía, verás que los hombres comen más que el ogro. Ahí tienes a uno, por ejemplo, que desafiaría al ogro a comer más que él…

Un hombre gordo y membrudo, con abundante barba rojiza, entraba en aquel momento en la habitación del pan. Llevaba en las manos un pedazo de carne asada, humeante, y una navaja, y de cuando en cuando arrancaba un bocado con los dientes; y, si algún tendón resistía, lo cortaba con el cuchillo, sin quitarse la carne de la boca; y masticaba con avidez, mientras sus ojos, de un oscuro azul turquesa, luminosos y fríos, expresaban una voluptuosidad bestial.

—Sí, me acuerdo —dijo Annesa—; el año último pasé por aquí mientras comíais; y parecíais otros tantos lobos. Cada uno de vosotros tenía sobre las rodillas una escudilla llena de carne, y mientras os comíais un pedazo ya estabais mirando otro. Parecía que nunca hubierais visto ningún bien de Dios.

—Es fiesta, hay que comer —dijo *ziu* Castigu, sin ofenderse—. Comemos nosotros y damos de comer a los demás. ¡Eso es!

Otro pastor, joven y hermoso, con el chaleco rojo desabrochado y adornado con lazos azules, se adelantó sonriendo y ofreció a Annesa una escudilla llena de carne humeante.

—Guapa —dijo con galantería—; esto es para ti.

—¡Santu Basile meu! —exclamó la mujer, levantando las manos y retrocediendo asustada—. ¿Todo eso? ¿Y qué hago yo con toda esa carne?

—Te la comes —dijo el otro en tono serio.

Ella comprendió que si no aceptaba ofendería al joven, y dijo

cortésmente:

—Muy bien; envuélvemela en un pañuelo; me la llevaré a casa.

—¿Para quién? ¿Para tu Gantine?

—¿Su Gantine? ¡Aquí lo tienes! —exclamó *ziu* Castigu.

En efecto, el joven criado entraba en aquel momento. Vestido de fiesta, con su chaleco rojo orlado de azul, sin barba y con los cabellos brillantes y lisos, que le caían sobre las orejas como una cofia de raso negro, Gantine parecía más guapo que de costumbre; y Annesa le contempló con ternura casi maternal.

—He sabido que estabas aquí —le dijo, con mal disimulados celos —. Vamos afuera. Vámonos. *Donna* Rachele te espera: tiene necesidad de ti.

Las palabras eran sencillas, pero la voz, insólitamente amarga. ¿Qué tenía Gantine? Parecía un poco triste y desconfiado; Annesa se turbó, mas, como de costumbre, supo fingir y se mostró ofendida.

—*Donna* Rachele sabe cuándo debo volver —dijo lentamente—. Volveré a casa cuando quiera.

—Tú vienes en seguida conmigo —dijo Gantine, palideciendo—. *Ziu* Castigu, dígaselo usted.

—Gantine está celoso —exclamó burlonamente el joven de la escudilla—. Vete, guapa, vete. Te comprará turrón. Pero estás equivocado, Gantine. Todos somos hermanos aquí, no somos forasteros, y nadie intenta robarte tu paloma.

—¿Hermanos? Gente tuya, muerte tuya —contestó Gantine. Luego, pareció arrepentirse de su frase y se rio, con risa forzada.

Annesa palpitó, pero fingió no haber oído las palabras de su novio.

—Vámonos. Rosa, dame la manita. *Ziu* Castigu, si don Paulu pregunta por Rosa, dígale que nos hemos ido ya.

Salió por un portillo que se abría al fondo de la habitación del pan; y el criado la siguió. Por aquel lado, el lugar estaba casi desierto. Sólo algunos mendigos, acurrucados entre las rocas y las matas, devoraban el pan y la carne que el prior había hecho distribuir entre ellos. Precisamente en aquel punto, donde comenzaba el sendero de la montaña, había muerto el viejo ciego que llevó a Annesa al pueblo. Ella no recordaba nada del misterioso suceso; pero cada vez que se veía obligada a pasar por allí, le parecía volver a ver al viejo mendigo muerto, experimentaba un confuso sentimiento de angustia y de humillación y se decía a sí misma:

«Me ha traído y me ha dejado aquí, cuando podía llevarme a otra parte. Hubiera sido una mendiga, una verdadera criada; pero hubiese sufrido menos. Y, sin embargo…»

Y, sin embargo, en el fondo, ella no concebía la vida de otra manera, sin Paulu, sin dolor, sin pasión.

«He nacido para esto.»

Aquel día, más que nunca, al atravesar con Rosa y Gantine el lugar donde había muerto el viejo, se sintió humillada y triste. Apresuró el paso y miró a lo lejos, con los ojos velados, con la cara cubierta por la acostumbrada máscara de tristeza desdeñosa.

Gantine la alcanzó, se puso a su lado y la miró fijamente.

—Anna —le dijo, casi suplicante—, no estés tan enfadada. Perdóname, Anna; lo he hecho por tu bien. Tú sabes que las mujeres no entran allí, donde están los hombres, o entran con sus maridos, con sus hermanos.

—Yo he entrado con don Paulu.

—Bien; pero don Paulu no es tu marido, no es tu hermano —reanudó el joven suspirando—. Mis amigos os han visto juntos y han murmurado. ¡La gente es maliciosa, Anna!

—¡Noticia fresca! —exclamó ella con sarcasmo.

Y apresuró de nuevo el paso, arrastrando a la pesada niña. Dieron la vuelta y volvieron a encontrarse cerca del vendedor de turrones. Más allá, el huésped pobre exponía sus bridas y sus espuelas sobre una alforja tendida en el suelo como una estera. Al ver a Gantine sonrió y le dijo adiós con la mano.

—¿Qué? —dijo el criado joven acercándose—. ¿No tendrías, por casualidad, una brida para una potranca indómita?

Y los dos miraron a Anna y se rieron.

—Anna —le rogó luego Gantine—, ¿me permites que te ofrezca una libra de turrón?

—Las potrancas no comen turrón —contestó ella, tranquilizada.

Gantine dijo algo más; pero su voz quedó apagada por la voz ensordecedora del tambor que resonó casi lúgubremente en el súbito silencio de la muchedumbre.

El pregonero anunciaba, con su voz ronca y alta de predicador, que a las cinco de la tarde comenzaría la carrera de caballos.

—Primer premio, veinte liras de plata y una tela de brocado fino; segundo premio, diez liras de plata y un pañuelo de seda…

Una nube de niños rodeaba y molestaba al pregonero; uno llevaba su audacia hasta golpear el tambor con un bastoncillo.

—Tercer premio, un escudo de plata y una barretina sarda nueva flamante. Muchachos, salid de ahí u os doy de patadas que ya veréis dónde vais a parar.

Hacia las tres de la tarde, Annesa, mientras atravesaba el zaguán, vio en el hueco de la puerta entreabierta la gran barriga del padre Virdis. Con su paso ligero y silencioso, corrió al encuentro del viejo sacerdote; y, mientras le abría de par en par la puerta, le sonrió como nunca le había sonreído.

El sol, que caía sobre la fachada de la vetusta casa e iluminaba la calleja desierta, penetró en el zaguán y doró el rostro mortecino de

Annesa. El cura la miraba intensamente; le golpeó el brazo con un pañuelo rojo y azul que llevaba siempre en la mano, y luego le preguntó:

—Qué, ¿en qué pensamos? Me pareces pálida, mujer. ¿Estás enferma?

—¿Yo? ¡Nunca he estado mejor, mi buen padre Virdis! Pase, pase, entre.

Le volvió la espalda y corrió a abrir la puerta de la habitación del viejo asmático.

Ziu Zua parecía amodorrado; pero, en cuanto divisó al cura, se animó, se agitó.

—¿Y los demás? ¿Cómo vamos, compadre Zua?

—Don Simone ha salido, *ziu* Cosimu y *donna* Rachele están en el huerto. ¿Quiere que les llame, padre Virdis? —preguntó Annesa con solicitud. Pero en seguida se dio cuenta de que *ziu* Zua se había alarmado por la visita del cura y se arrepintió de su interrogación.

—Ahora voy a llamarles. Siéntese.

—Annesa, súbeme este almohadón —le ordenó el viejo asmático.

Ella le arregló los almohadones, mientras el cura se sentaba junto a la cama, secándose el sudor de la cara y del cuello con su pañuelo azul y rojo.

—¡Uf! ¡Uf! Estoy muerto de cansancio. ¿Tenéis huéspedes, Annesa?

—Sí, señor: dos. Un rico propietario y un vendedor de bridas. ¿Están bien los almohadones así, *ziu* Zua?

—Está bien, vete —contestó duramente el enfermo.

Ella se alejó y el cura advirtió que la cara de *ziu* Zua se había vuelto sombría, más desconfiada y fea que de costumbre.

—¡Uf! ¡Uf! ¡Cuántas moscas tenéis! Annesa, ¿por qué no cierras un poco esos postigos?

Annesa entornó las ventanas, salió y se apoyó contra la puerta; pero durante unos momentos, sólo oyó los bufidos del cura y los suspiros anhelantes del viejo. Mala señal cuando *ziu* Zua suspiraba así, exageradamente. Y el padre Virdis lo sabía y también él resoplaba más fuerte que de costumbre.

Finalmente, el viejo asmático preguntó:

—¿Por qué esta visita, a tal hora? ¿Ha tenido buena fiesta, compadre Virdis?

—La fiesta no ha terminado todavía, compadre Zua. Quedan aún la procesión, la carrera de caballos y la bendición.

—¡Ah! —reanudó el viejo con voz melancólica—. ¿Quién hubiera dicho, hace dos o tres años, que yo no participaría ya en la fiesta? Estoy vivo y estoy muerto. Para mí todo se ha acabado.

Suspiró y reclinó en los almohadones su cabeza cadavérica: dos lágrimas aparecieron en los rojizos ángulos de sus ojos, como gotas de

rocío en las arrugas de una hoja muerta.

—No —dijo una voz grave y dulce, que a Annesa no le pareció la del padre Virdis—, nada está acabado, Zua Deché. Al contrario, todo debe empezar.

—¡Yo soy un hombre muerto, compadre Virdis!

—¿Qué es nuestra vida ante la eternidad, Zua Deché? Un granito de arena en el mar, una pluma en el cielo infinito. Y nuestras penas más graves, y toda nuestra existencia y sus pasiones y sus errores, no son más que soplos de viento. Hoy estamos vivos, mañana estaremos muertos, y sólo entonces podremos decir: todo empieza y nada termina.

El viejo suspiró otra vez.

—¡Hágase la voluntad de Dios, compadre Virdis! Que me coja o me deje, para mí es lo mismo. Es más, los hombres como yo deberían morirse pronto. ¿Qué hago yo en el mundo? Soy una carga para mí y para los demás. Por otra parte, alguien lo ha comprendido así y piensa en barrerme del mundo, como se barre la porquería de una habitación o de la calle.

Detrás de la puerta, Annesa se sobresaltó: se puso una mano en la frente y dejó de respirar para escuchar mejor. Y la voz del padre Virdis resonó de nuevo, grande y ronca:

—¡Uf! ¡Uf! ¿Qué palabras son éstas, compadre Zua? ¿Por qué habla así? ¿Y si le oyeran?

—¿Y cree usted que no hay algún oído que me escucha, compadre Virdis? Cada puerta, aquí, cada ventana, cada agujero tiene orejas para oírme, como cada mano está dispuesta a caer sobre mí. Que me escuchen si quieren. ¿O es que no hablo abiertamente, en presencia de todos? ¿La eternidad? —dijo luego, cada vez más jadeante y agitado —. ¿Usted habla de la eternidad, compadre Virdis? La eternidad está en este mundo, para el que sufre: cada hora es un año, cada día un siglo de agonía. Pero, repito, hágase la voluntad de Dios.

—Usted delira —reanudó el padre Virdis—. Se lo he dicho ya mil veces. Es una enfermedad, es una manía persecutoria. ¿Quién piensa en hacerle daño? ¿Y para qué? Y si cree eso, ¿por qué se queda aquí?

—Y ¿adónde puedo ir? —preguntó el viejo, llorando—. Yo no tengo casa, no tengo hermanos, no tengo amigos. Nadie me ama. Dondequiera que vaya, siempre habrá alguien que tenga la intención de robarme. Todos me odian porque tengo poco dinero. Hasta el aire es mi enemigo y no me deja que lo respire.

—Entonces, Zua Deché, tire ese poco dinero, o haga una obra de caridad. Cuando ya no tenga nada…

—Cuando no tenga nada, será peor todavía. Me considerarán como un perro viejo, como un caballo viejo.

—Está bien. ¡Le matarán igualmente! —exclamó el cura—. Zua,

Zua, su mal no tiene cura realmente. Y es usted quien no tiene temor de Dios. Es usted quien no quiere a nadie, quien no ha querido nunca a nadie.

—Yo… Yo…

—¡Sí, usted compadre Zua! ¿A quién ha querido usted? Solamente al dinero. ¡Cuántas veces le he dicho, hace muchos, muchos años: «Compadre, créese una familia; compadre, siga los preceptos de Dios!».

—Nadie ha seguido los preceptos de Dios más que yo. Yo no he pecado, no he robado, no he matado, no he levantado falsos testimonios, no he codiciado la mujer ajena. Pero Dios es injusto.

—¡Sólo faltaba eso, *anghelos santos*! —gritó el cura, golpeando una mano contra otra, cada vez más irritado—. Ahora sólo hay un Dios malo e injusto. Viejos, jóvenes, hombres, mujeres, todos la toman contra Dios. Es muy cómodo acusar al Señor del mal que nosotros mismos nos hacemos. Muy bien, Zua Deché. ¡Hasta usted, viejo pedazo de asno! Déjeme hablar; si no, estallo. Porque yo no me ofendo si me insultan, y si me calumnian e incluso si me pegan; pero no puedo soportar que se ofenda a Dios. ¡Eso, no! ¡Ah! ¿Es Dios quien le dice que no ayude al prójimo, que no le ame, que no haga a los demás el mal que no quisiera que le hicieran a usted? ¿Es Dios quien le ha dicho que se quede siempre solo en la vida, para no tener dolores de cabeza, para amontonar dinero, para no tener responsabilidades? Y ahora oiga esto, compadre: ¡Quédese solo para toda la vida, solo, sí, precisamente como un perro viejo!

Ziu Zua suspiraba y gemía; pero no se atrevía ya a protestar, porque en el fondo daba la razón a su viejo amigo. Y el viejo amigo prosiguió:

—Sí, es justamente Dios quien le aconseja la avaricia, el que le dice: «Esconde bien tu dinero, Zua, escóndelo y quiérelo por encima de todo, incluso más que a ti mismo. Y no prestes ayuda a quien está a punto de naufragar y te tiende desesperadamente las manos…».

—¡Ah, ya he comprendido! —dijo entonces el viejo incorporándose —. ¡Ya he comprendido!

—¡Usted no ha comprendido nada!

—He comprendido, he comprendido —repitió el otro, que quiso nuevamente cambiar de conversación—. Todo el mal nos lo hemos hecho nosotros. Hasta la pierna me la he roto yo.

—¿Y quién se la ha roto? ¿Dios? Si no hubiera ido a la guerra… Pero pronto el padre Virdis se interrumpió. Comprendía que su visita podría juzgarse inútil, no sólo inútil, sino perjudicial.

—¡A la guerra! ¡A la guerra! —gritaba el viejo, agitándose, jadeando, tembloroso, inconsciente—. ¡Ah, ah, ah! Repróchemelo lo que quiera, menos esto. ¡A la guerra! Claro, a la guerra… he ido porque

me ha mandado el rey, porque a la guerra van todos los hombres fuertes, los hombres de conciencia. Y yo, yo… he ido, y volvería a ir, yo… y La Marmora y Bellaclava, y la medalla… aquí la tiene, mírese en ella… como en un espejo…

Su voz rabiosa se debilitó, sus palabras terminaron en un estertor.

«Eso está acabado. El padre Virdis no puede decir que sea un hombre listo», pensó Annesa detrás de la puerta. Desde el principio había comprendido que el *ziu* Zua desviaba la conversación y provocaba al cura, induciéndole a hablar mal, para no dejarle ocasión de explicar el motivo de su visita. Pero el compadre Virdis había ido un poco demasiado lejos, hiriendo demasiado en la llaga a su viejo amigo. Annesa, ahora le oía moverse y resoplar, incapaz de remediar el mal cometido; y también ella apretaba los dientes, más indignada contra él que contra *ziu* Zua.

Aquella noche, el viejo tuvo un fuerte ataque de asma. Annesa creyó que iba a morirse y experimentó una sensación de alegría y de terror.

¡Ah, si el viejo se muriera! Con su muerte todo se arreglaría. Pero la muerte es siempre un acontecimiento misterioso y terrible; y, a pesar de su valor y de su deseo cruel, Annesa se asustó ante la idea de que el viejo pudiera morirse entre sus brazos de un momento a otro. Abrió, por tanto, la puerta de la cocina y llamó a Gantine. El huésped pobre no había regresado todavía; el criado dormía profundamente; es más, roncaba como un viejo, cosa que desagradaba mucho a su prometida.

Annesa tuvo que llamarle dos veces. Él se despertó sobresaltado y tardó en comprender lo que Annesa le decía. Luego entró en la habitación y se acercó al camastro; pero, en lugar de preocuparse del viejo, comenzó a pellizcar a su prometida; tanto, que ella se inquietó.

—¡Maldito seas, Gantine, estúpido! ¿Te he llamado para esto?

—¿Y para qué me has llamado, pues? —murmuró él, suspirando—. ¿No ves que *ziu* Zua está mejor que yo? ¿Porque respira un poco mal? Verás qué pronto se le pasa. ¡Eh, *ziu* Zua! —gritó inclinándose sobre la cama—. ¿Qué hay? ¿Cómo va? ¿Quiere que llame al médico?

El viejo revolvía los ojos, agitaba las manos, como si quisiera remover el aire de su alrededor. Pero al cabo de un rato se calmó, y su rostro congestionado readquirió su acostumbrado color amarillento.

—Compadre Virdis… —murmuró.

—¿Quiere que le llamemos? —preguntó Annesa solícita.

Él la miró, pero no contestó.

—¿Está ya mejor? ¿Quiere al médico? —insistió Gantine, que se había sentado a los pies de la cama y no tenía intención de marcharse.

—El médico… el médico… ¿Cuándo habéis llamado al médico para mí? Dadme un poco de agua, por lo menos —balbució el viejo—.

Agua fresca.

—Aquí la tiene.

Annesa le acercó el vaso a la boca; pero él apenas si probó el agua y la escupió dentro del vaso.

—Esto es fuego, no agua. ¿No hay en el pozo? Tráeme un poco de agua fresca, por lo menos.

Para tener el agua fresca, Annesa ataba el cántaro a una cuerda y lo metía en el pozo. Salió, pues, al patio y subió el cántaro, llenó el vaso de agua, y ya iba a entrar, cuando advirtió que Gantine se encaminaba a su encuentro.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

Él la abrazó y la besó con violencia. Ella derramó el agua.

—Déjame —dijo irritada, intentando desasirse; pero él la besó y la abrazó más fuerte.

—¿Eres o no mi novia? —le decía, casi jadeando, ciego de deseo—. ¿Por qué me rehúyes siempre? ¿Por qué no quieres verme nunca? ¡Antes no eras así, Annesa! Parece como si ya no me quisieras…

—Déjame ir: el viejo me espera.

—Déjale que espere. Sería mejor que se muriera de una vez. Si se muere, los dueños podrán finalmente darme el dinero que me deben y podremos casarnos. Pero, mientras tanto, Annesa, quédate aquí un momento. Huyes siempre. Se diría que tienes miedo.

—Tengo miedo, sí —repuso ella, un poco irónica.

—Eres honrada, ya lo sé, y eso me gusta. Pero alguna vez podrías estar conmigo.

—Déjame —insistió ella, con voz áspera.

—Vuelve, Annesa. Te espero —suplicó él—. Dentro de dos o tres días tengo que marcharme. Si no nos vemos esta noche, no podremos vernos ya. Ven, Annesa.

—Déjame. Volveré.

Él la dejó, pero ella no volvió a salir; al contrario, se apresuró a cerrar la puerta con la cadena, y no contestó a los lamentos e imprecaciones del viejo.

Al día siguiente, los huéspedes se fueron, y también el criado tuvo que marcharse a la montaña para traer el caballo de Paulu.

Pasada la fiesta, la vida en casa de los Decherchi reanudó su acostumbrado curso monótono y triste. Los dos abuelos iban a la iglesia; luego se entretenían largamente con sus viejos amigos, sentados en los bancos de piedra delante de la puerta del Ayuntamiento. Por la noche, en cambio, se sentaban a la puerta de la casa, y, alguna vez, el padre Virdis iba a hacerles compañía.

Paulu tenía también sus amigos, sus asuntos, sus intrigas; y cuando estaba en el pueblo, iba solamente a casa al mediodía y por la noche.

Las dos mujeres trabajaban, y *donna* Rachele rezaba

continuamente. En la mesa, los hombres hablaban mal del prójimo, y raramente se ocupaban de sus asuntos. Sin embargo, tales asuntos iban muy mal. Tres días después de la fiesta, el pregonero, que hacía además las veces de alguacil, notificó a los Decherchi la providencia para la primera subasta de la casa y de la *tanca*.

Dos semanas más, y todo se iría al diablo. Sin embargo, los abuelos y *donna* Rachele no parecían muy inquietos; tal vez esperaban la intervención de la divina Providencia, o que Paulu encontrara el dinero. También el esperaba aún. Ballore Spanu le había dicho, antes de partir:

—Yo soy todavía como un hijo de familia, tú lo sabes. No puedo disponer de un céntimo; pero si vienes a mi pueblo, puedo presentarte a la hermana del párroco, una vieja ricachona, que sin duda podrá prestarte algunos miles de liras. Dentro de ocho días también nosotros celebramos la fiesta: harás bien en venir.

Paulu estaba decidido a intentar este paso. Y si no le salía…

—No sé por qué —dijo a Annesa la noche anterior a su marcha—; pero estoy seguro de que lo encontraré. No volveré a casa sin el dinero. Antes me mato…

No era la primera vez que amenazaba con suicidarse; pero Annesa no se había asustado nunca tanto como entonces.

Paulu se fue. También Gantine se había ido hacia el bosque de Lula, donde se quedaría hasta el tiempo de la siembra.

El viejo asmático quiso confesar. El padre Virdis permaneció largo rato con él, y cuando salió de la habitación y se sentó cerca de la puerta, junto con los dos abuelos, Annesa notó en él una desacostumbrada alegría.

—El padre Virdis está alegre —dijo a *donna* Rachele—. Debe de haber convencido a *ziu* Zua de que nos ayude.

—Dios lo quiera —suspiró la otra—. Iría a pie hasta la Virgen de Gonare.

Pero por mucho que Annesa escuchó, no oyó al padre dar a los viejos la buena noticia. El padre Virdis llamó a Rosa: le hizo contar la historia del Señor muerto, y discutió largamente con ella sobre los detalles de esta historia. Luego charló con *ziu* Cosimu y don Simone a propósito de Santus, el pastor acusado de parricida, y sostuvo la inocencia del desgraciado padre.

—Ha vuelto a marcharse. Ha sabido que su hijo se encuentra en una majada cerca de Ozieri.

—Realmente habría para colgarlo, si lo encuentra —dijo *ziu* Cosimu, con insólita aspereza.

El padre Virdis comenzó a resoplar y a gesticular, escandalizado.

—¡Cosimu Damianu! ¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Te parece que son palabras de un cristiano las tuyas? ¡Qué!, ¿te estás volviendo una

bestia feroz ahora?

Entonces Rosa contó un sueño terrible que había tenido la noche anterior.

—Había un lobo, grande, grande, con una colita pequeña, pequeña. Y corría detrás de otra bestia feroz, por un desierto. De repente apareció un hombre con una caña y un chuzo…

—¡Qué sueño, Dios mío! —dijo *ziu* Cosimu, haciendo gestos de susto. ¡Tengo miedo!

Rosa comenzó a reír; luego se puso seria y abrió las manecitas:

—¡Eh, no tenga miedo! ¡Es un sueño!

—Y luego, ¿qué hizo el hombre del chuzo?

—El hombre corría, corría. Y cerca había otro desierto. Luego otro más…

—¡Vaya, que había una buena provisión de desiertos! —exclamó el padre Virdis.

—Escuchen, escuchen —dijo Rosa con impaciencia.

Y los tres viejos atendieron a sus fantasías, mientras en el zaguán Annesa y *donna* Rachele soñaban, la primera esperando, con trágica espera, un momento de paz y de esperanza; y la segunda, rezando en vano a un Dios que no se conmovía nunca.

Cuatro

Paulu se había marchado por la mañana, al clarear. Desde muchos años no hacía otra cosa que viajar así, en busca de dinero, como los antiguos caballeros en busca de tesoros. Realmente, por sus venas de noble arruinado corría un poco de sangre de caballero español. Sin embargo, los tiempos han cambiado; ya no se encuentran tesoros entre las rocas, ni la gente está dispuesta a abrir la bolsa. Pero don Paulu Decherchi caminaba y esperaba llegar finalmente a un lugar habitado por personas menos sórdidas y avaras que los usureros con los que había tenido siempre que tratar.

Esperaba, y casi estaba seguro de tener, al fin, un poco de suerte.

«La hermana del párroco es una mujer de conciencia —pensaba—. Me dará el dinero y sólo pretenderá un interés modesto. Así podremos saldar la deuda con el Banco; y, luego, con el tiempo, *ziu* Zua se morirá y arreglaremos del todo nuestros asuntos.»

Y camina que te camina. De repente, su pequeño caballo bayo, a cuya silla iba atada la alforja de flores blancas y rojas, que parecía cortada de un viejo tapiz, se detuvo y levantó la cabeza, fina y nerviosa.

Más allá de un muro seco, a la derecha del camino principal, polvoriento y descuidado, se abría un sendero; pero dos matas de zarzas, en las que rojeaban las moras amargas, cerraban casi completamente el paso.

—¡Tienes razón! —dijo Paulu en voz alta, acariciando la cabeza de la inteligente bestia—. Mejor sería pasar por aquí. El sendero es feo, pero hay menos polvo y más sombra.

Y dejó que el caballo avanzara cautelosamente por entre las dos zarzas.

El sendero, mal trazado, serpeaba por la ladera del gran valle. La luz rosa y anaranjada de la aurora iluminaba dulcemente el paisaje, un paisaje primitivo, virgen casi de huellas humanas. El valle se abría enteramente en el granito; murallas de rocas, edificios extraños, columnas naturales, cúmulos de piedras que parecían monumentos prehistóricos, surgían en diversos puntos, más pintorescos todavía a

causa del verde de las zarzas que los rodeaban y enguirnaldaban. El lecho de un torrente, todo de granito, de un gris clarísimo, surcaba la profundidad verdosa del valle; y las adelfas floridas que crecían a lo largo de la orilla, entre las rocas alisadas, parecían plantadas dentro de ciclópeas macetas de piedra. El laurel, de hojas relucientes; el madroño; el mirto, de negro fruto; el enebro fragante; las matas, todavía frescas de la rosa peonía: todas las plantas más raras de la flora sarda revestían el valle, rodeaban las rocas, se encaramaban hasta las más altas cimas. Montañas blancas y azules, algunas todavía veladas por vapores fluctuantes, que el reflejo de la aurora teñía de un rosa dorado, cerraban el horizonte. A lo lejos, a los pies de la montaña boscosa, desde la que se bajaba directamente al valle, se veía un poblado, blanco y negro entre el verde de las breñas; y más acá, en una hondonada grisácea, se divisaban las ruinas de otro poblacho, cuyos habitantes —decía la leyenda popular— habían muerto todos durante una peste misteriosa, o habían sido exterminados en una sola noche por los habitantes del poblado vecino, que querían ensanchar su territorio.

Paulu sentía la poesía de la mañana y la belleza del lugar. Des, de hacía mucho tiempo no había estado tan alegre y feliz. Le parecía que volvía a ser adolescente, cuando salía de casa alegre y despreocupado como un pájaro y corría en busca del placer, ignorante del porvenir. A veces se ponía a cantar:

Sas aes chi olades in s'aéra
Mi azes a jucher un'imbaseiada…

Y su voz, fresca y fina, como la de una mujer, resonaba en el silencio del sendero; y el caballo meneaba una oreja, como si le fastidiara la insólita alegría de su dueño. Pero Paulu le espoleaba y seguía canturriando. Sí, estaba alegre: el recuerdo de Annesa, la esperanza de encontrar el dinero, la belleza de la mañana, le excitaban agradablemente. ¡Al diablo todos los recuerdos tristes y las tristes imágenes, especialmente la de *ziu* Zua, y la del pregonero con sus papelotes!

Y camina que te camina. Bajó y remontó todo el valle, atravesó una pequeña meseta, llegó a un pueblo y se detuvo en una posada para dar de comer al caballo. Su intención era volverse a marchar en seguida; pero una mujer le reconoció y corrió a casa de Pietro Corbu, un rico terrateniente del pueblo, para advertirle que don Paulu Decherchi estaba en la hostería de Zana, la viuda del brigadier. Don Peu Corbu corrió entonces a casa de la viuda Zana, y en cuanto vio a Paulu, le cargó de improperios porque le había hecho la ofensa de no ir directamente a su casa.

—Pues qué, ¿hay peste en mi casa? ¿Desde cuándo Paulu

Decherchi va a la hostería en lugar de ir a casa de sus amigos?

Paulu había ya pedido dinero prestado a don Peu, quien, naturalmente, se lo había negado. El pedía dinero a todos sus conocidos; pero no repetía la petición después de una negativa, y guardaba rencor cuando no lo conseguía. Sin embargo, fingió placer al ver a don Peu y le hizo mil cumplidos, pero no quiso seguirle.

—Tengo prisa —dijo—. Estaré aquí sólo un momento. Voy a la fiesta de San Isidro.

—La fiesta es pasado mañana. Tú te quedarás aquí todo el día, palabra de Peu Corbu.

—No jure. No me quedo —replicó Paulu.

Pero se quedó. Don Peu era uno de aquellos nobles sardos que, si hace falta, no tienen a menos trabajar la tierra; pero que, en general, viven sin hacer nada, en espera de algún amigo o de algún huésped con quien beber y charlar largamente.

Aferró a Paulu como a una presa, le llevó de paseo por el pueblo, de taberna en taberna. Bebieron mucho los dos; y Paulu siguió mostrándose alegre y comenzó a contar muchas baladronadas: dijo que sus asuntos iban muy bien y que el viejo asmático le había entregado sus títulos para que los utilizara como quisiera.

—Mira, —dijo, contemplándose el traje de tela inglesa, pero burdamente cortado—: este traje me lo ha regalado él, *ziu* Zua. Es decir, me ha regalado trescientas liras para que me hiciera el traje.

—Habéis hecho muy bien llevándoos a ese hombre a vuestra casa —dijo don Peu, palpando la tela de la americana—. Después de todo, también vosotros le queréis; si hubiese caído en otra familia, le habrían matado. Zana, *ocrimadura* —de ojos grandes—, trae otra botella de aquel diablo de moscatel.

Zana, una hermosa viuda de grandes ojos, negrísimos, dejó el mostrador de su tenducho, en el que se amontonaban los géneros más dispares, y entró en la pequeña trastienda, donde se habían refugiado los dos nobles amigos. Dicha trastienda, que recibía luz de un ventanuco abierto en el techo de cañas, servía además de comedor. Había una mesa preparada, con un canasto lleno de aquel característico pan sardo llamado *carta di musica,* y un queso entero, fermentado, de un agujero del cual escapaban, saltando, gusanillos blancos, que parecían muy alegres y pícaros. En las paredes, pintadas de rojo, no faltaban calendarios e imágenes de santos. Una fotografía ampliada reproducía, exagerándola, la efigie de un carabinero gordo y pacífico, que parecía un cura vestido de brigadier.

—Zapa, ojos de estrella —dijo don Peu, mientras la viuda, seria y tranquila, les servía de beber—: este noble, ¿ves?, este caballero es viudo y busca consuelo. También tú, según me han dicho, buscas consuelo. ¿No podríais consolaros uno a otro?

—Don Peu, loco —repuso la viuda, sosegadamente—: si no fuera por respeto al huésped, le contestaría mal.

—Déjale que diga, viudita —rogó Paulu.

La viuda, sin embargo, miró al viudo; él la miraba ya. Los dos tenían los ojos bellísimos; y los ojos bonitos están hechos para mirarse, aunque hayan derramado muchas lágrimas sobre la tumba de personas queridas.

Zana se entretuvo un poco más con sus parroquianos; luego volvió al tenducho, donde un niño pedía un céntimo de torcidas.

Paulu, no sabía por qué, se había puesto triste. Hasta aquel momento se había como sugestionado con sus fanfarronadas y le había parecido que realmente sus asuntos marchaban bien, y que las cien liras que llevaba en el bolsillo no se las había prestado aquel desmañado y simple santo varón, el padre Virdis. Pero, en la sombra que se adensaba dentro de la pequeña trastienda, volvía a ver, como en sueños, ciertas figuras lúgubres: el rostro del alguacil, negro y salvaje, saltaba por detrás de la figura cadavérica del viejo asmático.

—Es todavía una mujer bonita —dijo don Peu, aludiendo a la viuda—, y, además, tiene dinero, dicen. Y dicen, yo no afirmo nada… palabra de don Peu; yo no sé nada, pero dicen… Bebe, Paulu Decherchi; ¿en qué piensas?

—No bebo más. ¿Qué dicen, pues?

—¡Tienes que beber, palabra de don Peu! ¡Ah!, ¿conque te importa saber lo que dicen? No se puede decir aquí: está el brigadier, que nos escucha. ¡Ja, ja! ¡Adiós!

Don Peu hizo un gesto de adiós a la fotografía, y Paulu bebió. El moscatel de la viuda del brigadier hizo que desapareciera de nuevo la imagen del alguacil.

—¿Qué dicen? ¿Qué dicen, Peu?

Don Peu bajó la voz y contó picantes historietas a costa de Zana. De cuando en cuando levantaba sus ojos, maliciosos, y contemplaba la cara bonachona del brigadier muerto, que, en la penumbra, parecía asomarse desde un mundo lejano para escuchar con indulgencia las aventuras de su viuda. Y también Paulu le contemplaba y se reía, olvidándose de que dentro de ocho días el Banco Agrícola sacaría inexorablemente a subasta la vieja casa y la última *tanca* de la familia Decherchi.

Al amanecer del día siguiente partió de nuevo hacia Ballore. El tiempo había refrescado de improviso: parecía otro otoño. Paulu ya no se sentía alegre, como el día anterior: la borrachera le había dejado la boca amarga y la garganta seca. Recordaba las dos horas pasadas en la trastienda de la viuda como un sueño excitante: el vino, las historietas

de su amigo; Zana, que de cuando en cuando entraba y con alguna excusa se entretenía cerca de la mesa, le había vuelto loco e inconsciente, como en los felices tiempos de su primera juventud. A pesar de las protestas de don Pea, había querido pagar una botella, sacando un *marengo,* y como la viuda no tenía dinero suelto para la vuelta, él le había dicho:

—Bueno, me darás la vuelta cuando regrese, dentro de tres días. Zana quería abrirle crédito, don Peu quería prestarle monedas sueltas, y Paulu simuló enfadarse. Su amigo creyó que se hacía el espléndido para conquistar a Zana, y contempló riendo la fotografía.

Durante el camino, Paulu recordaba la figura alta y hermosa de la viuda, su rostro rosado, sus labios voluptuosos; pero pensaba también en la pequeña Annesa, en la hiedra tenaz y sofocante, de la que solamente conocía los abrazos, y de la que sentía que no se podría librar nunca ya.

«Zana es hermosa; pero, aunque fuera una mujer honrada, no la podría amar durante mucho tiempo —pensaba—. Annesa es un tesoro escondido, inagotable. Cada beso suyo me parece el primero.»

Paulu no se decía que el secreto amoroso de Annesa residía enteramente en la pasión trágica que él le inspiraba. No lo decía, pero lo sentía; se dejaba arrebatar y arrastrar por esta pasión, como el tronco por la hiedra. Más que amar, se dejaba amar, y sin serle deliberadamente infiel, miraba y deseaba a otras mujeres y se dejaba tomar por ellas con placer.

Así, sin olvidar a Annesa, pero pensando en la hermosa viuda, llegó al pueblo. Grandes nubes rosadas cubrían el sol; una suave luminosidad doraba las colinas cubiertas de rastrojos, más allá de las cuales se levantaba una montaña calcárea, que parecía de mármol rosa. Pequeñas vacas negras se abrevaban en el escaso arroyuelo, y las figuras de los pastores, vestidos de rojo y de negro, se dibujaban vivamente sobre el amarillo de la colina. Pero al acercarse al pueblecillo, todo se volvía triste: el camino, polvoriento; el aire, irrespirable por el olor de las inmundicias. La iglesia se levantaba a un centenar de metros del pueblo, y surgía en medio de un campo árido, cubierto de montones de piedras, de rocas superpuestas, de bloques que formaban círculos, conos, pirámides. Parecía como si un pueblo primitivo hubiera pasado por aquel campo, intentando construcciones, que después había abandonado incompletas: todo era silencio y desolación.

Las patas del caballo se hundían en el polvo y en las inmundicias. Casuchas de piedra, edificadas sobre la roca, se amontonaban alrededor de algún edificio nuevo; y la calle estaba animada por mujeres descalzas y con cofia, niños andrajosos, muchachuelos semidesnudos, y toda una multitud que parecía salida de un subsuelo

sucio y oscuro. Todos susurraban al ver a don Paulu Decherchi, que repartía saludos desde lo alto de su caballo.

Al pasar por delante de una casa antigua menos pobre que las otras, Paulu se atiesó, hizo caracolear el caballo y miró a las ventanas, provistas de rejas. En aquella casita vivía la hermana del rector, una vieja muy rica, que precisamente tenía que prestar dinero al caballero arruinado. Pero nadie se asomó a la ventana, y él pasó de largo. Su amigo vivía al final de la calleja, en una casita edificada sobre la roca, al fondo de un patio abierto.

Ballore Spanu estaba fuera; pero su familia, compuesta por la madre y siete hermanas solteras, la más joven de las cuales había pasado los treinta, acogió al huésped con vivas manifestaciones de simpatía.

—Ballore está en el campo —dijo la madre, una vieja pequeña y gorda, con la cara amarillenta y casi completamente escondida por una toca negra—. Hay un incendio en un bosque, cerca de nuestras *tancas,* y mi Ballore ha ido para ayudar a apagarlo. Pero volverá al atardecer. ¿Y sus parientes? ¿Cómo están, don Paulu? ¿Y *donna* Rachele? ¡Ah!, todavía me acuerdo de cuando vino a nuestra fiesta. Era novia. Parecía un clavel, de guapa que era.

Las siete *bajanas* se agrupaban en torno a Paulu, y una le servía café y otra le sostenía la palangana para que se lavase. Todas ellas se parecían de manera sorprendente: pequeñas, gordas, con la cara grande, amarillenta, y espesas cejas negras, unidas sobre una nariz aquilina.

La habitación, que recibía luz por la puerta, estaba amueblada con grandes arcones negros y rojizos, labrados con arte primitivo, una cama con baldaquín y un viejo banco negro; algunas gallinas entraban y salían libremente.

Paulu bebió el café, se lavó y escuchó las habladurías de la vieja, quien le contó que desde hacía siete años pleiteaba con un vecino a causa de un derecho de paso por una *tanca.*

—Siete años, hijo mío. Sólo los abogados me han chupado más de dos mil trescientos escudos. Pero es por la honra, ya lo comprende. Con tal de ganar el pleito, iría a pedir limosna.

Al atardecer, salió. Pero las habladurías de la vieja, la ausencia del amigo, las miradas de las siete maduras solteronas de cejas salvajes, le habían entristecido mortalmente. Vagó por el pueblo, preguntándose si debía de visitar al rector, al que no conocía aún. El cielo se cubría de nubes. El pueblo, comparado con el cual, Barunei le parecía a Paulu una gran ciudad, daba la impresión de una madriguera de mendigos, sombrío bajo el cielo sombrío.

Los hombres regresaban de los campos y de los pastizales, algunos a pie, otros en caballos blancos o negros, y parecían venir de lejos,

silenciosos y cansados como caballeros andantes.

De repente, la desesperación envolvió con su helado velo el corazón de Paulu.

«¡Adónde he venido a buscar la suerte! ¡A un estercolero! —pensó, dirigiéndose a la iglesia entre las rocas—. ¿Será posible que encuentre dinero precisamente aquí?»

Mucha gente se encaminaba a la iglesia, donde el rector cantaba las vísperas. Paulu se detuvo para contemplar a las mujeres, algunas de las cuales eran bellísimas, a pesar de su traje tosco y barroco; luego entró en la iglesia y se colocó cerca de una extraña imagen que representaba a la Virgen sentada en las nubes. Las nubes eran de madera negra, redondas como pelotas; la Virgen, con cofia y delantal, parecía un ídolo prehistórico, monstruoso e informe. Paulu recordó los cuadritos sagrados de la trastienda de Zana, y una idea le cruzó por la mente. Pero en seguida la rechazó con repugnancia. No; él podía rebajarse a todo, podía humillarse ante los más innobles usureros, podía incluso dejar que saliera a subasta la casa y ver cómo arrojaban del viejo nido a su anciano abuelo, a la pobre *donna* Rachele y a la infeliz Rosa, igual que a bestias de su cubil; pero rebajarse a pedir dinero a una mujer equívoca, ¡eso nunca!

«Mejor morir —pensó, bajando la cabeza. La idea del suicidio no le asustaba—. Si yo me mato, *ziu* Zua salvará a mi familia. Él me odia, y es por molestarme por lo que no quiere ayudarnos; pero si yo me muriera…»

La figurita de Annesa se le apareció en la penumbra de la iglesia; y más que en el dolor de sus abuelos y en la angustia de su madre, pensó en la desesperación de ella. Y decidió avisarla de su funesto propósito.

«Así podrá prepararse y después no se traicionará, no dará a entender que éramos amantes, y podrá casarse igualmente con Gantine. No, no quiero arruinarla, pobre Annesa, querida alma mía.»

Por las mejillas le corrieron lágrimas sinceras, y para esconder su dolor, se arrodilló, dejó el sombrero en el suelo, apoyó un codo en una mano y con la otra se apretó las sienes.

En la iglesia resonaba un coro de una tristeza salvaje, indescriptible: parecía un rumor lejano de trueno, cruzado por melancólicos tañidos de campanas, lamentos y sollozos infantiles. Los hombres, arrodillados cerca del atar, entonaban una cantilena quejumbrosa y nostálgica, con voces profundas, iguales, suplicantes; mientras las mujeres, sentadas en el suelo al fondo de la iglesia, respondían con voz triste y tintineante; sobre todo la voz de una, que parecía la directora del coro, resonaba alta y metálica, como el tañido de una campana.

La sombra se adensaba. Los escasos cirios del altar iluminaban

apenas el grupo de los hombres, que aparecía negro y blanco en un claroscuro lúgubre. Paulu no olvidó nunca aquella hora trágica de su vida. Aquel canto salvaje y triste le recordaba toda su infancia triste y salvaje. Como de la penumbra de la iglesia, saltaban imágenes olvidadas y le atacaban, le oprimían, le gritaban cosas extrañas. Volvía a ver los perfiles de ciertos criados que habían estado largos años en su casa. Oía a su nodriza, que peinaba a la pequeña Annesa y cantaba una retahíla:

Isperta, isperta, pilu,
Pilu brundu che seda…

[Peina, peina, cabello,
cabello rubio como seda…]

Luego la voz callaba, la nodriza desaparecía, y en su lugar se sentaba el gordo padre Virdis, con el pañuelo en la mano, y Rosa pasaba lentamente por el fondo del patio. *Donna* Kallina, la pobre muerta, cerúlea y transparente como un fantasma, estaba sentada al sol, intentando en vano calentarse.

Y los devotos, en la iglesia cada vez más melancólica, proseguían su coro desolado. Parecía que un pueblo nómada pasara por el campo rocoso, entonando un cántico nostálgico, un adiós a la patria perdida.

Paulu sentía esta arcana nostalgia, que forma parte del carácter del pueblo sardo. La sed de placer, de goce, de aventuras, le había empujado desde niño por un camino que no era el suyo. También él había soñado continuamente en una patria lejana, en un lugar de alegría, donde ahora sentía que no llegaría nunca.

Las siete hermanas de Ballore se quedaron edificadas por la actitud de Paulu durante la novena. Pero Ballore, que había regresado de la *tanca,* con las manos quemadas, cansado y de mal humor, se dio cuenta de su abatimiento.

«Debe de encontrarse en condiciones terribles. Él, que no cree en Dios, ha simulado rezar para enternecer a la hermana del rector», pensó.

Y se preguntaba si no había hecho mal en invitarle.

«¿Cómo devolverá el dinero? Ya no tiene nada. ¡Sí que haré un buen papel con el rector y su hermana!»

—¿Quieres que salgamos? —preguntó Ballore.

Pero Paulu le veía cansado y de mal humor, y dijo:

—¿A dónde quieres ir? ¿A casa de la persona que has prometido presentarme? Es demasiado tarde. ¡No se piden préstamos a estas

horas!

—Si hace falta, ¿por qué no? —dijo Ballore; luego suspiró—. ¡Ah, qué cansado estoy! Por poco el fuego me envuelve y me tuesta coma un haba. Pero lo hemos dominado. Huía como un diablo, y nosotros detrás, con ramas y bastones, lo perseguíamos y lo golpeábamos y lo echábamos como a una bestia. Menos mal que no ha llegado al bosque; pero ya te digo yo que nos ha mordido bien: mira.

Y le enseñó los brazos, rojos; las manos, inflamadas; hasta la barba y las espesas cejas tenía chamuscadas. Ballore sentía toda la distancia que había entre él, trabajador tosco y fuerte, enérgico y avaro, dispuesto a todo, incluso a luchar con el fuego, y Paulu, que tenía el rostro fino y pálido, los ojos melancólicos de mujer, ojerosos todavía por la angustia. Y miraba a su huésped y sentía piedad; pero ¿qué podía hacer? No, no podía ayudarle. Él tenía muchos enemigos, muchos pleitos, y tenía que pagar a los abogados. A los amigos bastaba con prodigar buenas palabras. Buenas palabras, sí; tantas como Paulu quiso, tantas que se enterneció y se mostró con Ballore humilde y desesperado, igual que con don Peu se había mostrado jactancioso.

—Ya te lo he dicho, Ballò. Estoy arruinado. Si tú no me ayudas, yo no sé qué será de mí. Es mejor terminar de una vez. Si yo me muero, tal vez cambie la suerte de mi familia. Ya ves, yo soy el espíritu malo de mi casa. Desde mi nacimiento, ha comenzado la decadencia. Ha ido de mal en peor, de mal en peor…

—¡Ah!, no hables así —dijo Ballore—. Eres joven, tienes salud. Si no otra cosa, puedes hacer un buen matrimonio. Es más: me asombra que no pienses en ello. *Donna* Kallina era una santa, pero creo que su alma se alegraría si…

—Calla —le suplicó Paulu—. Que no te oiga. Yo no volveré a casarme.

—Y, sin embargo, es el único medio.

Paulu creyó que Ballore insistía tal vez para proponerle una de sus hermanas, y experimentó una sensación de frío. Las mujeres le gustaban, aunque fueran feas, con tal que fuesen graciosas; pero aquellas siete viejas vírgenes de cejas amenazadoras le daban la impresión de que eran unos seres híbridos, mitad mujeres y mitad pájaros, y le producían un invencible asco.

—Ballore —dijo, pensando en Annesa—, los dos somos hombres, y tú me comprenderás. He de decirte una cosa. Yo tengo relaciones secretas con una mujer. No soy un miserable: soy un desgraciado, pero no un sinvergüenza. Tal vez no me case nunca con esta mujer; pero no la abandonaré jamás.

—¿Por qué no te puedes casar con ella? ¿Es pobre?

—Está casada —dijo Paulu, para que Ballore no sospechara de

Annesa—. Yo la he querido siempre, desde niño; pero la fatalidad nos ha separado. Yo me casé, y luego, cuando me quedé viudo, volví a verla. Por aquel tiempo, debido a mi luto, me veía obligado a una vida triste, casta. No podía divertirme, no me acercaba a las mujeres. Un día, me encontré solo con mi amiga, en el campo. Yo siempre la había respetado y esperaba no dejarme vencer por la pasión. Pero el deseo fue más fuerte que yo; me derrotó, me cegó. Y lo peor fue que la mujer esperaba solamente una señal para entregárseme enteramente. También ella me había querido siempre: se aferró a mí, me abrazó como la hiedra al árbol. No la puedo dejar.

—¡Ah, Paulu, Paulu! —dijo Ballore, suspirando—. Ese es tu mal: has sido siempre débil.

—¿Y crees que no lo sé? Lo sé, por desgracia —prosiguió Paulu, excitado, recordando las lágrimas infantiles vertidas en la iglesia—. Soy un niño, y comprendo que mi debilidad y mi impotencia han sido la causa de nuestros quebraderos de cabeza, y más que esos quebraderos, me entristece precisamente ver que sigo siendo débil, niño. Yo me he equivocado de camino, Ballore; y nadie ya podrá señalar mi sendero. Si hubiera seguido estudiando, habría llegado a ser algo; pero ya mi padre, ya mi madre, mis abuelos, todos, todos han cometido un grave error al meterme en el seminario. ¡Yo no era un pájaro de jaula! Cerraron la puerta e intenté escaparme por la ventana. Entonces, me echaron, y desde aquel día equivoqué el camino. Nadie me dijo que tenía que trabajar, y yo me fui por el mundo, y me parecí a aquellos mendigos que van de fiesta en fiesta. También yo buscaba en las fiestas algo que no encontraba nunca. Sin embargo, no soy malo: nunca he hecho bien, pero tampoco mal. Es más: muchas veces he deseado poder, por lo menos, hacer el mal, como saben hacerlo muchos, con fuerza y astucia. Nada: ni siquiera esto sé hacer. Te lo repito, sigo siendo un niño: mi inteligencia, mi educación, todo en una palabra, todo en mí se ha detenido en lo mejor de su desarrollo; soy como aquellos frutos que se secan antes de madurar…

El otro le escuchaba, y no conseguía comprender toda la sutileza y la desolación de las palabras de Paulu. Comprendía una sola cosa: que su noble amigo no se levantaría nunca de su ruina moral y material, y se arrepentía de haberlo invitado.

Charlaron todavía un poco más; luego se fueron a la cama.

Al amanecer, Paulu se despertó y se dio cuenta de que Ballore salía; pero cuando él se levantó, su amigo había regresado ya y bebía un vasito de aguardiente.

—¡Qué bien he dormido! —dijo Ballore—. Acabo de despertarme. Bebe.

Salieron y fueron a la iglesia. La fiesta era muy pobre. Los

lugareños, casi todos labriegos, que festejaban a San Isidro Labrador, habían realizado una pobre cosecha. Es más: Bellote comenzó a lamentarse:

—Este invierno alguien se morirá de hambre. La miseria es grande. *Mussiú Giuanne* —el hambre— hará gran fiesta. ¡Ah, los tiempos han cambiado, Paulu amigo! Ahora todos, quién más, quién menos, vivimos a duras penas; mientras que, cuando yo era niño, recuerdo que todo el mundo vivía alegremente. ¡Cuántos ricos había entonces! Ya ves: el rector y su hermana tenían el dinero a sacos, lo que se dice a sacos.

—Por eso —recordó Paulu —les robaron.

—Fue un asalto famoso: cuarenta individuos armados y enmascarados… y se dice que había varios de tu puebla, ¡eh, Paulè, no te ofendas! Asaltaron la casa del rector, desnudaron al cura y a su hermana, los ataron juntos, los arrojaron en una cama y arramblaron con todo… Se dice que se llevaron más de diez mil escudos.

Cuando Paulu y su huésped fueron a casa del rector, la hermana, una viejecita con la cofia de brocado, comenzó precisamente a recordar la historia del asalto: de cuarenta años a esta parte no hacía más que contar esta historia. Su boca abierta, sus ojillos negros, fijos y vidriosos, parecían todavía llenos del terror de aquella hora monstruosa.

—Uno de esos demonios era alto y negro, con una pelliza de piel, larga, casi hasta los tobillos: parecía un enorme cordero de pie sobre las patas posteriores. Hijos míos: yo sueño todas las noches, siempre con terror, con ese demonio negro y peludo… ¡Ah, nos han arruinado! No nos dejaron ni siquiera ceniza en el hogar.

En fin: la conclusión fue que ni el rector ni la vieja tenían dinero disponible. Paulu salió de aquella casa con la desesperación en el alma.

«Ballore debe de haber aconsejado a la vieja, esta mañana, que me negaran el préstamo», pensó.

El dolor y la humillación despertaron su orgullo; y, como con don Peu, fingió con Ballore una despreocupación y una alegría exageradas. Se quedó todo el día en el pueblo, gastó el resto de las cien liras en regalos para sus huéspedes, bebió y rio.

Partió de nuevo al día siguiente, al clarear. No sabía adónde dirigirse; pero no quería en absoluto regresar al pueblo sin el dinero.

«Antes me tumbo debajo de un árbol y me dejo morir de hambre.»

Anda que te anda. El cielo era triste, nublado; y la tierra, sedienta, los árboles polvorientos, las rocas áridas esperaban, en silencio, pacientemente, la lluvia prometida. No se movía ni una hoja; en el

paisaje, lívido y amarillo, no se oía una voz humana, un grito de ser vivo. ¿Adónde ir, si todo el mundo era para Paulu igual a aquel lugar desértico? Todo estaba terminado, terminado de verdad.

Anda que te anda. El caballo, dócil y pensativo, trotaba, y cuando veía algún paso abierto en las paredes de las *tantas,* no vaciaba en entrar por él, en busca de un atajo. De repente, precisamente mientras pasaban por un atajo cerca del pueblo de don Peu, Paulu oyó que le llamaba una voz, que le pareció reconocer. El caballo se detuvo. Un hombre alto y gordo, con una larga barba rojiza, y un muchachuelo andrajoso y salvaje, que parecía un gitano, se acercaban rápidamente.

—¡Don Paulu, don Paulu! —gritaba el hombre, jadeante y cansado.

Paulu reconoció a Santus, el pastor al que la voz pública acusaba de parricidio; el muchachuelo era su hijo.

—¿Qué? ¿Finalmente ha encontrado a esta buena pieza?

Santus cogió al muchacho por los hombros y le sacudió rudamente.

—He dado dos veces la vuelta a Cerdeña, a pie; pero espero morirme sin verme deshonrado. Aquí tiene al pájaro del diablo; ahora lo llevo a casa del brigadier y les digo a todos: Ya veis si un padre puede matar a su hijo, ¡así os maten sin que os deis cuenta! Y ahora me lavo las manos, don Paulu.

El hombre imprecaba; pero, a pesar del cansancio, de la angustia, de los sufrimientos que se leían en su cara, demostraba una alegría salvaje. El muchacho, en cambio, estaba triste y miraba a lo lejos, y sus grandes ojos azules parecían los de un prisionero que sueña con la fuga.

—¿Vuelve derecho al pueblo? —preguntó Paulu, sin interesarse mucho por los asuntos de Santus y del muchacho.

—Enseguida, ¿necesita algo?

—Entonces —dijo Paulu lentamente, meditando las palabras antes de pronunciarlas—, le daré una nota que entregará a Annesa, pero solamente a ella, ¿entendido? Además, le dirá de viva voz que no me esperen esta noche.

—Está bien, don Paulu.

Entonces, Paulu sacó su libreta y escribió unas palabras en lápiz.

«Vuelvo de O***; pernoctaré aquí, en casa de don Peu Corbu. Viaje inútil. Ninguna suerte, ninguna esperanza. No sé cuándo volveré. Recuerda lo que te dije antes de marcharme. No te asustes.»

Santus no sabía leer. Paulu le entregó la nota apenas doblada. El otro la cogió, se la metió en la bolsa que llevaba en la cintura y prometió entregársela únicamente a Annesa, y prosiguió su camino, empujando al muchacho taciturno y parándose con todos los viandantes que encontraba, para contarles su historia. Y no pensaba que dentro de la bolsa de su cintura llevaba la semilla de un drama bastante más terrible que el suyo.

Paulu, a pesar de las advertencias que le había hecho don Peu, descabalgó nuevamente ante la casa de la viuda del brigadier. No le guiaba ningún proyecto; pero, después de haber escrito y entregado la nota para Annesa, se había sentido todavía más triste, más intranquilo: el propósito de no regresar sin el dinero le procuraba una especie de obsesión.

«Tengo todavía cinco días de tiempo —pensaba—. Aunque haya de rodar como ese desgraciado de Santus, no volveré a casa con las manos vacías. Ahora ya, para mí, se trata de una cuestión de honor.»

¿Adónde ir, sin embargo? Recordó los usureros de Nuoro, y entre otros, a una mujer que años antes le había prestado mil liras al trescientos por ciento.

«¿Qué diferencia hay entre una usurera así y una viuda que no tiene buena fama?», se preguntó.

Pero cuando bajó delante del tenducho de Zana y vio a la mujer que acudía a la puerta y le sonreía con familiaridad, como si le hubiera esperado, segura dé su vuelta, experimentó una sensación de asco. No, no, nunca le pediría dinero.

—¡Ah! —dijo Zana, cogiendo el caballo de Paulu por la brida—, veo que no se ha olvidado de la vuelta.

Abrió el portillo contiguo a la entrada e introdujo al caballo en el patinillo. Paulu la dejó hacer y se quitó la espuela; pero no parecía dispuesto a bromear.

Zana, en cambio, parecía alegre. Ya no era la viuda compuesta y seria que vendía las torcidas en la tienda o servía decorosamente a los parroquianos en la trastienda. Era una mujer hermosa y joven, que desde hacía tres días pensaba en los ojos dulces y en la mirada lánguida del noble amigo de don Peu.

—Estoy sola en casa —dijo, después de haber atado el caballo—. La criada se ha ido a lavar. No he podido preparar nada; por tanto, habrá de tener paciencia.

Era casi mediodía. El trágico silencio de los días nublados reinaba sobre el pueblo, sobre el patio, sobre la casa de la viuda.

Paulu entró y se sentó delante de la mesa preparada, sobre la que todavía estaba el pan *carta di musica.* Desde la pared color de sangre coagulada, el brigadier le miraba, más pacífico aún que de costumbre, en la penumbra silenciosa de aquel día velado y caluroso.

Paulu comió poco y bebió mucho, y cuanto más bebía, más le parecía que su mente, nublada como el cielo, se aclaraba, que muchos problemas se resolvían.

«¿Qué diferencia hay entre una usurera y una viuda como Zana? Ninguna. Tanto vale la una como la otra.»

Zana entraba y salía. Le sirvió una lata de sardinas; luego, dos huevos; después, un plato de fritura.

—¿Cómo, y decías que no tenías nada? Con tal que después no me presentes una cuenta demasiado larga.

Zana le miraba sonriendo.

—Era mi modesta comida, don Paulu. No se burle de mí.

—¡Cómo! —dijo él, levantándose—. ¿Tu comida? ¿Y tú, entonces? ¿Cómo te las arreglarás?

—No se preocupe por mí, don Paulu.

Pero él estaba ya medio achispado y se quedó un momento de pie, cómicamente mortificado por haberse comido el almuerzo de Zana. Luego rio, y dijo:

—¡Pensar que hoy, en casa, se da una comida a seis pobres, y mi madre, en persona, tiene que servirles! La mesa está dispuesta con nuestros mejores manteles y los cubiertos de plata; ¡y yo me estoy aquí, comiéndome el almuerzo de una viuda!

—¿Su madre tiene que servirles? ¿Es una promesa?

—No, es un legado, o, mejor dicho, un canon que pesa sobre una *tanca* nuestra.

En seguida pensó que aquella comida de los pobres era la última que su santa madre serviría, y volvió a ensombrecerse, se puso casi pálido. Y la idea de pedirle prestado el dinero a la viuda volvió a insistir en su pensamiento.

Cinco

Todos los años, *donna* Rachele hacía llamar a alguna mujer del vecindario para que ayudara a Annesa a preparar la comida de los pobres. Aquel año, sin embargo, Annesa dijo que no quería ayuda de nadie. Era ya demasiado el gasto de la comida: bastantes escudos que «se tiraban a los perros y a los cuervos», como decía ella.

También Paulu protestaba cada año, y el día de la comida de los pobres no volvía a casa, para no enfadarse al ver a su madre trabajar y rebajarse sirviendo a los pordioseros miserables.

Pero *donna* Rachele, con su santa paciencia, dejaba refunfuñar a los muchachos y esperaba, casi con ansia, aquel día, para ella bendito. Pensaba: «Jesús, Nuestro Señor, lavaba los pies a los pobres. También yo quisiera hacer lo mismo con los pobres sentados a mi mesa».

Desde hacía años y años, tal vez desde siglos, una dama Decherchi cumplía la sagrada obligación de servir con sus manos «a seis pobres modestos, de los cuales, a ser posible, la indigencia fuera oculta». Y *donna* Rachele se había opuesto siempre a la venta de la *tanca* gravada con este canon, precisamente porque amaba esa piadosa ceremonia.

Así, la *tanca* se había quedado la última; pero ahora era preciso resignarse a la violencia inexorable de los acontecimientos. Paciencia. Por otra parte, Paulu no había regresado todavía, y la última esperanza de *donna* Rachele y de los abuelos estaba depositada en él.

—Basta; el año que viene tal vez esté muerta. Pensemos en cumplir bien con nuestro deber este año —decía la piadosa mujer a Annesa, que estaba inquieta y nerviosa.

Casi todos los años, los seis pobres modestos que se reunían secretamente a comer eran los mismos. Y, a pesar del misterio que les rodeaba, buena parte de los habitantes de Barunei sabía que tal día y a tal hora, los seis (tal y tal) comían con tenedores de plata, servidos por una dama. Cada año, la noche de la comida, el pregonero, que estaba medio loco, se divertía pasando por delante de las casas de los pobres, llamándoles por el nombre y dirigiéndoles alguna broma humillante:

—¡Chircu Pira, sal! ¿Qué, di? ¿También esta noche comes con los cubiertos de plata? ¡Matteu Bette! ¿Qué me dices? ¿Es mejor comer la

sopa con la cuchara de plata o con la cuchara de palo? ¿Todavía te chupas los dedos, Miale Caschitta?

La víspera de la comida, tía Anna, la vieja prima de *donna* Rachele, se ofreció para ayudar a Annesa.

—Así veré si elijo marido entre vuestros ricos invitados —dijo, bromeando.

—Ven sí quieres —repuso la viuda—; pero mira que la mesa he de servirla yo sola. No quiero que tú me ayudes.

—¿Cómo me las arreglo yo entonces? No podré contemplar a los invitados.

A la mañana siguiente, temprano, tía Anna volvió y comenzó en seguida a bromear otra vez. Dijo que uno de los invitados, un tal Matteu Corbu, llamado Vientre de León, una vez le había pedido la mano.

—No le quise porque era un tragón; tanto es así, que se lo ha comido todo. Hubiera acabado por comerse incluso a su mujer.

Pero Annesa no hacía caso de tía Anna. Guisaba y pensaba con angustia en Paulu, que hacía tres días que estaba fuera. ¿Dónde se encontraba? ¿Por qué no regresaba? Sus palabras le volvieron a la memoria, como una amenaza cada vez más sombría: «Es el último viaje: ¡o lo encuentro o no vuelvo!».

De vez en vez, cuando en la calleja resonaba el paso de algún caballo, Annesa se estremecía; pero no era el paso del caballo bayo: la esperanza se desvanecía, la inquietud aumentaba. Como de costumbre, iba vestida con decencia, limpia, y peinada con cuidado; pero *donna* Rachele, que entraba y salía de la habitación a la cocina y de esta al patio, donde habían encendido el fuego para hervir la pasta y asar la carne, notaba en ella algo insólito y extraño.

—A veces estás pálida y a veces tienes la cara inflamada —le dijo, rozándole la frente con los dedos—. ¿Qué tienes? ¿Estás mal? ¿Estás cansada?

—¡Nada tengo! Es el calor del fuego —dijo Annesa, irritada.

También tía Anna la miró y no bromeó más. De los ojos dulces y tristes de Annesa había desaparecido la acostumbrada mansedumbre: a veces relucían con una luz salvaje, fijos e inconscientes como los ojos de un alucinado.

—La muchacha está hoy de mal humor; dejémosla tranquila. Está enfadada porque no quería que este año diéramos la comida —confió *donna* Rachele a su prima.

Tía Anna, en realidad, daba la razón a Annesa. Desde el momento en que, dentro de pocos días, la *tanca* saldría a pública subasta, era estúpido satisfacer el canon. Pero no dijo nada, y siguió dando vueltas al asador sobre las brasas humeantes.

En la habitación del viejo asmático, la mesa estaba ya preparada.

Sobre los manteles amarillentos, los últimos seis cubiertos de plata estaban junto a los platos blancos, llenos de florecitas rojas.

Dos invitados ya, dos viejos hermanos, Chircu y Predu Pira, se hallaban sentados delante del camastro del asmático. Eran dos viejos desgraciados, de buena familia, que habían intentado siempre algún negocio, alguna empresa, y habían fracasado siempre. Vestían decentemente, al uso de la ciudad; pero sus caras blancas, ajadas, sus manos descarnadas, sus ojos llenos de tristeza, contaban una larga historia de dolor y de privaciones: pobres modestos, realmente, pero de aquellos cuya indigencia era bien conocida; y *donna* Rachele les había invitado para dar gusto al *ziu* Zua, del que el menos viejo, Chircu, había sido íntimo amigo. Mientras esperaban a los demás invitados, ziu Zua aprovechaba los momentos en que *donna* Rachele salía al patio para hablar mal de sus parientes. Su voz baja y jadeante se expandía como un gemido por la habitación melancólica. Por la ventana entornada entraba un hilo de luz gris, un olor a hojas húmedas. Todo era triste allí dentro: el viejo cadavérico, los manteles amarillentos, los dos hermanos de cara blanca por el hambre.

El tío Zua hablaba mal de todos, incluso de Rosa.

—Cosimu Damianu se ha ido al campo hoy. Quiere trabajar, el viejo holgazán. ¡Ahora, ahora! Ahora que su boca está cerca de la fosa. Quiere trabajar ahora, después que ha vivido toda su vida a costa de los demás. Y don Simone ha ido a pasear. Tiene necesidad de caminar para que le entre el apetito, el viejo noble. Pasea, paséate, si quieres, amigo mío; el año que viene, tú serás el invitado a la comida de los pobres, invitado por el nuevo dueño de tu *tanca*.

Los dos viejos sonrieron tristemente; pero el mayor, al que el asmático le resultaba un tanto odioso, para molestarle, dijo:

—Paulu traerá dinero hoy. Dicen que ha ido a Nuoro, donde…

—Calla —le interrumpió tío Zua, intentando incorporarse y animándose sombríamente al recordar a Paulu—. ¡Cuernos traerá ese vagabundo, ese trotamundos! ¿Quién va a darle crédito? Todos se ríen de él. Todos, sí, todos; ¡ah!…

La cólera le ahogaba. El viejo Pira se levantó y le arregló el almohadón que tenía en la espalda.

—No te indignes así, Zua; te hace daño.

—Me indigno, sí, porque, ya ves, todos creen que se ha ido por sus asuntos, por… Basta; en cambio… ¡ah, ah!

—En cambio, se ha ido a divertirse. Ya lo sabemos —dijo Chircu Pira, procurando calmar a su amigo—. Lo sabemos.

—Sí, amigos míos. Ha ido a la fiesta de San Isidro. Y ha pedido dinero prestado. ¡Ah!, no piensa que dentro de cinco días se celebrará la primera subasta de la casa y de la *tanca*. No lo piensa, como no lo piensa nadie aquí. Todos están alegres: ¡se ríen de todo, ellos! ¿No

veis a don Simone? Se va a pasear para abrir el apetito. Tal vez esperan que yo me muera dentro de estos cinco días; pero mi piel es dura, y dentro de mi piel hay siete almas, como en la del gato. No me moriré, amigos míos, y si me muero, hay alguien que verá… verá… ¡ah!

—¿Qué verá? Zua, no te indignes —repitió su viejo amigo—. Te hará daño.

Pero el otro hermano insistió:

—¿Qué verá?

Pero el asmático se había arrepentido ya de sus palabras, y no quiso decir más.

—¡Cuántas moscas! —se quejó, sacudiendo lentamente la mano en torno a cuya muñeca llevaba el rosario—. ¡Qué día más feo! Cuando hace este calor bochornoso sufro mucho. Ayer por la noche creía que me ahogaba. Y aquella burra de Annesa… buena también esa, así el demonio la lleve, me miraba como si hubiera querido… ¡Ah!, ya vienen…

Alguien entró. En el zaguán se oyó la risa melancólica de Rosa. Y su cabeza enorme, sus ojos vivos y su vestidito rojo y azul aparecieron, seguidos por el vestido negro, el bastón y la barretina de don Simone.

El viejo noble parecía más alegre que de costumbre; bromeaba con la niña, tirándole de la punta del pañuelo que llevaba en la cabeza y diciéndole infantilmente:

—Arre, caballito. Camina.

El tío Zua le miró despreciativamente.

Luego llegaron otros invitados, de los cuales sólo uno era jovencísimo, ciego desde la infancia. Don Simone se sentó a la mesa con los pobres, cosa que no había hecho nunca, y quiso que Rosa se sentara a su lado.

—*Donna* Rachele —gritó, bromeando—, estamos preparados. Pero este año se ha equivocado de número. En lugar de seis, ha invitado a siete pobres, mejor dicho, a siete y medio.

Rígida y pálida en su traje negro, *donna* Rachele entró llevando una gran fuente llena de macarrones; sonreía, pero cuando vio a su viejo suegro sentado entre los pobres comensales, se estremeció, y sus ojos se humedecieron de lágrimas amargas. Sin embargo, él la contemplaba sonriendo, con los ojos llenos de alegría, y ella pensó: «Parece que quiera decirme algo. ¿Tal vez una buena noticia? ¿Le habrá escrito Paulu?».

Durante la comida, don Simone bromeó; pero su presencia intimidaba un tanto a los invitados. El comenzó a burlarse de ellos bonachonamente.

Matteu, brente é leone.
Chi pares una balena.
A denote duas chenas
E una colassione,

[Matteu, vientre de león,
que pareces una ballena,
de noche dos cenas
y un desayuno.]

dijo a Matteu Corbu, el vejete tragón, que se vanagloriaba de haberse comido una vez un cordero entero.

La cuarteta llenó de alborozo a los invitados. Creyendo dar gusto al dueño de la casa, algunos comenzaron a perseguir con sus burlas al viejecito.

—Tu canción favorita, en la juventud, ¿cuál era, Matteu? —preguntó tío Chircu—. Acuérdate bien.

Pero el viejecillo, que parecía un pequeño San Pedro, calvo y con los cabellos largos en la nuca, comía tranquilamente y callaba. A su lado, Niculinu, el ciego, palpaba los manteles y sonreía.

—¿No te acuerdas? ¿Qué dices, Matteu? ¿Estás sordo? Yo sí que me acuerdo de tu canción:

Si sar muntagnas un de macarrones
E i sar baddes de casa frattada…

[Si las montañas fueran de macarrones
y los valles de queso rallado…]

Rosa escuchaba ávidamente. De repente, se echó a reír y quiso decir una cosa al oído de don Simone.

—¿Qué quieres? No te oigo, Rosa.

—Vamos, se lo diré en la cocina.

Bajó pesadamente de la silla y tiró de la americana del abuelo. Él se levantó y la siguió a la cocina.

—Hágale repetir la canción de los macarrones, abuelo.

—Diablillo, ¿para eso me has hecho venir aquí? ¡Ah diablillo!

Ella se escapó, y don Simone la persiguió hasta el patio. Tía Anna estaba en la cocina. Annesa servía al viejo reumático. *Donna* Rachele salió al patio y se agachó para sacar el asador del fuego. Don Simone, entonces, le dijo, rápidamente:

—El padre Virdis me ha confiado una cosa, pero en gran secreto. Ha convencido a Zua de que compre la casa y la *tanca.* Así, todo se arreglará. Pero, por amor de Dios, no hables de eso con nadie, ni siquiera con Annesa.

—Vamos, Rosa —dijo luego a la niña—. Haremos que repitan la

canción.

Cuando la viuda entró con el asado, todos se dieron cuenta de que había cambiado de aspecto. Una alegría casi febril animaba su mirada, y de sus labios, levemente coloreados, le salían palabras de amor y de dulzura. También Annesa advirtió esta excitación; pero la atribuyó al placer casi místico que la santa mujer experimentaba al servir a los pobres, y su tristeza y su irritación aumentaron. A veces hasta ella pensaba mal de sus bienhechores. Sí, realmente, daba rabia verles tan inconscientes y alegres en vísperas, de su ruina completa. Y Paulu que no volvía… ¿Dónde estaba Paulu? El pensamiento de Annesa le buscaba, le perseguía, por la inmensidad desértica de las *tancas,* a través de los senderos melancólicos bajo aquel cielo sombrío y amenazador, que también encima de ella, encima de su cabeza doliente, parecía que pesara como una bóveda de piedra.

Los comensales hablaban de Niculinu, el ciego.

—Dice que, de un tiempo a esta parte, le parece, algunos días, ver como un resplandor lejano. Hasta la edad de tres años ha visto; se ha vuelto ciego a consecuencia de una grave enfermedad. Últimamente ha ido a la fiesta del Redentor, en Nuoro, y cree que recobrará poco a poco la vista. ¿No es verdad, Niculinu?

El ciego, por toda respuesta, se hizo la señal de la cruz.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —exclamó *donna* Rachele, santiguándose también—. Dios es omnipotente: lo puede todo; sea siempre alabado su santo nombre.

Y golpeó cariñosamente el hombro de Niculinu, como si quisiera darle a entender que también ella, hasta aquel momento, había estado como ciega, pero que ahora comenzaba a entrever un lejano resplandor de esperanza. ¡Ah, sí!, volvía a esperar en la bondad humana, y esta esperanza era la razón de su alegría. Hubiera querido acercarse al camastro del viejo asmático y decirle:

—Zua Decherchi: te doy las gracias, no porque nos conserves la casa y el último pedazo de tierra, sino porque demuestras ser bueno, mientras todos te creíamos malo.

Sin embargo, don Simone la miraba, y ella comprendía que debía mantener el secreto.

Y lo mantuvo; pero durante la tarde prodigó mil atenciones al viejo asmático. Él adivinó la causa y se irritó más, y su irritación agudizó la de Annesa.

El día se iba volviendo cada vez más sombrío y triste. El trueno rumoreaba en la lejanía, detrás de la montaña lívida y negra. Algo angustioso y trágico gravitaba en el aire.

Terminada la comida, los pobres se fueron, y todo se sumió de nuevo en el orden y el silencio de antes. Sólo, de cuando en cuando, tío Zua gemía, y si Annesa atravesaba la habitación, ese gemido se

convertía en una especie de gruñido.

Ella trabajaba y callaba. Quitó los manteles, los cubiertos, y barrió la cocina y el patio; luego fue a la fuente, con el cántaro en la cabeza, y se detuvo delante de los guardacantones, mirando las lejanías del valle. Bajo el cielo gris surcado de nubes de un gris terroso, el valle se hundía como un precipicio, las rocas parecían dispuestas a caer unas encima de otras, y el bosque de la montaña se confundía con las nubes, cada vez más bajas.

Y Paulu no llegaba. Annesa tenía un terrible dolor de cabeza. Le parecía que el cántaro era una de aquellas rocas que, en su mareo, veía casi moverse y derrumbarse. Estaba a punto de regresar, cuando vio a Santus, el pastor, y a otros tres hombres que se acercaban por el camino. ¿Tenía fiebre, o el chico que se aproximaba precedido por dos viejos y seguido por el padre y por otro lugareño era realmente el hijo perdido de Santus? La curiosidad hizo que olvidara por un momento su cuidado: se quitó el cántaro de la cabeza, lo dejó en el guardacantón y esperó. El grupo se acercaba. La voz de Santus, alta y alegre, llegaba hasta ella, cada vez más clara en el silencio del camino solitario.

—Ahora mismo le llevo a casa del brigadier. Luego, si se quiere escapar, que se escape y se vaya al diablo.

El muchacho callaba. Annesa les miraba, y no se sorprendió cuando Santus gritó:

—¡Annesa; eh, Annesa! Aquí tienes al pajarito escapado. ¿Lo ves? Míralo bien. ¿También tú te crees que es él?

—Y ¿en dónde has estado durante todo este tiempo? —preguntó Annesa, cuando los campesinos llegaron cerca de ella.

El muchachuelo la miró con sus ojos azules y malignos, pero no contestó.

—Hemos encontrado a don Paulu —le comunicó el pastor—. Esta noche no volverá al pueblo: no le esperéis.

Annesa, que volvía a ponerse el cántaro en la cabeza, se estremeció, y para esconder su turbación dejó que los campesinos pasaran adelante. Pero le pareció que Santus se volvía y luego se detenía para esperarla.

«Debe de querer decirme algo», pensó, alcanzándole.

Los otros iban unos pasos más adelante.

—¿Dónde has visto a don Paulu? —le preguntó ella, en voz baja.

—En el predio de Magudas. Iba a este pueblo. Es más: me dio una nota para ti, para dársela a don Simone, seguramente —añadió el pastor, que era un buen hombre, pero malicioso.

Y le puso en la mano la nota, que había sacado diestramente de la bolsa de la cintura.

Annesa apretó en el puño aquel pedazo de papel: una brasa no le

hubiera quemado más. El pastor hablaba, pero ella no le oía. Oía solamente el retumbar de los truenos en la lejanía, y le parecía que dentro del puño llevaba apretado, no un pedazo de papel, sino un corazón latente, un alma que aullaba y se acongojaba. ¿Qué sucedía? Paulu no le había escrito nunca. ¿Por qué le escribía ahora? ¿Una noticia buena o mala? Annesa no lo dudó ni un momento: la noticia tenía que ser triste. Y tuvo miedo de saberla demasiado pronto.

Una mujeruca, sentada a horcajadas en un caballito blanco, alcanzó a la comitiva, y, al reconocer al hijo de Santus, comenzó a dar gritos de sorpresa y de alegría.

—¡Es él, sí; es él! ¡Ah, qué contenta estoy! No, no era posible que un habitante de Barunei hubiera matado a su hijo. Nuestro pueblo habría quedado infamado para siempre. Hasta en las canciones de los trotamundos se habría infamado y nombrado a nuestro Barunei.

—Calla, Anna Pica —gritó Santus—. Tu lengua parece un cuchillo.

Annesa se detuvo, como se habían detenido los demás; pero sólo oía el retumbar del trueno y sentía dentro del puño la carta fatal: para ella no existía nada más.

Los otros comenzaron a andar de nuevo y atravesaron el pueblo; ella les siguió y se encontró en medio de la multitud que poco a poco había ido congregándose alrededor del pastor; escuchó, sonrió. Una llamarada improvisa, un trueno fortísimo, algunas gotas de lluvia, hicieron correr a la gente en todas direcciones, y ella se encontró casi sola, al final de la calleja que conducía a la casa de sus bienhechores, y hacia ella se encaminó corriendo.

Donna Rachele se había ido con Rosa a la novena; sólo el gemido del viejo asmático, aquel día más sombrío y agitado que de costumbre, animaba la casita desierta. La luz metálica de los relámpagos inundaba de cuando en cuando la habitación oscura, el zaguán silencioso.

Annesa depositó el cántaro, sin dejar de apretar dentro del puño la nota; luego salió al patio y leyó a duras penas el triste mensaje: «Recuerda lo que te dije antes de irme…». Un relámpago terrible y un trueno retumbante llenaron de terror el cielo. Ella creyó que el rayo le había caído encima, y gimió como gemía el viejo.

—No ha encontrado nada. Se matará. Esta vez, esta vez va en serio. Dentro de dos, dentro de tres días, cuando ya no haya esperanza, se matará. No hay duda.

Un nuevo trueno formidable, el resplandor azul de un relámpago, otro trueno más, llenaron el patio de luz y de horror: la lluvia arreció, furiosa. Annesa volvió a entrar en la cocina y apoyó la frente en la puerta cerrada, pensando que si Paulu estaba a aquella hora de camino, debía de empaparse. Y durante un rato este pensamiento la inquietó más que la amenaza del papel. Un temblor nervioso la

agitaba; le parecía que sentía correr la lluvia por toda la espalda, mojándole todo el cuerpo, hasta los pies.

Y no podía gritar, no podía llorar: un nudo histérico le oprimía la garganta. Fuera aumentaba la furia del temporal, la lluvia golpeaba contra la puerta y los truenos retumbaban con ira enemiga. Y ella, con la cabeza apoyada en la puerta, pensaba en Paulu, perdido en la tristeza del atardecer tempestuoso, golpeado por la ira ciega del huracán; y le parecía que hasta la Naturaleza se unía al Destino, a los hombres, para ensañarse contra el desgraciado. Fuera, dentro, en la casa, alrededor de la casa, en la inmensidad de los campos y del espacio, un ejército de fuerzas enemigas se divertía persiguiendo a un ser solo, a un hombre débil e infeliz. Nadie le ayudaba, nadie le defendía; ni siquiera su madre, que no se inquietaba por él, que sonreía porque los pobres se sentaban a su mesa; mientras su hijo, más pobre y miserable que el último de los mendigos, vagaba de pueblo en pueblo en busca de fortuna, de ayuda.

—Nadie, nadie —gemía Annesa, frotando la frente contra la puerta, como la oveja con parásitos contra el tronco de la encina—. ¡Nadie, nadie! Solamente la criada piensa en ti, Paulu Decherchi, desgraciado muchacho. Pero ¿qué puede una criada contra la dueña de todas las criaturas humanas, contra la suerte?

—¡Annesa, demonio! —gritó el tío Zua, que desde hacía un cuarto de hora la llamaba en vano—. ¡Annesa maldita! ¡Enciende la luz!

Ella entró en la habitación; pero no encendió la luz. Un crepúsculo turbio penetraba por la ventana, describiendo un círculo de luz grisácea, que llegaba apenas hasta los pies del camastro del tío Zua. De cuando en cuando, el resplandor de los relámpagos iluminaba la habitación, y entonces parecía que la figura del viejo saltara de la sombra y luego cayera de nuevo en un lugar de tinieblas y de misterio.

Annesa le contempló largamente, con ojos alucinados. Le parecía que ya estaba muerto, pero que todavía gritaba e imprecaba. Y desde aquel momento se apoderó de ella una especie de obsesión: acercarse al viejo y estrangularlo, hacerle callar finalmente, hundirle para siempre en el abismo de sombra del que salía de cuando en cuando gritando.

Quieta ante la puerta de la cocina, tendió los brazos, contrayendo los dedos; un gemido salió de su boca cerrada. Entonces, el viejo creyó que ella tenía miedo del temporal, y bajo la voz:

—Annesa —suplicó—: ¡enciende la luz! Ya ves que basta tú tienes miedo. Ya ves cómo me han dejado solo. ¡Quién sabe dónde estarán! Hasta Rosa está fuera: se mojarán todos.

Ella volvió a la cocina y encendió la luz. Recordó que Paulu se había llevado el abrigo, y el pensamiento de que podía cubrirse la consoló. Entonces suspiró, con una sensación de descanso parecida a

la que experimentan los niños cuando oyen que el héroe del cuento, sorprendido por el huracán, ha encontrado una casita en el bosque. Y volvió a entrar con la luz en la habitación del viejo.

El temporal se desencadenó hasta bien entrada la noche; luego, de repente, el cielo volvió a serenarse. Las postreras nubes, como desgarradas por el último trueno, se abrieron, se rompieron, bajaron detrás de la montaña. La luna, grande y triste, apareció encima del bosque, en el silencio repentino y en la melancolía de la noche húmeda.

Donna Rachele, la niña, los viejos abuelos, que se habían quedado en la iglesia hasta que paró de llover, regresaron, y se fueron a la cama en seguida de cenar.

Annesa se quedó sola en la cocina, donde había encendido fuego, porque el agua inundaba todavía el cobertizo. Le parecía que estaban en invierno. La luz del fuego iluminaba las paredes oscuras, temblaba en el pavimento húmedo, manchado por la huella de los zapatos enfangados de don Simone y del tío Cosimu. Annesa tenía estremecimientos de frío y bostezaba nerviosamente.

Después de haber arreglado la cocina, entró en la habitación y encendió la lamparilla de noche, que puso en el suelo, en el rincón detrás de la puerta. Y, de repente, la figura del tío Zua, amodorra do, pero más jadeante y agitado que de costumbre, pareció sumergirse en la penumbra. De puntillas, Annesa se acercó varias veces a la cama, arregló la manta en el canapé, pero no se acostó. Le parecía que todavía tenía algo que hacer. ¿Qué? ¿Qué? No lo sabía, no lo recordaba.

Volvió a sentarse junto al hogar, se inclinó hacia las llamas y releyó la nota de Paulu; luego la quemó. Y durante largo rato permaneció inmóvil, con los codos, en las rodillas y la cara entre las manos, mirando fijamente las brasas, entre las cuales, la nota, negra y abarquillada como una hoja seca, se transformaba lentamente en ceniza.

Algo dentro de ella se consumía igual. La conciencia y la razón la abandonaban: un velo caía alrededor de ella, la separaba de la realidad, la rodeaba de sombra y de terror. Nunca supo cuánto tiempo había estado así, doblada sobre sí misma, en un estado de inconsciencia. Soñaba y luchaba por despertarse, pero la pesadilla era más fuerte que ella. Hubo un momento en que se levantó y se acercó a la puerta de la habitación. El viejo dormía; alrededor de la mesa estaban sentados todavía los seis pobres, y no comían, no hablaban, sino que la miraban fijamente con ojos melancólicos. Sobre todo, Niculinu, el ciego, la miraba sin cesar con sus grandes ojos blancuzcos

de enormes párpados lívidos.

Ella volvió a su sitio y cerró los ojos; pero no por eso dejó de ver los ojos lechosos y los párpados hinchados del ciego. Más infeliz que él, que decía que recordaba la luz y los colores como un sueño lejano de su infancia, ella no recordaba nada de sus primeros años, ni una voz subía hacia ella desde la profundidad oscura de su origen, ni una figura se dibujaba en su pasado.

«Yo no tengo padre, ni madre, ni parientes —pensaba en su delirio —. Mis bienhechores han sido mis enemigos. Nadie llorará por mí. Yo sólo tengo a él, como él sólo me tiene a mí. Somos dos ciegos que nos sostenemos uno a otro; pero él es más fuerte que yo, y si yo caigo él no se caerá.»

Y le parecía que realmente ella y Paulu estaban ciegos, y que ella tenía los ojos blancos y los párpados pesados, como los de Niculinu; y ante sí no veía más que una muralla roja e incendiada, cuya reverberación la quemaba enteramente. En los oídos le resonaban rumores misteriosos; creía escuchar todavía la lluvia que azotaba la puerta, y el trueno que llenaba la noche de un estrépito espantoso. El huracán atacaba la casa, la tomaba por asalto, como una manada de bandoleros, y quería arrasarla.

Luego, de la habitación del viejo salió una figura que se arrastró a lo largo de las paredes y se sentó junto al hogar. Ella no podía volverse, pero sentía el fantasma a su lado. Al principio le pareció que era el ciego; pero luego, de repente, sintió que la rozaba una mano dura y caliente que creyó la de Gantine. La mano subió hasta su cara, se la acarició, le cogió la barbilla, le oprimió la garganta… Delante de ella saltó una figura amarilla, con dos ojos ardientes y una larga barba gris entre cuyos pelos húmedos se abría una boca negra y retorcida. Era el tío Zua que la estrangulaba.

Annesa se despertó, llena de terror, y permaneció durante largo rato inmóvil, presa de un temor invencible. Finalmente, pudo levantarse y volvió a espiar desde detrás de la puerta. Las figuras de los seis pobres habían desaparecido; el viejo dormía, con los hombros y la cabeza reclinados en los almohadones y las manos sobre la sábana. Su jadeo se había calmado, estaba tan inmóvil y quieto que parecía muerto. La única cosa viva, en aquella habitación sepulcral, era la llamita de la lamparilla, que parecía que se hubiera escondido por su voluntad detrás de la puerta.

Annesa entró, se acercó a la cama, miró al viejo. Un momento, un poco de fuerza, un poco de valor, y todo estaría terminado.

Pero le faltaron la fuerza y el valor. Experimentó una sensación de hielo, un temblor convulsivo, y sus dedos se contrajeron. No, no podía, no podía.

Volvió a la cocina, abrió la puerta y salió al patio. Entonces se dio

cuenta, maravillada, de que el huracán había cesado. La luna subía, límpida, por el cielo azul, claro como un cristal. Los vidrios de las ventanas, el enlosado del patio, las tejas del cobertizo, tenían reflejos de plata. Y en el silencio profundo no se oía ni siquiera el canto de los grillos, ni el del ruiseñor que cada noche iba al bosquecillo del fondo del huerto.

La furia del huracán había apagado incluso sus voces. Y parecía que loa habitantes del poblado, negro y húmedo bajo la luna, hubieran desaparecido todos, como sus legendarios vecinos del pueblo destruido. Pero este silencio, esta muerte de todas las cosas, en lugar de calmar a Annesa, la excitaron más. Nadie podía espiarla, nadie podía ver lo que hacía. El mundo exterior, con sus advertencias y sus peligros, ya no existía para ella; y en su mundo interior todo volvía a ser tinieblas. La obsesión volvió a apoderarse de ella. Cayó nuevamente en un estado de semiinconsciencia febril. Sin embargo, luchó todavía contra el ciego impulso que la guiaba. Entró otra vez en la habitación, salió de nuevo al patio. Iba y venía como una devanadera, tejiendo una trama espantosa.

Durante largo rato, el instinto de conservación fue más fuerte que su manía; y al fin pareció salvarla. Cerró la puerta, apagó la vela, se sentó en el borde del canapé y se agachó para quitarse los zapatos. Pero el viejo suspiró y se inquietó, y ella se quedó un instante agachada, escuchando. Luego se levantó lentamente: era mejor no desnudarse; los ataques de asma, que desde hacía algunas noches torturaban al viejo, podían comenzar de un momento a otro. Ya que tenía que levantarse para cuidarle, era mejor acostarse vestida.

Annesa se acuesta, pues, y se cubre con la manta hasta la cara. Un estremecimiento de frío la sacude de los pies a la cabeza; la horrible verdad vuelve a su corazón.

Se ha acostado vestida, no por estar preparada al objeto de ayudar al viejo, sino para ayudar a la muerte, si el ataque vuelve; un pequeño esfuerzo, una mano en la boca del enfermo, el calmante derramado en la mesilla, y todo estará terminado.

Su corazón latía convulsivamente. Annesa procuraba rechazar una vez más la tentación diabólica, y, sin embargo, esperaba. Y sentía que su espera era parecida a la espera del sicario detrás de las matas.

Volvía a ver la figura del viejo, tal como se le había aparecido la noche anterior, durante el ataque. Parecía estar agonizando, removía los ojos y abría la boca ávida de aire.

«Tal vez baste con que no le ayude a incorporarse, con que no le dé el calmante. Tiene que morirse está noche; si no, se muere el otro. Es preciso que mañana Paulu sepa que el viejo se ha muerto. Ya es hora. Ya es hora.»

Su deseo era tan fuerte, que le parecía imposible que no se

realizara. Ya que el viejo tenía que morirse, que se muriera en seguida. Dentro de veinte, dentro de diez, dentro de dos días sería demasiado tarde: la noticia de su muerte debía llegar hasta Paulu lo más pronto posible. O el uno o el otro.

Le parecía que el destino de la desgraciada familia estaba en sus manos. En su delirio llegaba a decirse que cometería un delito mayor que el que planeaba si no conseguía evitar la muerte de Paulu, la ruina última de sus bienhechores. O el uno o el otro; o el uno o los otros.

De cuando en cuando, resonaba en la calleja el paso cansado de algún caballo; luego, el silencio reinaba más intenso.

El tiempo pasaba. El cansancio, la fiebre, el insomnio, hicieron delirar de nuevo a Annesa. Las figuras de los seis pobres ocuparon otra vez sus sitios alrededor de la mesa. Los ojos blancos y pesados del ciego miraban fijamente el camastro del viejo asmático. La cabeza enorme de Rosa comenzó a oscilar sobre el delgado cuello de la niña, como si quisiera separarse de él. *Donna* Rachele se acercaba con una bandeja en la mano, y se reía, como desde hacía años y años no la había visto reír. Y esta alegría insólita, de vieja enloquecida de repente, exasperaba a Annesa. En su sueño febril, contemplaba al viejo y pensaba:

«Con toda esta gente, aunque le vuelva el ataque, ¿qué puedo hacer yo? Todos me miran: hasta Niculinu ve. ¿No se irán?»

No se iban, porque el temporal seguía arreciando. Los truenos sacudían la casa y un chorro de agua penetraba por el techo y caía sobre la espalda de Annesa, produciéndole un calofrío nervioso. Y ella esperaba, seguía esperando; y en su sueño delirante su espera se convertía en una espera misteriosa, llena de terror y de angustia. ¿Quién tenía que llegar? ¿Qué tenía que suceder? Ella lo recordaba perfectamente: sabía que tenía que llegar la Muerte y que ella tenía que ayudarla, como la criada ayuda a la dueña; pero, además de esto, ella esperaba otros fantasmas todavía más horribles y adivinaba que tenían que suceder cosas aún más horrendas. Y un dolor que superaba todos los dolores sufridos, más grave que la humillación de su estado, que la ficción con la que siempre se había disfrazado, más intenso que su piedad por la familia que la había protegido y que el miedo de que Paulu se muriera de mala muerte, le hería el alma sumergida en las tinieblas del mal. Era un dolor sin nombre, la angustia del náufrago que se hunde en el abismo blando y amargo del mar y recuerda los dolores de la vida, bellos y agradables en comparación con el monstruoso dolor de la muerte.

¡Otro paso de caballo en la calleja!

Annesa volvió en sí de su amodorramiento, se quitó la manta de la cabeza y escuchó. Señor, Señor, ¿sería posible? El paso resonaba fuerte y tranquilo, se acercaba: parecía el paso del caballo de Paulu.

Ella se arrojó del canapé arrastrando la manta y fue hacia la puerta, como una loca; pero el caballo pasó de largo. El viejo se despertó sobresaltado, vio la manta en el suelo, en mitad de la habitación; vio a Annesa vestida, y se asustó:

—Annesa —dijo en voz baja, y luego gritó—: ¡Annesa! ¡Annesa!, ¿qué pasa?

Aquel grito la devolvió a la realidad. Lo recordó en seguida todo, y sintió la necesidad de excusarse con el viejo.

—Creía que era don Paulu —dijo con voz ronca, de sueño—. Esperando que volviera, no me he desnudado. ¿Quiere algo?

Se acercó al camastro, y la tentación, el ansia, el terror, volvieron a apoderarse de ella; pero le pareció que el viejo, en la penumbra, adivinaba sus pensamientos y vigilaba.

—Dame un poco de agua.

Ella cogió el vaso que estaba en una silla, y se lo dio: su mano temblaba.

—Soñaba. Me parecía que se me habían llevado la medalla. Aquí está —dijo el tío Zua, con su voz temblorosa y jadeante, buscando y sacándose la medalla del pecho.

—¡Justo! ¡Ahora se le llevan incluso esa porquería! —repuso Annesa con desprecio—. Justo, ahora vienen los bandoleros para llevársela.

El viejo levantó la cabeza.

—¡Cuidado con lo que dices, muchacha! Si no se llevan mi medalla, se llevarán los andrajos de tus dueños.

—¡Yo no tengo dueños! Duerma, duerma, es lo mejor que puede hacer. Ni siquiera por la noche deja a la gente en paz.

—¿No tienes dueños? ¡Ah, es verdad, mañana seréis todos criados! —reanudó el viejo, cada vez más irritado—. ¡Criados, sí, criaos! Hasta tan guapo trotamundos, si quiere vivir, tendrá que ir con la azada y la pala al hombro.

No era la primera, ni la milésima vez, que él, provocado además, le echaba en cara la miseria de «sus dueños». Los dos sabían dónde mejor podían herirse y no vacilaban en hacerlo.

Instintivamente, ella se apartó de la cama, atacada de nuevo por un temblor convulso. Recogió la manta, se sentó en el canapé y bostezó. El viejo seguía refunfuñando.

—¡Ah!, ¿no os dejo en paz ni siquiera por la noche? Así os muráis todos, ¿hasta eso me echáis en cara? ¿Quién te buscaba, víbora? Eres tú quien me ha despertado, y lo mejor que podrías hacer sería desnudarte y meterte en cama. Tu trotamundos no volverá, está

segura, no volverá. Es inútil que le esperes, ¿sabes, guapa?, a estas horas no piensa en ti.

Ella dejó de bostezar y de temblar.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué dice?

—Nada. Decía que la medalla se me la pueden llevar, hasta la medalla; pero los ojos, no; pero las orejas, no.

—¡Siga! —dijo ella, amenazadora.

—Nada, ya he terminado. Vete a la cama, te digo, y no la tomes conmigo si tu trotamundos no vuelve. Ya te he dicho que esta noche no piensa en ti.

Era demasiado. Un velo cubrió los ojos de Annesa. Inconsciente, se levantó, arrastrando la manta, que de nuevo dejó en medio de la habitación; se precipitó contra el viejo, se arrojó sobre él, le puso las manos alrededor del cuello. Una especie de ronquido salía de su boca abierta. Todo era tinieblas y estrépito a su alrededor; pero el viejo tuvo la fuerza de arrancar del cuello las manos que querían ahogarle, y comenzó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Ella no intentó nada más, pero dijo en voz alta:

—Si no se calla, le estrangulo de verdad. ¡Grite un poco más y verá! ¡Grite!

Él tuvo miedo y no se atrevió a volver a gritar; pero se llevó las manos al cuello, en un movimiento instintivo de defensa, e inclinó la cabeza, arqueó la espalda y se puso a temblar, presa de un terror infantil. Su barba rozaba la sábana bajo la cual se agitaban sus viejos miembros.

La desgraciada ya no veía nada. Sólo comprendía que el viejo le tenía miedo; y también ella, ahora, tenía miedo de él.

«Mañana me denunciará —pensaba, mirándole fijamente con ojos no humanos—. Estoy perdida. Me denunciará y hará que me echen de aquí, y todo estará acabado. Que yo me pierda, no importa —pensó luego, con desesperación—; pero los demás, no; los demás, no.»

Y un martillo inexorable le golpeaba una y otra vez las sienes, como si fueran una puerta que es preciso derribar.

«O él o los demás. O él o los demás.»

Pero ella no podía, no podía. Sus manos se negaban a cometer el horrible acto. Intentó aplacar al viejo, se inclinó sobre él, le habló con frases inconexas; pero su voz era ronca, amenazadora, y parecía venir de lejos, de un mundo tenebroso poblado por seres monstruosos, por demonios, por bestias parlantes.

Tal vez el viejo, encogido sobre sí mismo, como si estuviera inclinado sobre el límite de la vida y participara ya de los misterios de la eternidad, notaba que aquella voz no era ya una voz humana; tal vez ni siquiera la oía y sólo escuchaba la voz de su terror. Por mucho

que Annesa hablara, él no se movía, con las manos siempre alrededor del cuello y la cara contra la sábana.

Annesa se cansó. Se incorporó y fue a recoger nuevamente la manta. Un grito resonó en la habitación:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Entonces ella perdió el último resplandor de razón. De un salto cayó encima de él, le arrojó la manta por la cabeza, le oprimió con toda la fuerza de su peso.

Un gemido sordo, un agitarse desesperado de miembros bajo la sábana y luego, lentamente, el gemido fue debilitándose, pareció llegar desde una lejanía oscura, desde la profundidad de un abismo, y bajo su pecho convulso, entre sus brazos contraídos, Annesa sólo percibió algún estertor, un leve movimiento; luego, nada…

¿Cuánto tiempo había pasado? A ella le pareció que habían transcurrido apenas dos o tres minutos, y se asombró de la poca resistencia de la víctima. En la duda de que el viejo siguiera fingiendo, le oprimió la cara con las manos, le empujó la cabeza hacia el almohadón.

Pasaron otros minutos. Ella iba adquiriendo gradualmente un poco de conciencia. Se daba cuenta de lo que hacía, y tenía miedo de que la sorprendieran. Alguien podía haber oído los gritos de la víctima; de un momento a otro, el tío Cosimu, don Simone o *donna* Rachele, podían aparecer en la puerta y preguntarle qué sucedía.

Ella escuchaba, y, de cuando en cuando, volvía su cara aterrada hacia la puerta. Pero el silencio de la muerte reinaba ya en la habitación. Los objetos permanecían inmóviles en la penumbra, y sólo la lamparilla seguía ardiendo y espiando, quieta en su rincón, como un testimonio que quiere ver sin ser visto. De repente, Annesa experimentó un terror misterioso: le pareció que las cosas de su alrededor, disfrazadas de penumbra, tuvieran miedo de ella, y era ella en cambio la que tenía miedo de todas; si en aquel momento un mueble hubiese crujido, Annesa habría huido, gritando.

Finalmente, se movió. Se quedó unos momentos en pie, ante la víctima, sin atreverse a destaparla; luego oyó un rumor que le pareció que provenía de las habitaciones de arriba y corrió a cerrar la puerta con llave. Pero en seguida volvió a abrirla y salió al zaguán.

¿Qué hacer? Por un momento pensó que tenía que gritar, que pedir ayuda, que decir que el viejo se moría. Subió el primer tramo de la escalera hasta la puerta de *donna* Rachele, pero cuando iba a llamar, recordó que se había dejado la manta sobre la víctima, y de nuevo le asaltó la duda de que el viejo podía no estar muerto.

Bajó, pero no pudo quitarle en seguida la sábana. Tenía miedo de ver la cara de la víctima. Sin embargo, había que hacer algo: llamar, fingir, decir que el viejo había muerto de resultas de un ataque.

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró, alisándose por dos veces los cabellos con las manos.

Y fue a sentarse en el canapé. El corazón ya no le latía. Pero se sentía cansada; tan cansada, que le parecía que no podría volver a levantarse y caminar. Y hubiera querido acostarse y dormir, ya que todo estaba terminado y ahora sólo podía dormir, dormir profundamente.

«Diré que se ha muerto mientras yo dormía. ¿Por qué he de despertarles? Hay tiempo… hay tiempo.»

Dobló la cabeza, cerró los ojos, y en seguida vio el rostro del viejo que giraba vertiginosamente a su alrededor. Pero al instante resonaron unos pasos en el silencio de la noche clara, por los guijarros húmedos de la calleja.

Los pasos se acercaban. Ella se puso en pie de un salto, cogió la vela, se inclinó sobre la lamparilla para encenderla y se quedó escuchando, con terror creciente. Paulu no podía ser; de todos modos hubiera regresado a caballo. Y, sin embargo, aquellos pasos un poco indolentes parecían los suyos.

La llamita de la lamparilla se alargó, se entretuvo un rato alrededor del pabilo de la vela, pareció comunicarle un secreto, luego se empequeñeció, se volvió todavía más tranquila y tímida. Y la nueva luz se esparció, amarillenta y triste; penetró por todos los rincones de la lúgubre habitación e iluminó el bulto inmóvil que surgía en la cama. También la mente de Annesa pareció aclararse. Comprendió lo que había hecho, y tuvo miedo de sí misma.

«He matado a un hombre, yo, Annesa, lo he matado. Dios mío, ¿qué he hecho?»

A medida que los pasos se acercaban, Annesa sentía aumentar su miedo: miedo a que el viejo, vivo todavía, se moviera y emergiera de la manta amarillenta como un montón de tierra, miedo de los pasos que se acercaban, miedo de moverse, miedo de estar allí quieta, cerca de la llamita de la lamparilla que parecía contemplarla como un ojo vivo.

Y de repente los pasos cesaron. Alguien llamó a la puerta. Ni siquiera por un instante ella dudó. Quien llamaba era Paulu.

Seis

Salió al zaguán, pero no abrió en seguida.

—Annesa, abre, soy yo —dijo Paulu, llamando de nuevo a la puerta.

Ella cerró la puerta de la habitación; pero luego, por temor a que Paulu quisiera atravesarla para ir a la cocina, volvió a entrar, se acercó a la cama y levantó la manta.

El viejo, con la cabeza reclinada en los almohadones, apretaba los puños y tenía los ojos abiertos, la boca abierta. Su rostro estaba rojo, de un rojo amoratado, y parecía que se riera groseramente. Annesa no olvidó nunca aquella cara enrojecida, aquella boca abierta que ponía al descubierto cuatro dientes corroídos, aquellos ojos que reflejaban la llamita de la vela que ella llevaba en la mano, y parecían vivos, burlones, alegres.

Paulu llamó otra vez.

Ella extendió la manta sobre la cama, tapó al viejo hasta el cuello; después salió, y, luego de haber dejado la luz en la escalera, abrió.

—Annesa, ¿qué haces? —le preguntó Paulu.

—Me estaba vistiendo. ¿Cómo estás tú, Paulu? ¿Y el caballo?

Él entró, envuelto en su largo gabán mojado, con una pequeña alforja en la mano: estaba pálido, pero sonreía, y sus ojos brillaban. Y Annesa, después de haber soñado que estaba agonizando, sintió una angustia mortal al verle tan insólitamente sereno.

Paulu dijo bromeando:

—El caballo, lo he vendido.

Luego añadió en serio:

—¿No me has oído pasar hace poco? He pensado que el temporal había inundado el cobertizo y he dejado el caballo en casa del tío Castigu, para que mañana lo lleve a pastar.

No era la primera vez que esto ocurría; pero Annesa se asombró de ello como de un hecho extraordinario. Paulu se quitó el gabán. Annesa se apresuró a cogerlo de la mano y recordó su preocupación durante el temporal.

—El corazón me decía que estabas en camino —dijo en voz baja,

porque le parecía que el viejo les oía aún—. Pero no te esperábamos. He recibido la nota. ¡Qué miedo! He tenido fiebre.

—Ya veo que estás temblando —murmuró Paulu—. En cambio, ¿sabes?, he encontrado el dinero. Espérame un momento. Voy arriba y bajo en seguida.

Ella hizo un rápido movimiento hacia él; le miró con los ojos abiertos y él la abrazó, la oprimió contra sí y la besó en los labios.

—Sí, lo he encontrado, lo he encontrado. Espérame.

La dejó, cogió la vela y subió a las habitaciones superiores. Ella no sintió el abrazo, no sintió el beso; sólo comprendió dos cosas, horribles, horribles. Paulu había encontrado el dinero y había pasado antes que ella cometiera el delito y no había llamado a la puerta. Se sentó en el primer escalón, en la oscuridad, con el gabán pesado y húmedo sobre las rodillas; y le pareció que la aplastaba un peso enorme. Paulu había pasado y no le había avisado: él estaba salvado, pero ella estaba perdida.

No obstante, la misma desesperación le dio un impulso de fuerza. Se rebeló contra el dolor, el remordimiento, el miedo, contra todas las cosas terribles que la envolvían y la ahogaban, como la manta que había ahogado al viejo. Se levantó, dejó caer el gabán, atravesó el zaguán y abrió la puerta que daba al huerto vio el fondo lunar del cielo plateado sobre el bosque negro, y respiró.

«Lo he hecho por él —pensó, entrelazando convulsivamente los dedos—. Estaba ciega, no veía, no oía. ¡Y él ha pasado y no me ha avisado! Me ha escrito que, quería matarse, y en cambio todavía esperaba. Me ha engañado… me ha engañado…»

Paulu la sorprendió ante la puerta abierta y pensó que Annesa quería salir al huerto como solían hacer. La cogió, por tanto, por el talle y la arrastró con él. El terreno estaba húmedo, la noche era fresca. El agua de la acequia del fondo del huerto, aumentada por el chaparrón, brillaba bajo la luna. Del bosque venía un olor a hierba y a tierra mojada. Annesa no se daba cuenta de nada; pero Paulu, a pesar del cansancio del viaje, experimentaba una excitación febril, sentía la dulzura de la noche, quería que su amante participara de su alegría; le parecía justo, ya que tenía que hacerse perdonar alguna falta. Aquella noche no fueron hasta el bosque, demasiado húmedo. Dieron la vuelta a la casa y se detuvieron cerca de la puerta del patio.

—Te habrás asustado —dijo él, sin soltarla—. Me he arrepentido mucho de aquella nota: estaba desesperado. Ahora te lo contaré todo. Te has asustado, ¿verdad?

Annesa no contestó; parecía enfadada.

—¡Bueno, perdóname! Ponte alegre: escucha lo que me ha sucedido.

—Mejor será que cierre la puerta de casa y dé la vuelta para abrir

por aquí: estaremos mejor en el patio. Es tarde, es muy tarde —murmuró ella, intentando librarse de su brazo.

—Espera un poco, Annesa. Todavía no me has dado un beso.

Él la besó con más ardor que de costumbre; parecía que hubiese corrido algún grave peligro, que hubiese temido no volver a verla nunca más, y que al volverla a ver sintiera que la amaba más de lo que creía.

Ella ardía, temblaba, pero no por los besos de él. Seguía viendo delante de sus ojos la cara rojiza y la sonrisa macabra del viejo; y temía y esperaba que pudiera volver a la vida.

«Llamando al médico, tal vez…», pensaba.

—Annesa, ¿qué tienes? ¿Fiebre? —prosiguió Paulu—. Ahora te irás a la cama, espera. Sólo quería decirte lo que me ha ocurrido después de haber escrito la nota. He vuelto al pueblo de don Peu. Él me había presentado a la viuda de un brigadier, a una tal Zana que presta dinero con interés. La primera vez me había dicho que no; pero, empujado por la desesperación, vuelvo a casa de esta viuda y le digo…

Él mentía y sabía que mentía mal; pero Annesa no se daba cuenta. La historia que le contaba Paulu le interesaba sólo hasta cierto punto: otras cosas muy distintas tenía en la cabeza. Y, sin embargo, experimentaba cierto enojo e irritación contra la viuda que, según Paulu, se había dejado conmover y le había prestado, sin más, seiscientos escudos con un interés del diez por ciento.

—¿Es joven o vieja? —preguntó.

—¿Quién lo sabe? Parece joven; pero si se la mira bien… En fin —se corrigió enseguida Paulu—, esto no importa. Lo que importa es que me ha dado el dinero.

—Déjame; voy y cierro —suplicó Annesa, asustada—. Me ha parecido que oía ruido. *Donna* Rachele puede haberse despertado. Has hecho tanto ruido…

—Dormían todos. Tranquilízate.

—Déjame ir, Paulu. Tengo miedo. Si nos encuentran en el patio, no importa; hacemos ver que cogemos un poco de leña para encender fuego y secar tu gabán. Pero aquí… es tarde.

Paulu la dejó. Annesa corrió, ligera y silenciosa, entró y cerró. Paulu había dejado la vela en el zaguán, Annesa la cogió y entró en la habitación de puntillas, atraída por una misteriosa sugestión.

El viejo seguía allí, inmóvil y lívido, bajo la sábana. Y todavía reía, con su risa espantosa, con la cabeza hundida en el almohadón, y los cuatro dientes negros en la lividez de la boca abierta. Ella le miraba y no le parecía posible que estuviera muerto. Hubiera querido sacudirlo, llamarlo, pero tenía miedo. Siempre de puntillas, entró en la cocina, abrió las puertas y se encontró con Paulu, que le preguntó en voz baja:

—¿No se ha despertado?

—No, no —repuso ella—, duerme. Ni siquiera se ha despertado cuando has llamado. Ha tenido un ataque de asma y luego ha vuelto a dormirse. Parece muerto. Tengo miedo.

—¡Ojalá lo estuviera! —dijo él con indiferencia—. Por otra parte, ya no tenemos necesidad de él, es decir, si se muriera me daría una alegría; así no tendría ninguna deuda con una mujer como la viuda del brigadier.

Ella hubiera querido insistir, rogarle que fuera en busca del médico; pero tenía miedo de que se descubriera la terrible verdad. También Paulu cambió en seguida de conversación. Los dos tenían algo que esconderse y, preocupados por ello, no se daban cuenta de la mentira recíproca. Ella, sin embargo, comprendía que tenía que mostrarse más alegre y fingir mejor.

—Estoy contenta de que lo hayas encontrado —dijo con voz temblorosa—. Ahora espero que no volverás a marcharte. Tu nota me ha espantado, ¿sabes? Creía que querías matarte.

—No hablemos más de eso. Estoy aquí y, en efecto, espero no volverme a marchar en seguida. No he dejado de pensar en ti, Annesa. He pensado: «Ahora podremos respirar un poco; yo podré trabajar, podré… ». Sí, quiero hacer algo; ya es tiempo de pensar en mis asuntos. Don Peu me ha propuesto un negocio: él tiene una mina, en los montes de Lula, y quiere explotarla. Le he pedido, bromeando, si quería llevarme con él, como vigilante y cantinero de los trabajadores; le he dicho que deseaba alejarme durante un tiempo de este pueblo, donde todo me resulta odioso. Ha aceptado.

—¿Tú cantinero, tú? —dijo Annesa con dolor.

—Yo, sí. ¿Qué mal hay en ello? No es ninguna vergüenza trabajar, Annesa. Y, además, el mío no sería ni siquiera trabajo. Con mil liras pondría la cantina, es decir, una especie de tienda donde los mineros se proveen de la comida y de cuanto les hace falta. Ganaría el mil por ciento. Sí, sí; es conveniente; lo he pensado bien. Estoy más contento por eso que por haber encontrado el dinero. ¡Quién sabe, Annesa! Tal vez la suerte se ha cansado de perseguirnos. Pero no digas nada, ni siquiera a mamá. Antes ha de arreglar nuestros asuntos. ¡Ah!, estoy realmente contento —repitió exaltándose—, estoy contento también por ese maldito diablo de viejo. Ya le enseñaré yo que no tenemos necesidad de él, y si sigue atormentándonos, le echaré de casa. No; ya no tenemos necesidad de él. Pero estás temblando, Anna, ¿por qué no tomas algo? ¿Has probado a beber un poco de café? Oye, también yo quiero algo: siento un poco de frío.

—¿Quieres comer? Hay algo: hoy teníamos la comida de los pobres.

—Comer, no; beber. Voy a la taberna y vuelvo. Quisiera hablar

también con mi madre, para decirle que he encontrado el dinero. Pero esperaré a mañana.

—¿Quieres pasar por la habitación? —preguntó Annesa, espantada.

—¿Y qué? Si se despierta, ¿qué me importa? ¿No puedo hacer lo que quiero en mi casa? Ya no le tengo miedo.

—No, espera; te traeré algo de beber. No pases, no despiertes a *donna* Rachele. Está muy cansada, ha trabajado mucho.

Y como ella quería alejarse de nuevo, Paulu la retuvo.

—Espera un momento. Tenía que decirte una cosa, pero ahora no me acuerdo. Deja, no quiero beber. Ya no quiero beber, ¿sabes? Ayer por la noche bebí, y también hoy… algo.

—Y también mañana —murmuró Annesa, que sabía cuánto valían las promesas de Paulu, incluida la de buscarse un empleo y ponerse a trabajar.

—¡Ah, no lo crees? —protestó él—. Ya verás, ya verás: desde mañana quiero ser otro.

«Mañana —pensó ella—. ¿Qué sucederá mañana?»

Paulu la sintió estremecerse y le rogó que se fuera a la cama, pero ella insistía.

—Te traigo de beber: voy y vuelo. Espera, también yo he de decirte algo.

—Dímelo. ¡Te repito que ya no quiero beber! ¿No crees que puedo mantener una promesa? Ya no soy un niño. Durante estos últimos días he pensado en mis cosas y he decidido terminar con todas las tonterías.

—¡Hasta conmigo!

—Sí, hasta contigo —dijo él con voz seria—. Oye, Annesa: quería hablar antes con mi madre, para pedirle consejo; pero ya que presiento que ella no podrá aconsejarme que cumpla con mi deber… te diré… Bueno, sí, ya debes haberlo comprendido.

—No comprendo nada —murmuró ella, levantando los ojos que había mantenido bajos, como si el sueño la venciera.

—¿No lo comprendes? Quiero casarme contigo, Annesa. Te llevaré conmigo, iremos a las minas, nadie más se interpondrá entre nosotros.

Paulu no dijo, tal vez porque no se lo confesaba ni siquiera a él mismo, que en esta decisión entraba un poco de cálculo. Tenía necesidad de compañía para poder resistir la soledad y la desolación de la estancia en las áridas montañas de Lula, y tenía necesidad de una mujer que le ayudara en el mezquino menester de cantinero. Por otra parte, para decir toda la verdad, la idea de casarse con Annesa o de llevársela, le animaba en sus propósitos de ir a la mina.

De todos modos, Paulu esperaba, por parte de ella, una viva manifestación de alegría. Ella, en cambio, parecía no comprender, o mejor, no creer sus palabras; y por segunda vez experimentó una

impresión extraña, de ahogo, de vértigo: le pareció que oía en la lejanía una carcajada misteriosa, triste y burlona.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó Paulu, sorprendido—. ¿Qué tiene de cómico? Ya no crees lo que digo; no hablo más, pues, pero te repito: ya verás si miento o no. Hablaremos mejor mañana; ahora me voy yo también a la cama: estoy cansado y aquí hace frío, y tú tienes fiebre. Hablaremos mañana.

Dio un paso; luego se detuvo y dijo, con un poco de ironía:

—¿O no te gustaría venir conmigo a la mina?

Ella no contestó, pero se le echó al cuello y rompió a llorar; y todo cuanto hay de más amargo en el llanto humano, la desesperación, el remordimiento, el odio contra el Destino, que se divierte monstruosamente atormentándonos, vibró en su llanto.

Paulu estaba acostumbrado a ver llorar a su poco alegre amiga, y algunas veces se conmovía también él; otras se irritaba. Ahora, no pudiendo explicarse de otra manera la excitación de Annesa, la atribuyó a la alegría, a la esperanza, a la pasión que ella debía de experimentar en aquel momento. Pero cuando estaba alegre, le gustaba la gente alegre.

—Annesa —dijo—, acaba de una vez. Ya sabes que no me gusta verte llorar. Ya hemos llorado bastante; ha llegado el momento de terminar con eso. Vamos, dime algo, antes de dejarnos, porque realmente no has abierto la boca más que para decir malas palabras. Cuando quieres, en cambio, sabes hablar bien: dime una buena palabra y vámonos a dormir. Hoy ha sido un día muy largo y cansado; ahora todo está terminado. ¿Por qué sigues, muchacha? Créelo, todo está terminado. Para todos llega un momento de reposo.

Ella lloraba con la cara escondida en el pecho de Paulu. Hubiera querido morirse así, disolverse en lágrimas, dormirse para siempre. Un cansancio mortal pesaba sobre sus hombros, le doblaba la cabeza. Cada palabra de Paulu la hería, le resultaba dulce y atormentadora al mismo tiempo.

Paulu quiso desprenderse de ella, pero no pudo. Annesa tenía un miedo terrible a que él, al pasar por la habitación, se diera cuenta del delito; y temía también quedarse sola, aunque el sueño la vencía. Como la gente con fiebre y las personas rodeadas de graves peligros, no quería dormirse: mil fantasmas se le aparecían en la lejanía, y todo se iba haciendo cada vez más turbio y pavoroso a su alrededor.

Paulu, que estaba cansado y quería acostarse, la arrastró hasta la puerta de la cocina; pero cuando vio la vela puesta en el suelo, cerca del hogar, ella comenzó de nuevo a temblar, a castañetear los dientes, y se apretó aún más contra él.

—No me ahogues —le dijo Paulu, bromeando.

Annesa le dejó en seguida y se atiesó; pero, para que él no se

marchara, comenzó a hablar. Parecía que delirara:

—Espera, tengo que decirte una cosa. No hace falta esperar hasta mañana para que hablemos. Iré a la mina. Seguro; si quieres, puedo ir desde mañana, desde esta noche. Iré. ¿Cómo puedes haber pensado lo contrario? ¿Es que no me conoces? ¡Como si no supieras que contigo iría al destierro, lejos, a otras tierras, a la otra parte del mundo! Si tú cometieras un delito, iría contigo a la cárcel, llevaría las cadenas, no te dejaría nunca, metería mi mano entre tu carne y las cadenas…

—Esperemos que no haga falta —observó él, un poco turbado.

—Oye, Paulu: tenía que decirte una cosa, espera… —prosiguió ella, pasándose una mano por la cara—. ¡Ah, eso es! No quiero que hables con tu madre de nuestro matrimonio, no hables con nadie.

—¿Tienes miedo de Gantine?

Ella ni siquiera lo pensaba; y dijo que no, simplemente con la cabeza.

—Le dirás solo que quieres ir a las minas, que me llevas como criada, porque solo no podrías vivir allí arriba. Me dejarán ir, sí. Después, si es preciso, nos casaremos. Yo no lo pretendo, ya lo sabes, ¡me basta con que no me abandones! Si Dios existe, nos perdonará: los curas lo absuelven todo, ¿no es verdad? ¿Qué diese? El padre Virdis me absolverá, lo sé, me absolverá.

—Mi madre consentirá más en dejarme casar que en que nos vayamos juntos, solos, a un sitio lejano.

—Lo siento, pero yo iré igualmente, aunque ella no lo quiera. Yo beso la mano de mis bienhechores, pero me voy contigo, Paulu. Si tú te vas, me escaparé —prosiguió Annesa, cogiéndole un brazo y apretándoselo fuertemente—. Tú no me dejarás aquí, ¿verdad? ¡Mira que ahora lo has prometido! No quiero que te cases conmigo, pero quiero que me lleves. Lo has prometido, Paulu, lo has prometido. ¡Ay, ay Paulu…!

—Annesa, ¿qué tienes? —dijo él, inquieto—. Te lo he prometido, y cumpliré mi promesa. Vete a la cama. Toma algo, ¿no ves que tienes fiebre? Ve. Si lo llego a saber, no te digo nada esta noche.

Pero ella no hacía caso de sus palabras: su pensamiento vagaba lejos.

—¿Está lejos la mina?

—No; hay que pasar por Nuoro; luego se llega allí al cabo de cinco o seis horas de camino a caballo. Pero vete a dormir, cristiana. Hablaremos de esto mañana. Pasaré de puntillas por la habitación; el erizo no se despertará. Tú cierra, y métete en seguida en cama. Vamos, Annesa, no me hagas enfadar.

Volvió a besarla, pero en los labios de ella sólo notó el sabor salado de las lágrimas; luego atravesó la cocina sin hacer ruido, y ella experimentó casi un impulso de alegría al ver que él no cogía la vela.

Con los ojos desorbitados, la respiración contenida, Annesa escuchó, y cuando los pasos furtivos de Paulu cesaron, le pareció encontrarse sola en el mundo, abandonada por todos, en el umbral de una puerta que se abría sobre un lugar de terror y de muerte. Al cabo de un momento de vacilación entró y cerró. Pero no tuvo valor de penetrar en la habitación, aunque una sugestión maléfica la atraía allí. Se sentó junto al hogar, en el lugar donde había estado unas horas antes, y hurgó las cenizas con una rama, El fuego se había apagado completamente. Annesa sentía frío, pero no se atrevió ni tuvo ya fuerzas para moverse.

Puso de nuevo los codos sobre las rodillas, la cara entre las manos, y le pareció que la cabeza le giraba vertiginosamente alrededor del cuello, y esta impresión le resultaba casi agradable. Le parecía que no se había movido de allí durante la noche: todo había sido un sueño, horrible primero, triste y dulce después. El viejo dormía todavía; Paulu estaba en camino, envuelto en su gabán mojado.

Las visiones de la fiebre volvían a rodearla; entre la niebla aparecían y desaparecían los fantasmas, y a veces les reconocía: tío Castigu, el padre Virdis, Rosa, Gantine… Pero luego, en el misterio de la niebla, ocurrían extrañas metamorfosis: el tío Castigu le sonreía con la boca infantil de su joven prometido; sobre la sotana del padre Virdis se dibujaba el rostro triste de Rosa, y la figura encapuchada, que pasaba sobre un caballo fantástico, a lo lejos, negra, contra un fondo de noche vaporosa, no era Paulu. No. Era un ser misterioso, un viejo mendigo que iba hacia las minas de Lula en busca de una niña perdida. Annesa deliraba y gemía: en el sueño oía sus gemidos y sabía que estaba soñando; pero por muchos esfuerzos que hacía, no conseguía despertarse. Así durmió durante algunas horas, atormentada por sueños febriles.

Cuando se despertó, aterida, lo recordó todo; y, con improvisa lucidez mental, pensó en lo que le quedaba por hacer. La fiebre había cesado y ya no sentía ningún terror, ni miedo, ni indecisión. Volvía a ser una criatura de ficción y de silencio, en lucha con la suerte maligna. ¿Por qué temblar? ¿Por qué asustarse? Ella no tenía nada que perder, con tal que no sucediera nada a sus bienhechores. En este mundo no esperaba nada; en el otro no creía.

Se levantó, bostezó, se estremeció de frío. Era todavía noche cerrada; pero se oían cantar los gallos, y algún chirriar de carro resonaba en la lejanía, en el silencio de las callejas húmedas, iluminadas por la luna. La lamparilla de aceite ardía todavía; mas el pabilo había formado una especie de seta pequeña de fuego que producía un humo negro y acre.

Como un viejo delincuente, Annesa comenzó a prepararlo todo antes de llamar a sus bienhechores. Cogió la lamparilla, la llenó de

aceite hasta la mitad, cortó con las tijeras el pabilo quemado. Entró en la habitación cautelosamente; y, antes que nada, miró si el canapé estaba bastante desordenado; luego quitó la manta de encima de la cara de la víctima y se quedó largo rato contemplándola. El viejo seguía sonriendo, con su horrible mueca; pero la cara se había vuelto gris, los ojos se habían cerrado un poco y estaban empañados. Annesa hubiera querido sacudir el cadáver, hacerle adoptar otra posición, pero no se atrevió. Le causaba una repugnancia invencible, le parecía que, si le tocaba, sus dedos se quedarían pegados en aquella carne muerta.

Luego se quitó el corpiño, el delantal, los dejó en una silla, se despeinó los cabellos, se pasó la mano por la cara, por los ojos, como si quisiera crearse una máscara de indiferencia; después subió al primer piso y llamó a la habitación de *donna* Rachele. Los hombres dormían en el último piso; es más: tío Cosimu se había armado un camastro en un desván, entre montones de maíz y de legumbres. *Donna* Rachele se encerraba con llave: dormía pocas horas, pero tenía el sueño pesado, y Annesa tuvo que llamar tres veces para despertarla.

—*Donna* Rachele, abra. El tío Zua está mal, está muriéndose.

—Jesús María, ve y llama en seguida al padre Virdis. Ve y llama a mi padre —gritó la viuda, corriendo a abrir.

Rosa, que dormía con la abuela, se despertó y se echó a llorar. Annesa entró en la habitación, con la vela en la mano, y mientras *donna* Rachele se ataba temblando la falda, dijo tranquilamente:

—No se asuste. Creo que tío Zua está muerto.

—¡Qué dices! —gritó la viuda, corriendo descalza hacia la puerta —. ¡Muerto así, sin sacramentos, sin nada! ¡Qué dirá la gente, Señor Dios mío, al ver que le hemos dejado morir así! Pero ¿por qué no me llamabas?

—No me he dado cuenta de nada. Ahora, hace pocos minutos, me he despertado, y no…

Donna Rachele ya no la escuchaba. Descalza, en enaguas, se había precipitado escaleras abajo, en la oscuridad, gimiendo y gritando:

—¡Sin sacramentos! ¡Dios, Señor mío, sin sacramentos!

Rosa seguía llorando. Don Simone golpeó el suelo de su habitación con el bastón. Paulu abrió su puerta y preguntó:

—¿Qué hay, Annesa? ¡Mamá!

Annesa volvía a tener miedo, pero ahora ya tenía plena conciencia de lo que había hecho, de lo que podía suceder, y se dominaba enérgicamente. Intentó hacer callar a Rosa y contestó a Paulu:

—Baje en seguida. Llame a los abuelos. El tío Zua se ha muerto.

Paulu se vistió enseguida y corrió a la habitación de don Simone, que daba golpes cada vez más fuertes en el suelo para hacer callar a la niña.

—Calla, voy abajo y vuelvo en seguida. El tío Zua está mal, tiene dolor de barriga: voy a darle la medicina. No te muevas —dijo Annesa; pero Rosa había oído las palabras de la abuela y repetía sollozando:

—Se ha muerto sin sacramentos. Se ha muerto, ¿qué dirá la gente? Tú no has llamado.

—¡Pero cállate! —gritó Annesa, irritándose—. Si te mueves, ¡ay de ti!

Y salió corriendo, escaleras abajo, cada vez más aturdida, pero cada vez más decidida a no traicionarse. Desde la puerta vio a *donna* Rachele inclinada sobre la víctima, cuya cabeza había levantado, mientras le sacudía los brazos.

—¡Nada, nada! Está muerto de verdad. Pero ¿cómo ha sido, Annesa? Dios mío, Señor, ¿qué dirá la gente?

Annesa se acercó y experimentó una sensación de alivio: el muerto había cambiado de expresión: ya no sonreía.

—Cogerá un mal aire, así, descalza —dijo a *donna* Rachele, empujándola—. Está muerto, ¿no lo ve? Está ya frío. Esta noche ha tenido un ataque de asma, como el de ayer noche; es más: ha gritado mucho. Yo creía que lo habían oído. Luego se ha calmado y se ha dormido. Yo también estaba cansada y me he dormido profundamente. Hace poco me despierto, escucho, y no oigo nada. Estoy a punto de volverme a dormir; pero luego tengo una especie de presentimiento: enciendo la luz, miro…

—¡Dios, Dios!, ¿por qué no nos has llamado esta noche? Ahora hay que callarse. No hay que decir a nadie que se ha muerto así, sin que nosotros nos diéramos cuenta.

—¡Sí, sí! Diremos que estábamos todos —dijo Annesa con vivacidad—. ¡Ah!, ahí está don Paulu.

Al oír sus pasos palideció y volvió a asaltarle un temblor nervioso que la obligó a castañetear los dientes, a morderse la lengua y los labios. Pero Paulu no se preocupó de ella. También él llevaba una vela en la mano y corrió a mirar al muerto, se inclinó, le contempló, lo tocó. Su cara de sueño no expresaba ni dolor ni alegría.

—¡Se ha ido! ¡Está frío como el mármol! ¿Cómo ha sido, Annesa? —preguntó luego, dejando la vela en la mesa.

—Esta noche ha tenido un nuevo ataque de asma, como el de ayer noche —recomenzó ella.

Y repitió lo mismo que había dicho a *donna* Rachele, mientras esta iba por la habitación, buscando algo que no encontraba.

—Mamá, vaya a ponerse los zapatos. ¿Qué busca? ¿Hay alguna necesidad de desesperarse así? Está muerto, ¿qué podemos hacerle? —dijo Paulu, a quien había asaltado la duda de que el viejo se hubiera muerto durante su cita con Annesa.

Donna Rachele no oía nada, presa del remordimiento de haber dejado morir sin sacramentos al anciano. Le parecía verlo entre las llamas del purgatorio, con los brazos levantados y la boca abierta, ávido de luz y de paz. Después de haber hurgado repetidamente, encontró, por último, lo que buscaba: un pequeño crucifijo que colocó sobre el pecho del muerto.

—Hay que lavarle y cambiarle —dijo calmándose—. Annesa, ve, enciende fuego y pon un poco de agua a calentar. ¿Qué haces ahí, parada como una tonta? ¡Annesa, Annesa!, ¿qué has hecho?

Este reproche, aunque dulce, hirió a Annesa. Ahora ya, cada palabra tenía para ella un doble significado; pero mientras encendía fuego, para calentar el agua de lavar el cadáver, se repitió que tenía que ser fuerte, que tenía que estar preparada para todas las sorpresas.

Al cabo de un momento se oyó la voz de don Simone.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Se ha muerto tal vez? ¿Qué dice Annesa? ¿Por qué no ha llamado?

—¿Qué culpa tiene ella? Déjenla tranquila —dijo Paulu, irritándose porque *donna* Rachele comenzaba de nuevo a lamentarse —. Está muerto: que descanse en paz.

—Pero es que, Paulu… —exclamó la viuda.

—¡Déjelo de una vez, mamá! ¿Cree usted que si se hubiera confesado habría ido al paraíso?

—¡Paulu! —dijo el abuelo con voz grave y triste—. Respeta por lo menos a los muertos.

Paulu no replicó. En el silencio improviso se oyó el llanto de Rosa, y en seguida tío Cosimu, entrando con la niña en brazos, preguntó:

—¿Y Annesa? Decidle que se cuide de Rosa. Pero ¿qué ha sucedido? Y Annesa, ¿qué ha hecho?

¡Annesa, Annesa! Todos la tomaban con ella; pero ella estaba decidida a luchar contra todos.

Salió al patio y sacó agua. El cielo, todavía no blanco, pero pálido ya por un vago resplandor, anunciaba el alba. La luna, grande y triste, se hundía por detrás de la pared del patio y las estrellas temblaban, velándose, como si estuvieran impacientes por irse. Annesa hubiera querido que la noche no terminara aún. Tenía miedo de la luz, de la gente que se despierta y piensa en los asuntos ajenos con malicia. ¿La gente? Ella odiaba a la gente; era víbora cruel a la que hay que dar a chupar la propia sangre. Por la gente, ella había renunciado al sueño de todas las mujeres honestas, al sueño de casarse con el hombre que amaba; por la gente, por sus murmuraciones, por el martirio que hubieran hecho pasar a Paulu si este dejaba que echasen a los abuelos y a su madre de la casa de sus antepasados, ella había cometido un delito. Y ahora, dentro de poco, la gente se despertaría e invadiría la habitación donde yacía el muerto, y lo destaparían, lo desnudarían, lo

examinarían y tal vez adivinarían la terrible verdad.

Más tarde, mientras ella y *donna* Rachele lavaban el cadáver, don Simone, el tío Cosimu y Paulu, sentados alrededor del fuego, comenzaron precisamente a hablar de las molestias que el prójimo procura en ciertas ocasiones. Tío Cosimu lloraba, procurando ocultar la cara detrás de la cabezota de Rosa. La niña se había adormilado sobre sus rodillas; pero de cuando en cuando, se estremecía, y con su mano caliente le apretaba con fuerza un dedo.

—Sí —decía don Simone—, ahora vendrán a molestarnos. En estas ocasiones, cuando más necesidad se tiene de tranquilidad, la gente viene a entremeterse en nuestros asuntos. Los antiguos enterraban en casa a sus muertos, sin necesidad de tener que hacerles funerales. Así, por lo menos, cuentan. En las *muraghes,* que servían de viviendas, se encuentran huesos de muertos.

—No —exclamó Paulu—, al tío Zua yo no lo querría enterrado en casa. Que descanse en paz; pero ya nos ha torturado bastante.

—Dejemos pasar treinta días cada mes —dijo don Simone—. Mide tus palabras, Paulu. No hables así delante de la gente, que precisamente en estas ocasiones lo observa todo.

—¡Yo soy sincero! Papá Decherchi, le aseguro que siento la muerte del viejo; pero no puedo llorar.

—Porque estás demasiado atado a la vida, hijo mío —dijo entonces tío Cosimu—. Ni siquiera el espectáculo de la muerte te impone respeto.

Era, seguramente, la primera vez que el tío Cosimu le hablaba con esta aspereza, y Paulu se turbó más por estas breves palabras de su abuelo materno que por los continuos reproches de don Simone.

—¡Atado a la vida! —dijo, amargamente, como para sí, recordando que el día anterior había pensado en matarse—. Si fuera así, como usted dice, hubiera… basta, no es hora de hablar de estas cosas.

—¡Entonces, cállate! Hay un muerto ahí; vale más que pienses en que todos tenemos que morirnos. Zua Decherchi no era un vil, y no se puede hablar y bromear delante de su cadáver. Era un hombre valeroso y, sobre todo, un hombre honrado, trabajador y justo. Los males físicos le habían vuelto duro; pero suele ser en la amargura cuando se dicen las verdades. Y la verdad es lo que duele.

Paulu no contestó en seguida. Después de todo, él era un hijo y un nieto respetuoso, y nunca había discutido con sus mayores; además, lo consideraba inútil. No había discutido nunca; pero siempre había hecho su voluntad, porque, aparte de ello, creía ser infinitamente superior, por inteligencia y voluntad, a sus abuelos, ignorantes y simples. Las insólitas palabras del tío Cosimu, en aquel fúnebre momento, le hirieron vivamente, incluso le disgustaron. Pero luego pensó que tal vez su abuelo tenía razón, y seguramente por esto quiso,

al cabo de un momento, replicar.

—¡Un justo! —murmuró—. Sin embargo, no ha tenido la muerte del justo.

—Calla, calla ya —dijo entonces don Simone, que se había puesto a rezar casi en voz alta—. No sabes lo que dices. ¿Por qué no ha tenido la muerte del justo? ¿No se ha muerto en su cama, de muerte natural? ¿Porque no se ha confesado? El Señor es misericordioso, y en su balanza pesa las acciones buenas y malas mejor de como podamos pesarlas nosotros.

Annesa entraba y salía, y oyó las palabras del viejo. Si hubiera podido sonreír, ella, que no creía en Dios ni en una justicia sobrenatural, hubiera sonreído; pero pensaba en otras cosas.

—¿Habéis terminado? —preguntó tío Cosimu, mientras ella echaba por la puerta el agua con la que *donna* Rachele había lavado el cadáver.

Annesa se acercó al hogar y dijo que no, con la cabeza. Ya no hablaba: sus labios parecían sellados.

Paulu reanudó:

—Que no caigan mis palabras sobre el muerto; pero creo que la balanza eterna tendrá necesidad de toda la misericordia del Señor para…

—¡Hijo de San Antonio! —prorrumpió nuevamente el tío Cosimu —. ¿No has comprendido que no te conviene hablar así? Estate alerta.

—Pero, en una palabra, ¿qué tengo que temer? —exclamó Paulu—. Espero que no dirán que le he matado yo.

—¡Ah! Pueden decirlo —repuso el viejo, bajando la voz—. Además, no se trata de eso, ahora. Se trata de rezar o de callarse.

—¡Además, además…! —dijo don Simone, agitando una mano. Y al cabo de un momento de silencio añadió:

—Además, no era tan malo, no. Quería hacernos bien. Tal vez nosotros no hemos sabido tratarlo ni conocerlo. Lo abandonamos cada día más, lo dejábamos solo, nos acordábamos de él cuando teníamos necesidad. Sí —prosiguió, en voz baja—, no le queríamos como tal vez, se merecía. Y él, ahora, ya puede decirlo; él quería favorecernos. Había encargado al padre Virdis que comprara la casa y la *tanca.*

Paulu levantó la cabeza vivamente, y vio que Annesa, en el fondo de la cocina, miraba fijamente a don Simone. Parecía asustada.

—Basta, recemos —concluyó el noble viejo—, y no juzguemos mal a nuestro prójimo antes de haberlo conocido.

Pero Paulu odiaba a tío Zua, incluso muerto, y juzgó oportuno hacer saber a sus abuelos que no hubiera necesitado la ayuda del viejo avaro.

—Dejémosle en paz —dijo—; pero, si realmente quería hacernos bien, podía habernos ahorrado muchos disgustos. Podía haberme

ahorrado el haber tenido que recorrer todo el distrito, bajo el sol y bajo la lluvia, y humillarme ante todos los usureros, todas las mujerzuelas, todos los villanos que encontraba. Ustedes quieren que no hable; pero yo no puedo callarme. Unas palabras nada más: ayer por la noche llegué tarde y no quise despertarlos. He encontrado el dinero; pero ¡con cuánta humillación! He tenido que aceptarlo de una viuda de fama equívoca, y lo he aceptado. ¿Qué podía hacer, si no? —añadió, defendiéndose de los reproches que los viejos no pensaban hacerle—. Estaba con el agua al cuello. Un poco más, y me parecía tener que ahogarme.

—¿Quién te dice nada? Si tú devuelves ese dinero, ¿qué te importa la fama de la viuda?

—¡Claro que lo devolveré! Y no crean que lo devolveré con la herencia del muerto, no. Quiero decirles, además, esto: he encontrado trabajo. Trabajaré, iré a las minas.

Los dos abuelos le miraron, y don Simone meneó la cabeza, y hasta el tío Cosimu, a pesar de toda su acostumbrada bondad, de su compasión, de su ternura, apretó los labios y movió la cabeza negativamente. No, no, no creía las palabras del nieto.

Pero Paulu no replicó más; había dicho todo lo que le importaba hacer saber a los abuelos. Lo demás se lo diría a su madre, más tarde; ahora, ni siquiera pensaba en ello.

Los dos viejos volvieron a rezar. El inclinó la cabeza, apoyándola en la mano, y se sumergió en sus propios pensamientos; después de todo, el espectáculo de la muerte, aunque no le resultara nuevo, le entristecía y hacía que surgieran en su mente mil preguntas viejas como el mundo y siempre nuevas, siempre difíciles de contestar. ¿Termina todo con la muerte? ¿Tenemos realmente un alma inmortal? Y esta alma, ¿dónde va después de la muerte? ¿Dónde está el alma del viejo asmático? ¿Existe realmente el Señor, el Dios de nuestros padres, sentado en las nubes, el viejo Dios justo y terrible, el Dios con la balanza, tan amado y reverenciado por sus viejos abuelos?

Paulu no lo sabía: recordaba la muerte de su padre, la muerte de su mujer; pero recordaba también que entonces la desesperación y el dolor no le habían permitido contestar a las terribles preguntas que ahora volvían a su pensamiento. Ahora se encontraba en muy distinta disposición de ánimo: era casi feliz, se sentía joven, fuerte, lleno de buena voluntad; el porvenir le parecía casi rosado. A causa de ello se sentía inclinado a creer en la existencia de Dios y de su balanza y, por consiguiente, en su justicia.

Annesa, en cambio, al saber la noticia de que el muerto «quería favorecer a la familia», se había vuelto todavía más sombría y silenciosa. *Donna* Rachele, mientras tanto, cumplía los ritos fúnebres con una especie de exaltación religiosa; rezaba y suspiraba, y de

cuando en cuando murmuraba:

—¡Muerto así! Annesa, ¡muerto así!

Annesa callaba, y cuando el cadáver estuvo vestido y cubierto con una tela de damasco amarillento, y la luz glauca de la aurora, al penetrar por la ventana del huerto, se fundió con el resplandor rojizo de los cirios que ardían en los viejos candelabros dorados, su rostro, inmóvil en el óvalo del pañuelo negro, pareció como una máscara de cera.

En cuanto amaneció fue a buscar al padre Virdis.

Este dejó de decir la primera misa para correr a la casa visitada por la muerte. Al entrar en la habitación donde el tío Cosimu velaba el cadáver, se arrodilló y rezó; luego salió a la cocina, se sentó cerca de la mesa y durante unos minutos permaneció en silencio, más rojo e hinchado que de costumbre; pero, de repente, se golpeó las rodillas con el pañuelo azul, bajó y levantó la cabeza y resopló.

—Annesa me ha contado que estabais todos presentes cuando Zua se ha muerto. ¡Ah!, ¿por qué no habéis llamado, *anghelos santos*? ¡Qué mal habéis hecho!

Donna Rachele dejó en la mesa un paquete y suspiró. Y, aunque con repugnancia, sostuvo la mentira de Annesa:

—Tenía ataques así todas las noches. El médico le había mandado un calmante, que siempre resultaba eficaz. Sin embargo, esta noche el mal ha sido tan fuerte e imprevisto, que Annesa no ha tenido tiempo de echar el calmante en el vaso. Hemos encontrado este paquete entre los colchones, y no lo hemos abierto esperando a que usted viniera.

—Abridlo, si queréis —dijo el padre Virdis—. El otro día me había entregado sus títulos y el testamento.

—Todo está en buenas manos —murmuró *donna* Rachele, desenvolviendo el paquete encontrado entre los colchones.

Pero Paulu, que se había acercado para mirar, emitió una exclamación de rabia, se oprimió la cabeza con las manos y comenzó a agitarse.

—¿Había sacado el testamento de casa? Así, pues, me creía capaz de falsificarlo. ¿Se me tiene por tan miserable? ¿Y también usted, padre Virdis, también usted me tiene por tan miserable?

—¡Pensemos en otra cosa! —repuso el padre Virdis, agitando el pañuelo—. Yo he cumplido su voluntad, y nada más. Ahora pensemos en enterrarlo; luego hablaremos de lo otro. Tú, Paulu, irás a avisar al alcalde; yo pensaré en los funerales.

—¿Yo? —gritó Paulu, golpeándose el pecho con las manos—. Yo me voy en seguida al campo. Nadie me ha visto regresar ayer por la noche, y mi caballo, seguramente, está aún en casa de *ziu* Castigu. No —añadió—, no puedo quedarme aquí hoy. ¡Estoy demasiado irritado, padre Virdis! Me ofende incluso después de muerto. Me voy; podría

hablar mal, y cada palabra mía sería pesada. Dame la alforja, Annesa; pon dentro un pedazo de pan.

—Paulu, tenemos otras cosas en que pensar —dijo *donna* Rachele. Y Annesa no se movió.

Pero él, ofendido por el asunto de los títulos y del testamento, estaba decidido a irse. La idea de tener que quedarse todo el día en casa mintiendo, delante de extraños, fingiendo un dolor que no sentía, aumentaba su agitación. Dijo:

—Me iré a la majada del tío Castigu.

—¡Vete si quieres, mal cristiano, vete! La zorra cambia el pelo; pero no el corazón. Vete, vete —dijo el cura, sin dejar de agitar su pañuelo, como si se espantara moscas.

Y Paulo hizo ademán de irse. *Donna* Rachele y don Simone, que en el fondo justificaban su cólera, no le retuvieron; sólo Annesa corrió detrás de él y le dijo, suplicante:

—No hagas eso. ¡No te vayas, Paulu! ¿Qué dirá la gente? —Si alguien me ve, volveré —prometió él—. Déjame ir. Todavía es pronto: nadie me verá.

Salió y no volvió. *Donna* Rachele, el padre Virdis y don Simone conferenciaron durante mucho rato; luego el sacerdote se marchó, prometiendo arreglarlo todo para los funerales.

Más tarde, la casa se llenó de gente: vecinos, parientes, amigos. Fueron incluso los dos viejos hermanos que el día anterior habían tomado parte en la comida de los pobres. Y el amigo del difunto decía:

—¡Qué pronto se muere uno! Ayer, Zua estaba todavía lleno de vida.

—Sí, corría y saltaba como una liebre que presiente la lluvia —observó irónicamente el otro hermano.

Luego llegó el carpintero con la caja, y metieron al muerto dentro, con sus medallas y el crucifijo negro. Una vieja parienta propuso cantar una nenia fúnebre en honor del muerto; pero don Simone se opuso: él era un hombre a la antigua, bueno, y aprobaba incluso las antiguas costumbres; mas comprendía que algunas ceremonias bárbaras habían pasado ya, y, por tanto, ordenó a Annesa que preparara la comida, mientras que, según la costumbre, no se enciende fuego en la casa donde hay un muerto. Y ella se retiró a su rincón, bajo el cobertizo, contenta de escapar a la atención de las personas curiosas, que iban y venían con la excusa de dar el pésame a *donna* Rachele y a los abuelos.

El patio estaba desierto. Habían mandado a la pequeña Rosa a casa de la tía Anna, y no volvería hasta bien entrada la noche.

El tiempo pasaba. Annesa se sentía cada vez más tranquila; un poco más, y la tierra muda se abriría para tragarse el terrible secreto. Pero, mientras atravesaba la cocina para buscar algo en el armario,

oyó un profundo suspiro. Se volvió, inquieta, y en el rincón detrás de la puerta vio a Niculinu, el ciego, inmóvil, rígido, que miraba al vacío con sus ojos blancuzcos, de pesados párpados, y parecía decidido a no moverse de allí.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó Annesa, inquieta—. La gente está en otra parte, en las habitaciones de arriba. Ve allí.

—Y tú, ¿qué haces?

—Preparo la comida —repuso ella, cogiendo un plato del armario.

—¡Ah! ¡Los muertos ya no comen, pero los vivos comen todavía!

—¡Claro, para algo tienen boca! Y a ti, ¿qué te importa? —dijo Annesa, molesta—. Y tú, ayer, ¿no comiste aquí? Y tu padre, ¿no se ha muerto?

—Sí, he comido y he bebido —reanudó el otro, con su voz débil y dulce—. Por eso… Basta. ¿Dónde está Gantine? ¿No volverá hoy?

—Ni hoy ni mañana. Está lejos, en el predio de San Mateo.

—Y don Paulu, ¿dónde está?

—Y a ti, ¿qué te importa —repitió Annesa—. No tengo ganas de charlar contigo, Niculinu. Hazme el favor, vete.

—Annesa —repitió él, sin hacer caso de sus ásperas palabras—, ¿dónde está don Paulu? Si vuelve, dile que ayer no todos han creído, como he creído yo, que comulgábamos en esta casa. Hay gente mala en el mundo, mucha. Mucha gente mala.

—¡Déjala estar! Ya lo sé; los hermanos Pira han hablado mal de nosotros, después de haber comido y bebido aquí. Pero no tenemos tiempo de pensar en estas cosas hoy…

—Habría que avisar a don Paulu —repitió Niculinu, con insistencia.

—Don Paulu no tiene necesidad de avisos. Déjame en paz, Niculinu.

Annesa volvió al patio; pero se sintió de nuevo intranquila. ¿Avisar a Paulu? ¿De qué? ¿De las maledicencias de dos viejos desocupados? Paulu se hubiera reído: no le gustaban las habladurías. Al cabo de un momento regresó a la cocina para preguntar al ciego qué habían dicho los hermanos Pira. Niculinu ya no estaba. En la habitación se oía al carpintero, que clavaba los galones de plata en el paño negro de la caja, y aquel lúgubre sonido del martillo resultó casi agradable para el oído de Annesa. Ahora ya nadie más vería al muerto; sólo ella lo veía aún, lívido y macabro, con la boca abierta y los ojos de vidrio. Pero ahora ya la caja negra, con sus galones y sus clavos, custodiaba el secreto, como lo custodiaba ella.

Luego el martillo calló, y una voz dijo, al otro lado de la puerta:

—Bueno, listos; vamos a comer.

Luego, poco a poco, la gente se fue; y los abuelos y *donna* Rachele comieron, poco, sí, pero tranquilamente, como personas que tienen la

conciencia tranquila y la certeza de haber cumplido con su deber.

Siete

A las tres se llevaron al muerto. Annesa hizo la cama, lo arregló todo; y los abuelos y *donna* Rachele bajaron y siguieron recibiendo a la gente en la habitación donde había muerto el viejo.

Después de los funerales, el padre Virdis volvió y se sentó al lado de *donna* Rachele y preguntó si Paulu había regresado.

—Esta mañana le han visto salir —continuó el gordo cura, que seguía con el pañuelo rojo y azul en la mano—. Error sobre error. Sí, queridos míos, de ayer a hoy habéis fabricado un edificio de errores. Esperemos que no se derrumbe.

—¿Qué quiere decir con esas palabras? —preguntó don Simone.

Pero el padre Virdis agitó el pañuelo y se calló. Annesa, sin embargo, notaba con inquietud que el cura volvía vivamente la cabeza cada vez que la puerta se abría. Parecía que esperase a alguien; pero cuando las personas entraban, reclinaba la cabeza y agitaba el pañuelo sin decir palabra, y sólo al caer la tarde se levantó y despidió.

—Tengo que irme para la bendición —dijo, con voz grave—. Si tenéis necesidad de mí, llamadme.

Finalmente, la casa se quedó tranquila. Los dos viejos salieron al huerto, y *donna* Rachele pudo moverse. Annesa se sentó en el escalón de la puerta que daba al huerto y miró hacia la montaña. Caía una tarde dulce y luminosa. Los bosques, inmóviles y silenciosos, desde el final del huerto hasta las más altas cumbres de la montaña aparecían rosados, como iluminados por un incendio lejano. Las frondas rojizas de las últimas carrascas se dibujaban netamente sobre el cielo gris violáceo del alto horizonte. Todo era paz y silencio; pero Annesa se sentía cansada, y, aunque le parecía oír todavía, en la habitación contigua, el jadeo del viejo asmático, experimentaba la impresión de que habían transcurrido años y años desde el fragoroso temporal de la noche anterior. No podía convencerse de que en un día y una noche hubieran sucedido tantas cosas. Le parecía haber envejecido y que un peso invisible gravitaba sobre sus hombros y la obligaba a inclinarse hasta el suelo.

«Todo está terminado —pensaba—. Y ahora hay que irse. Si me

quedo aquí, en esta casa, ya no seré capaz de volver a reír, de hablar, de trabajar. He librado a los demás de la tortura del viejo; pero me parece que he cargado con un peso. Sí, aquí está, sobre mis hombros: es el viejo, y gime aún.»

Se estremeció y palideció. Un bostezo nervioso le contrajo la cara.

«Vaya; la fiebre, que vuelve. Claro, se ha puesto el sol. La tendré toda la noche.»

Durante un rato permaneció inmóvil en el escalón de la puerta; pero, en lugar de descansar, le parecía que cada vez se sentía más cansada; y a medida que el cielo se oscurecía, sus pensamientos se velaban. Miraba hacia un punto de la montaña, donde creía que se encontraba la majada del tío Castigu, y pensaba:

«Paulu estará ya en camino, bajará seguramente a pie para dejar al caballo en los pastos; llegará cansado y querrá cenar. Hay que trabajar: tengo que ir a la fuente.»

Pero un pesado cansancio le impedía moverse. Bostezó de nuevo y se estremeció de la cabeza a los pies.

—¡Ay!, ¡ay! —dijo, en voz alta—. Sólo nos falta esto, que me ponga enferma.

Y un pensamiento molesto la turbó:

«¿Y si deliro y hablo? ¡Ah, no; labios míos, callaos! Ahora que la tierra se ha tragado el secreto, ¿tendría que revelarlo yo?»

Volvió a bostezar y se llevó ambas manos a la boca; luego se levantó, anhelante por moverse, por vencer el maligno sopor que la invadía. Encendió fuego y preparó la cena, pensó en ir a la fuente, y buscó el cántaro; pero mientras retorcía un trapo para hacer con él un rodete, tuvo un mareo, y hubo de apoyarse en la pared para no caer: con la sombra de la noche volvía la pérfida niebla de la fiebre. *Donna* Rachele se dio cuenta de que Annesa se encontraba mal, y le quitó el cántaro de la mano.

—Hija mía, escúchame: ve a acostarte.

—He de irme —dijo Annesa, con voz velada.

—¡Debes meterte en la cama, hija mía! ¿No ves que tienes fiebre?

—Pues bien: voy a buscar a Rosa y le pido un poco de agua a tía Anna. Déjeme ir.

Cogió un cántaro pequeño y salió. La tarde caía, límpida y dulce. En el cielo, todavía de un rosa azulado, más allá de las casuchas negras del pueblo, brillaban las estrellas de la Osa. Los campesinos volvían en sus pequeños caballos cansados, y por los portillos abiertos se veía a las mujeres que encendían fuego y preparaban la comida para sus hombres.

Al llegar cerca de la casita de la prima de *donna* Rachele, Annesa, que comenzaba a intranquilizarse por la prolongada ausencia de Paulu, se detuvo y estuvo un rato mirando si bajaba algún pastor por

el sendero de la montaña. Pero no vio a ninguno, y entró en el patinillo abierto y luego en la casita de tía Anna. Era una casita de gente pobre. En la cocina, encima de la puerta, había una especie de sobradillo, en el que se encontraban las provisiones de leña, de paja y de cebada.

—Annesa, ¿eres tú? Rosa ha ido a la fuente con Ballora y con las niñas —dijo tía Anna, asomándose precisamente por el sobradillo, adonde había subido para coger un poco de leña—. Espera un momento.

Bajó lentamente, por una escalerilla de mano, mientras Annesa vertía del ánfora colocada en una piedra un poco de agua en su cántaro.

—Cojo un poco de agua; mañana se la devolveré, tía Anna.

—¡Alma mía, la quiero con intereses! —dijo la otra, bromeando—. Ballora llevará a Rosa a vuestra casa cuando regrese de la fuente. ¿Han abierto el testamento? —preguntó luego—. ¿Es verdad que se lo había dado al padre Virdis? ¡Ah, el viejo erizo! Que no le pesen ni siquiera como una hoja de rosa mis palabras, pero era bien tacaño y desconfiado. Hoy ha corrido la voz de que Paulu lo había matado a bastonazos.

—¡Ah! —gritó Annesa, recordando las palabras del ciego—, ¿dicen esto?

—Habladurías, alma mía. Pero ¿qué tienes?

Annesa temblaba de fiebre y de miedo; pensó, sin embargo, que no podía traicionarse, y repuso con calma:

—Todas las noches, de un tiempo a esta parte, tengo fiebre. Ahora voy y me acuesto. Estoy muerta de cansancio, tía Anna; tengo la espalda rota. Adiós, hablaremos otro día. Déjeme ir.

—Iré a veros más tarde, alma mía —dijo tía Anna, acompañándola hasta el sendero que atravesaba la ladera rocosa—. Si encuentras a Ballora, dile que se dé prisa; es tarde ya.

Annesa apresuró el paso, con la esperanza de encontrar a Paulu ya en casa; pero, a mitad del camino, en una calleja solitaria, le pareció que oía la voz de Ballora y el llanto de Rosa. Echó a correr, y, al final de la calle, encontró, en efecto, a la sobrina de tía Anna, que a su vez corría, con Rosa en brazos, seguida por otras dos niñas asustadas.

—¡Rosa, Rosa! —gritó Annesa, dejando el cántaro en el suelo y precipitándose al encuentro de Ballora—. ¿Qué ocurre, qué ocurre?

Rosa se aferró a su cuello, reclinó su pesada cabeza en sus hombros; todo su cuerpecito tembló convulsivamente.

—Vuelve atrás —dijo la niña, con voz jadeante—. Los carabineros te buscan: están allí, en vuestra casa, y detienen a todos. A todos, hasta a tía Rachele…

—Hasta a tía Rachele… —balbució Annesa, sin saber lo que decía,

mientras Ballora y las niñas corrían, presas de terror y pánico, como huyendo de un lugar peligroso.

Annesa las seguía y preguntaba con voz jadeante:

—¿Por qué? ¿Por qué?

—No lo sé… Nosotras hemos llegado hasta vuestra puerta; queríamos llevar a Rosa. Pero delante de vuestra casa había gente, mucha gente, y una mujer me dijo: «Están los carabineros, detienen a todos… a todos… y buscan a Annesa». Entonces, yo he dejado el cántaro en el suelo, he cogido a Rosa y me he escapado. Hay que avisar a tía Anna. Y tú, escóndete, Annesa; escóndete, escóndete.

Ella no pensaba en otra cosa: en su terror, vencida únicamente por el instinto de conservación, pensaba que sólo ella, la culpable, estaba en peligro. Los demás eran inocentes: nada tenían que temer. No dijo una palabra, no se le ocurrió volver atrás ni cerciorarse de si Ballora se había engañado o no, o de si había exagerado el peligro. El instinto la empujaba, la obligaba a correr, a salvarse.

También Ballora y las niñas proseguían su carrera desenfrenada: parecía como si los carabineros las persiguieran. Algunas mujeres se asomaron a las portezuelas de las casuchas, y una dijo:

—Son muchachas que se divierten persiguiéndose.

Y las fugitivas pudieron llegar sin que nadie las molestara hasta la casita de tía Anna. La cocina, donde entraron una tras otra, estaba desierta. Annesa pensaba esconderse en el sobradillo; pero Ballora le dijo:

—No te quedes aquí, Annesa, no te quedes. Vendrán a buscarte aquí antes que a ningún otro sitio. Escóndete en otra parte.

—¿Dónde?, ¿dónde? —preguntó ella, mirando a su alrededor, desesperada.

—Vete, Annesa —le apremió la otra—, vete: me parece que vienen.

Entonces, Annesa, ciega de temor y de egoísmo, no quiso saber otros detalles, ya no vio nada: se desembarazó violentamente de Rosa, se la arrancó del cuello, de los brazos, como una rama de zarza que no quisiera desprenderse, y salió corriendo de nuevo. Afortunadamente, el sitio estaba desierto: nadie la vio, o, mejor dicho, ella no vio a nadie, y pudo refugiarse en el patio de la iglesia, y desde allí, por la escalerilla de piedra, subió al tosco mirador donde los días de fiesta los priores se reunían para tomar el fresco y jugar a las cartas. Era una especie de galería con tres arcadas cubierta por un techo de cañas y rodeada por un parapeto de piedras. Annesa se arrodilló delante del parapeto y asomó ligeramente la cara por entre las piedras. Sobre su cabeza, en el fondo de la tosca arcada, brillaban las estrellas. Todo era silencio, paz y sombra.

El corazón le latía convulsivamente; la fiebre aumentaba su terror. Le parecía que la perseguían fantasmas monstruosos para aferrarla y

arrojarla a un lugar más enigmático y espantoso que aquel infierno en el que no creía. A su alrededor estaba el caos: una sombra, una niebla, una noche tormentosa sin fin.

Realmente fue una noche tormentosa, más terrible aún que la noche anterior. Desde su escondrijo, Annesa podía ver la explanada, la ladera rocosa y la casa de tía Anna. Durante mucho rato brilló en la casita una lucecita. Annesa veía moverse las sombras y le parecía oír el llanto de Rosa y rumores vagos, indistintos; pero luego todo quedó en silencio. Un hombre a caballo atravesó la explanada: el cielo, por Oriente, se puso blanco. Un tanto tranquilizada, se levantó, razonó.

¿Dónde estaba Paulu? ¿Había vuelto? ¿Le habían detenido también? ¿Y los demás? ¿Y si Ballora se hubiera engañado?

«Todo es un sueño —pensó—. Ballora debe de haberse equivocado. No, no se detiene así a la gente, de improviso, en un momento. Yo deliro: es la fiebre que me tortura.»

Pero luego recodó que también la noche anterior había creído soñar, y, sin embargo, todo había sido una trágica realidad.

«Yo, yo soy la causa de todo; ¡yo, maldita! ¿Qué debo hacer ahora? ¿Por qué he huido? ¿De qué tengo miedo? Me espera la cárcel: lo sabía incluso antes de hacer lo que he hecho. ¿Por qué huyo ahora? ¡Dios mío, Dios mío, todo está perdido!»

Se sentó en el primer escalón de la escalerilla e intentó examinar mejor su situación. Poco a poco, su terror y su dolor disminuyeron, y un poco de luz brilló en su alma tenebrosa. Volvió a ser lo que había sido siempre: la hiedra que no podía vivir sin el tronco.

«Hay que salvarles —decidió, levantándose y bajando al patio—. Me iré a presentar, y si es necesario, lo diré todo.»

Volvió a la casita de tía Anna. Ya no tenía miedo; ya podían cogerla, atarla, arrojarla, si querían, a un lugar de dolor eterno; ella no diría más que cosas en favor de sus bienhechores.

Llamó. Tía Anna le abrió en seguida.

—¿Eres tú? —dijo, levantando las manos, asustada—. ¿Qué vienes a hacer aquí? Te buscan. Han mirado en todas las casas de vuestro barrio, y espero que de un momento a otro vengan aquí. No me he metido en la cama porque estoy segura de que vendrán.

—Pero, entonces, ¿es verdad? —preguntó Annesa, con voz sorda—. ¿Y Paulu?

—Paulu no ha vuelto. Por lo menos, no había vuelto hace poco. Los demás están todos detenidos, todos; hasta Rachele.

—¿Hasta ella? —dijo Annesa.

Y cayó al suelo como fulminada.

Creyendo que estaba desmayada, la mujer se inclinó para

levantarla; pero ella la rechazó. Se levantó, se dio una puñada en la boca, como si quisiera impedirse hablar, y volvió la espalda para irse.

—Escucha, hija mía, ¿adónde irás? —le gritó la mujer.

—¿Adónde quiere que vaya? Vuelvo a casa; ¿quién hay allí?

—Hay un carabinero, que espera el regreso de Paulu. Pero Paulu no volverá; sin duda algún alma caritativa habrá corrido a avisarle. Escúchame, Annesa: ya veo tu intención. Tú quieres que te detengan. Vigila bien, si sabes algo. Eres una mujer, eres débil; acabarán por hacerte hablar.

—Pero usted… ¿usted también cree…?

—¡Yo no sé nada! Todo el pueblo dice que Paulu ha apaleado al viejo hasta matarle y que tú y todos sois cómplices. Si esto no es verdad, ¿para qué quieres que te detengan? Escóndete, si sabes algún sitio seguro. Verás cómo no es nada; mañana tal vez todo se arreglará.

—Precisamente, quiero entregarme por esto. ¿Adónde quiere que vaya, tía Anna? No soy un hombre para correr por los bosques. Es más: ya que tienen que venir, déjeme que les espere aquí. No, no entraré; no quiero que las niñas se asusten. Los esperaré aquí.

Se sentó en la pared baja del patio. A su alrededor seguía reinando el profundo silencio de la noche pura. La luna, grande y amarilla, asomaba Por la montaña, y su blancura melancólica iluminaba la explanada y las casitas adosadas a la iglesia. Tía Anna se le acercó y le puso una mano en la cabeza.

—Escúchame —le dijo en voz baja—. Yo conozco a Paulu más que tú puedas conocerlo, Annesa, y sé lo que vale. Ha sido la ruina de su familia. Escúchame, alma mía. Si la justicia se ha movido, algo debe de haber sucedido.

Annesa comenzó, impetuosamente:

—Cállese…

Pero luego meneó la cabeza y no prosiguió. ¿Para qué? No, no quería pronunciar palabras inútiles; quería solamente actuar, salvar a sus bienhechores.

Tía Anna le oprimió la cabeza con la mano, y prosiguió, grave y misteriosa:

—Escúchame: tú tienes que saber lo que ha sucedido, y la justicia te busca precisamente porque espera que tú hables. Guárdate bien de dejarte coger, te lo repito, si quieres a Paulu. Tú lo sabes; él es para ti un hermano: no le pierdas, no hables. Tal vez todo se arreglará; pero es preciso que todos estéis silenciosos y callados como piedras.

—Si es preciso, diré que el culpable soy yo, ya sola —dijo Annesa, con voz tímida.

Pero tía Anna le puso una mano en la boca.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Ya hablas demasiado! Cállate, hija, cállate; callada como el caracol. No debes hablar; no debes acusar a nadie ni

debes acusarte tú. No te creerían, aunque te acusaras, y te obligarían a decir lo que de verdad has visto. ¡Y le perderás, hija mía, le perderás!

—¡Ah, no, no; no lo diga siquiera! —suplicó ella, juntando las manos—. No me vuelva loca.

—¡Silencio! —dijo la mujer, levantando la cabeza.

Annesa se calló, escuchando. Oyó unos pasos pesados y ruidosos en la calleja, más allá de la explanada, y, aunque dispuesta a todo, se estremeció de miedo y se puso en pie de un salto. Pero los pasos cesaron, y otra vez quedó todo en silencio bajo el gran ojo amarillo de la luna.

—Así, ¿usted cree que Paulu se ha quedado allá arriba? —preguntó mirando hacia la montaña.

—Lo creo. Ya esta mañana se propalaba que el viejo había muerto a causa de los malos tratos de Paulu y que detendrían a este antes de la noche. Algún amigo, algún alma buena, habrá buscado la manera de avisar a Paulu, y a causa de este aviso, él no se habrá movido de la majada del tío Castigu. ¿No te parece?

—¡Lo creo, lo creo! —dijo Annesa, con fervor—. Y si él está libre, todo se arreglará.

«Si yo pudiera verle —pensó—, si yo pudiera hablar con él.»

¿Qué le hubiera dicho? La verdad, no, claro. Pero el deseo, la necesidad de verlo, de contarle lo que había sucedido, de planear con él el mejor modo de defenderse para salvarse, la empujaron hacia el sendero de la montaña.

Se puso en camino como una somnámbula, sin decir a tía Anna a dónde iba.

—¿A dónde vas? ¿A dónde vas, Annesa?

Ella no repuso: recordaba las palabras del ciego, la actitud del padre Virdis, la mirada burlona de los hermanos Pira. Sí, claro; desde aquella mañana, la gente sabía que una calumnia infame corría sobre Paulu, y algún alma caritativa, como decía tía Anna, tal vez el propio Niculinu, había mandado aviso al viudo.

Allá arriba, entre las rocas y los bosques milenarios, se abrían grutas y escondrijos inaccesibles para todo el mundo, menos para los pastores que conocían sus laberintos. Además, *ziu* Castigu era un gran conocedor de aquellos lugares, y él mismo algunas veces se vanagloriaba de ser el rey de las grutas *(su re de sas concheddas)*. Sin duda, Paulu, ya que no había vuelto al pueblo, estaba allá arriba, en espera de que la calumnia, puesta en circulación por los amigos del muerto, fuera desmentida.

Al pasar por detrás de la iglesia, donde comenzaba el sendero de la montaña, Annesa se detuvo una vez para escuchar y mirar hacia el pueblo. Le parecía que la perseguían; pero no oyó nada, no vio a nadie. La luna, limpidísima, iluminaba las casitas negras y grises, que

parecían hechas de carbón y ceniza. El amplio horizonte, todo de un azul lechoso, parecía un fondo de mar lejano. Las sombras de las rocas y de las matas se dibujaban sobre el suelo amarillento. Todo parecía dulce y misterioso. Annesa se tranquilizó.

Le pareció que la noche, la luna, las sombras, el silencio, le eran amigos. Ahora ya todas las cosas tristes y equívocas le daban valor, porque todo era triste y equívoco dentro de su alma. Anda que te anda, comenzó la subida partiendo del punto justo donde había muerto el mendigo, su primer compañero de viaje, que la había conducido allí, a aquel rincón del mundo, como el viento lleva la semilla hasta el borde del abismo. La fatalidad seguía persiguiéndola; un viento de muerte la empujaba. Adelante, adelante. Annesa caminaba y no sabía adónde llegaría, como no sabía de dónde había venido.

Arriba, arriba, de piedra en piedra, de breña en breña. A trechos, brillaban, tristes y verdes entre los juncos negros, grandes y redondos charcos de agua, que parecían los ojos melancólicos de la montaña, todavía no dormida. De repente, el sendero se metió por entre los helechos y las zarzas que cubrían las laderas del monte; luego, entre matas de enebro; después, por el bosque y entre las rocas. La luna penetraba de cuando en cuando por los árboles altísimos; pero, con frecuencia, las rocas la escondían y la sombra se adensaba en el sendero. Entonces, cortaban el camino fantasmas monstruosos, en la lejanía se vislumbraban edificios negros misteriosos, surgían murallas fantásticas a ambos lados del sendero; las matas semejaban bestias agazapadas, y de las ramas de las carrascas salían brazos negros, cabezas de serpientes: todo un mundo de sueño, en el que las cosas incoloras e informes producían temor por su misma inmovilidad.

Annesa caminaba, y le parecía haber pasado otras veces a través de aquellas tinieblas, en medio de aquellos fantasmas, y que los conocía y ya no tenía miedo de los peligros ignotos que la precedían y la seguían, y, sin embargo, a veces, bastaba el rumor de sus pasos en las hojas secas para hacerla sobresaltar.

A mitad de camino, en lo alto de una loma, apareció una figura extraña, que realmente se movía: parecía una figura humana, pero con una cabeza enorme de Medusa, negra a la luz de la luna. Annesa se arrojó detrás de una roca, y vio pasar y alejarse a largos pasos silenciosos, una muchachita descalza con un haz de leña en la cabeza. Era una niña que vivía vendiendo leña robada; sus piececitos, cubiertos por una costra de barro, parecían calzados con ligeras sandalias aptas para la fuga. Annesa reanudó el camino. Y arriba, arriba. Apareció otra figura, negra contra las blancas lejanías de una llanura: un centauro que silbaba y galopaba hacia las vaporosidades del horizonte. Luego nada más; se vio el mar, como una nube de plata

azulada, en la última línea del cielo lechoso. Se oía el tintineo monótono y argentino de las esquilas de un rebaño que pacía. Debían de ser las ovejas de *ziu* Castigu. Guiada por el tintineo melancólico, Annesa atravesó la llanura que había junto a la loma, y llegó hasta la cabaña del viejo pastor. No encontró a nadie; pero el perro comenzó a ladrar, y *ziu* Castigu no tardó en salir, acercándose rápidamente desde el bosque.

—Annesa, ¿qué pasa? ¿Eres tú, alma mía? —gritó, con voz asustada—. ¿Qué ha sucedido?

—¿Dónde está? —preguntó ella, en voz baja y anhelante—. ¿Dónde está?

El pastor la miró desde cerca: le pareció que había envejecido y que estaba como loca.

—¿Quién? —preguntó.

—¿Quién? ¡Paulu! —dijo ella, casi enojada.

—¿Paulu? ¿Y quién lo ha visto?

Al principio ella creyó que el viejo mentía.

—¡Dígame dónde está! ¡A mí me lo puede decir, creo! He venido por él: he de hablar con él.

—Pero ¿qué ha sucedido, Anna? Te juro que no he visto a don Paulu.

Entonces Annesa vaciló; pareció que realmente se volvía loca.

—¿Dónde estará? ¿Dónde? —gritó, como si dirigiera la pregunta al cielo, a la noche, al destino fatal que la empujaba, engañándola siempre y jugando cruelmente con ella.

—Pero ¿qué sucede, Annesa?

—¡Ah, qué desgracia! Yo creía que Paulu estaba aquí… escondido. Le buscan, *ziu* Castigu de mi alma; le buscan. También me buscan a mí. Han detenido a don Simone, al tío Cosimu Damianu, a *donna* Rachele, y tienen que detener a Paulu y a mí. Nos acusan de haber asesinado al tío Zua. ¿Dónde está Paulu, dónde está?

También el viejo palideció y se turbó.

—Mi sobrino Ballore, que ha venido aquí esta mañana, me ha contado que don Paulu había cogido el caballo diciendo que tenía que ir al campo. Yo no lo he visto, por desgracia —dijo—. Cuéntamelo todo: me parece que estoy soñando. ¿Es posible lo que me dices? ¿No estarás… enferma?

—¡No, no estoy loca, tío Castigu! Quisiera estarlo, pero no lo estoy —dijo ella, desesperada.

Y le contó todo lo que sabía de la detención de sus bienhechores.

—¡Hasta a *donna* Rachele! ¡Hasta a don Simone! Pero ¿en qué mundo estamos? ¿Se ha vuelto loca la justicia? Y tú, Annesa, tú, ¿no sabes nada más?

Ella protestó: no sabía nada más. Pero de repente le asaltó de

nuevo el miedo: pensó que solamente ella estaba en realidad en peligro, mientras que los demás, inocentes, encontrarían manera de salvarse, y se agarró al viejo y le dijo, en voz baja:

—*Cuademi! Cuademi!,* por el alma de sus muertos, ¡escóndame! ¿Dónde están las grutas? Lléveme allí. Es preciso que me esconda, es preciso que nadie oiga mi voz hasta que ellos estén a salvo…

Le apretó el brazo, luego se arrojó al suelo, le abrazó las rodillas, se apoyó en los codos: parecía que quisiera esconderse bajo sus pies. El pastor la miró desde arriba, y un pensamiento le cruzó por la cabeza, luminoso y tétrico como un relámpago.

—Sí, te esconderé. Pero tú sabes… Has hecho o has visto… —dijo, severamente.

—No sé nada: no he visto nada. Escóndame. Todos me han aconsejado que no me dejara detener. ¡Escóndame, escóndame, tío Castigu!

—Todos… —insistió él—. ¿Quiénes son todos?

—¡Todos, todos, *ziu* Castigu mío! Y tampoco usted permitirá… No… no… ¡Escóndame!

—¡Ahora mismo te meto en el bolsillo! —dijo él, con impaciencia, tocándole un hombro.

Annesa tembló de pies a cabeza.

El viejo sintió dentro de sí como la repercusión de aquel temblor, y de nuevo comprendió la verdad. Pero más que horror, sintió una profunda tristeza, y su alma, simple y tímida, de hombre solitario, se volvió piadosa y heroica ante el dolor de la mujer doblada a sus pies como un cordero herido.

—Levántate y ven conmigo —dijo simplemente—. Si no eres culpable, nada tienes que temer.

Ella se levantó, miró a su alrededor, y sintió la necesidad de pedirle consejo: un corazón piadoso, en aquella hora miserable, valía más que todos los abogados del mundo.

—*Ziu* Castigu, dígame: ¿qué he de hacer?

—Callar, hija —repuso él, llevándose una mano a la boca—. Callar, por el momento. Ahora te esconderé, según deseas. Y tú te quedarás allí donde te lleve, y te estarás callada, hasta que yo vuelva. Te meteré entre dos piedras —añadió, encaminándose hacia la cabaña—, te esconderé de manera que, aunque te buscaran como se puede buscar una aguja en el mar, no te encontrarán. Te traeré de comer y de beber: haré como el cuervo que llevaba el pan a Elías.

Entró en la cabaña y cogió un recipiente de corcho y un pan de cebada, luego se encaminó nuevamente al bosque. Ella le siguió: recordaba haber recorrido otra vez aquel claro sin árboles, cubierto de cardos secos y de heno, y haber visto otra vez aquella línea de bosque que extendía una nube negra sobre el cielo de plata.

La luna brillaba limpidísima, pero por la lejanía comenzaban a subir anchas cintas de vapores luminosos, y cuando los dos llegaron más allá del claro, vieron, a través de los troncos, un mar de niebla plateada, del que emergía, como un escollo azul, la pirámide del monte Gonare. Ella se estremeció. Sí; era el mismo camino recorrido con Paulu aquel día, el primero de su amor.

«Nosotros estábamos en pecado mortal: Dios deja caer su mano sobre nosotros y nos castiga», pensó, inclinando la cabeza.

Cuando estuvieron debajo de la tumba del Gigante, grande y misteriosa en el silencio lunar, *ziu* Castigu comenzó a subir de piedra en piedra, arrastrando a la mujer, ciega de dolor y de lágrimas.

—¿Por qué lloras todavía? No tengas miedo, te digo. Ya verás. Camina despacio, vigila no te caigas. Tienes ojos, ¿no? Y buenos, además.

Ella sentía que las piedras oscilaban bajo sus pies, como entonces, y le parecía que de un momento a otro tenía que precipitarse en un abismo. Pasaron, en efecto, junto a un precipicio, subieron hasta la piedra que parecía un ataúd, descendieron de nuevo por la otra vertiente de la cima y se adentraron por entre dos murallas de rocas. La luna, en su cenit, iluminaba el estrecho paso; sin embargo, el pastor avanzaba con cautela, a ras de la pared. De repente, las rocas se abrieron, apareció toda la otra vertiente de la montaña, y valles y valles, y otras montañas y otras montañas más: sombras y vapores, y el resplandor de la luna hacía más fantástico el panorama. Annesa se secó los ojos y miró desde arriba: tío Castigu saltó a la roca de más abajo y la ayudó a descender. De nuevo, pasaron por una especie de repisa suspendida sobre un precipicio, y, finalmente, se detuvieron ante la abertura baja y ancha de una gruta.

—Aquí, ¿ves?, después que tú entres, yo pondré una piedra y unas ramas —dijo el pastor—. Nadie te encontrará.

—Tengo miedo —dijo Annesa.

—¿De qué tienes miedo? Sólo el Diablo podría encontrarte. Vamos.

Se agachó y desapareció. Annesa, a su vez, se puso a cuatro pies, y el pastor, desde dentro, la cogió por los brazos y la atrajo hacia sí.

Entonces, Annesa vio, no un antro bajo y tenebroso, como suelen ser las grutas de las montañas, sino una especie de cámara, formada por rocas admirablemente colocadas. Además de la entrada, se abría entre dos rocas un agujero lo bastante grande para dejar pasar la cabeza de un hombre, y Annesa se asomó a él, desconfiada. A sus pies vio una espantosa cascada de rocas, que se derrumbaban hasta casi el fondo del valle. A trechos, entre las grietas de las rocas, lívidas a la luz de la luna, negreaban mechones de carrascas y matojos, que parecían cabelleras salvajes de monstruos petrificados. Por la abertura penetraba un vago resplandor; sin embargo, el tío Castigu encendió

una cerilla y la levantó y volvió a bajar. Entonces, Annesa distinguió, en el fondo de la gruta, un resto de cenizas, y junto a esta señal del paso del hombre, una piedra adosada a la roca. Así, pues, otras criaturas habían pasado por aquel lugar misterioso, llevando y dejando en él algo de su dolor y de su miedo. Y ella se sentó en la piedra como en un trono de expiación, y cuando el pastor se hubo ido, le pareció que no se quedaba completamente sola, ya que con el pie rozaba aquellos restos de un fuego que había iluminado una pena o un error parecido al suyo.

Transcurrían las horas. Annesa pensaba: «Sí, sí, no soy yo la única culpable. ¡Cuántos otros hombres y mujeres han pecado, han cometido delitos, han hecho daño! Y no todos han sido castigados como lo seré yo. ¿Por qué me toca a mí esta suerte, por qué a mí?»

Pero estaba ya casi resignada: sabía lo que tenía que hacer. Esperar: nada más. El tío Castigu la aconsejaría. Y si hiciera falta presentarse a la justicia, ella se presentaría. ¿Y luego? No podía pensar en luego: estaba cansada, el sueño la vencía; pero le parecía que no podría dormir en aquella piedra, dentro de aquel escondrijo, al que otros asesinos, otros malhechores habían llevado su angustia, su anhelo de fieras sanguinarias perseguidas por cazadores implacables.

«¿Cómo puedo dormir aquí, mientras mis bienhechores están también encerrados en un cubil peor que este?», pensaba.

Y pronto olvidaba esta pregunta, y le parecía que la piedra se movía, que la abertura se abría de par en par y que una figura barbuda se asomaba por detrás de la roca.

Entonces quería moverse, pero no podía; luego lo olvidaba todo, y volvía a ver la niebla plateada, en el fondo del bosque, y la pirámide del Gonare, la tumba del gigante.

Así creyó que no dormía; pero, de repente, después de haber visto mil cosas extrañas y de haber viajado y corrido afanosamente por montañas pavorosas, abrió los ojos y se estremeció.

La aurora violada aclaraba el escondrijo. Se levantó y miró por la abertura. Silencio profundo. El cielo estaba velado: largas tiras de niebla blanca, que semejaban ríos, surcaban a trechos los valles y los montes.

—De la profundidad del barranco subió un chillido quejumbroso. Annesa se retiró, se sentó de nuevo, piedra entre las piedras, y esperó; y así como en el sueño había creído moverse y ver cosas reales, aunque espantosas, ahora, en la realidad, creía que estaba soñando.

Por delante de sus ojos extraviados pasaban imágenes vagas y confusas: en un perfil de la roca de la abertura le parecía reconocer el perfil grisáceo de su víctima. El viejo estaba vivo todavía, estaba sano,

sentado ante la puerta de la casa, junto con don Simone y con tío Cosimu, y con su voz desdeñosa contaba aventuras de guerra.

«… De repente redobló un tambor; luego, otro; luego, mil… parecía el fin del mundo, el día del Juicio Universal, cuando Jesucristo bajará de pies en el suelo y las montañas se abrirán. Todos se levantaron, como almas dispuestas para el juicio…»

Annesa, sentada en el umbral de la puerta, escuchaba y experimentaba una vaga sensación de terror. Ella no creía en Dios, no creía en el Juicio Universal; pero las palabras del viejo la asustaron.

Finalmente, *ziu* Castigu regresó.

—¡Eh, bandida! —dijo, bromeando, mientras entraba a gatas en la cueva y empujaba delante de sí un recipiente cerrado—. ¡Han llegado los soldados!

—Tío —suplicó Annesa, oprimiéndose el pecho con las manos—, no hable así, no es momento de bromas. Dígame, dígame…

Él se levantó y le tendió el recipiente, que estaba lleno de leche cuajada.

—Dígame… dígame…

—Todavía no han detenido a don Paulu; pero le buscan por todas partes. También te buscan a ti: han registrado todas las casas del barrio, la casa de tía Anna, la casa del padre Virdis, la casa de Francisco Pera.

Annesa escuchaba, con los ojos desorbitados, como si se hubiera despertado, sobresaltada, de un sueño profundo.

—¿Dónde estará Paulu? ¿Dónde cree usted que puede estar?

—¡Paloma, lo tengo dentro de la alforja! —dijo el pastor, metiéndose la mano en el bolsillo—. ¿Qué puedo saber yo? Bebe un poco de leche. Come este pedazo de pan.

—Cuénteme —insistió ella—. ¿Ha estado allá abajo?

—He estado allá abajo: he hablado con el padre Virdis. Él cree que no pasará nada, porque cree que sois todos inocentes. Hoy llegarán dos médicos de Nuoro, para la autopsia del cadáver. Si nada ha pasado, nada saldrá. Dentro de unas horas subirá mi sobrino Ballore, que me traerá noticias. Ya volveré.

Ella depositó la leche y el pan sobre la piedra, y no comió. Con las manos en el regazo, los ojos fijos en la lejanía, se quedó de nuevo inmóvil; pero ya no soñó.

«Si nada ha pasado, nada saldrá.»

Los demás podían esperar; ella ya no esperaba.

«Ellos me buscan, me buscan —pensaba, con repugnancia casi física—, y acabarán por dar conmigo, aquí o en otra parte. Seguramente será mejor que me vaya. ¿Qué espero? Él, el viejo, hablará: dirá el secreto a los médicos sabios. Le han desenterrado para eso. Hablará, hablará.»

Y sentía que aún le odiaba.

«Me buscan, me buscan. Me han buscado incluso allí, en casa de la vieja Franchisca. ¡Pobre vieja!… ¿qué pensará de mí?»

Volvía a ver entonces la figura de la vieja enferma, a la que solía llevar de comer y a la que limpiaba el miserable cuchitril. Era una vieja buena y paciente, tanto como despechado y malo era el asmático. Cada vez que Annesa le llevaba de comer, le besaba la mano y lloraba de reconocimiento.

«¡Si él hubiera sido así! —pensaba la desgraciada—. Y ahora, ¿qué dirá tía Franchisca? Llorará de horror al recordar que me ha besado la mano.»

Más tarde, inflamada por la sed, bebió un poco de leche, y, animada por el silencio profundo del lugar, sacó la cabeza por la abertura y contempló largamente el precipicio. Era un día nublado y caluroso; las montañas calcáreas de la costa parecían estar próximas; en el gran valle se distinguían claramente los caminos, las breñas, los cursos de agua; pero en la vertiente de la montaña ondulaban sombras y vapores, parecidos a grandes velos tendidos sobre las rocas. El chillido quejumbroso que había oído al amanecer subía más agudo y distinto, y parecía un grito humano.

Y ella comenzaba a creer que realmente era el grito de algún pastor, cuando distinguió dos milanos que habían construido su nido entre las rocas. Los dos pájaros se perseguían, volando de árbol en árbol, abajo, en el fondo del barranco; pero, de repente, el milano macho voló hacia lo alto, trazó una especie de círculo de exploración, bajó de nuevo y volvió a revolotear en torno a su compañera, que le llamaba con su chillido quejumbroso, de una ternura salvaje.

Luego, los dos pájaros en celo subieron hasta la carrasca que estaba cerca de la cueva, y su grito de placer pareció animar toda la soledad del gran paisaje austero.

Y Annesa pensó nuevamente en su amante, escondido, como ella, en algún lugar desconocido, y sintió toda la angustia del bien perdido.

«Me condenarán, me llevarán lejos, lejos, a una cárcel oscura.»

Allí recordaría a su Paulu, como los ángeles malditos recuerdan al Señor. Y ya nada, nada poseería ella de él; tal vez ni siquiera el pensamiento, porque él no podría pensar en ella, en una asesina.

«¿Por qué lo he hecho? —se preguntó, cayendo de rodillas—. Dios dijo: no matar, no fornicar… Yo he cerrado los ojos a la luz de Dios, y he caído como todos aquellos que no miran por dónde pasan.»

Y de nuevo lloró y se golpeó la frente contra la roca; pero ya una vaga luz la llamaba hacia un punto lejano, y la guiaba, como la luz de un faro llama y guía al navegante a través de las tinieblas y de la feroz

ira del mar tempestuoso.

Ocho

Tío Castigu no regresó hasta el atardecer. Annesa se dio cuenta de que estaba serio y turbado.

—¿Le han cogido? —preguntó.

—Se ha presentado. ¡Ha hecho mal!

Ella se puso pálida; pero se animó febrilmente.

—¿Por qué mal? ¿Cree, acaso, que es culpable? ¿También usted lo cree? Pues bien: ya veremos cuando los médicos hagan la autopsia y el muerto hable. Veremos si alguien ha apaleado al viejo, veremos qué dirá.

—Annesa, deliras. A ver el pulso: tienes fiebre. No has probado bocado, ¿por qué?

Él le oprimió las muñecas y la miró fijamente. También ella le miraba, con sus grandes ojos burlones y tristes, claros de debilidad y de angustia. Desasió sus manos de las del viejo, las puso en el pecho de este, le empujó y comenzó a gritar:

—¿También usted cree que es culpable? Usted, usted, miserable, que ha comido su pan, que ha dormido en su casa. ¿Quién, pues, puede creer ya en su inocencia?

—Cálmate, mujer —dijo *ziu* Cosimu, agitando las manos—. Estás indignada y tienes razón; pero no la tomes conmigo. Escúchame, en cambio: razonemos un poco. Nadie más convencido que yo de la inocencia de mis dueños. Yo he llorado toda la noche, ya ves, y también todo el día; he llorado por su suerte, como se llora por los muertos. Escúchame, hija; yo diría una cosa: tú tendrías que hablar con el padre Virdis.

Ella se calmó, volvió a sentarse en la piedra y no respondió; al contrario, apretó los labios, como para impedirse hablar involuntariamente. El hombre le puso una mano en la cabeza.

—¿Qué dices, Annesa? Yo diría…

Ella movió la cabeza negativamente.

—Antes gritabas, ahora estás demasiado callada. Es verdad: yo mismo te dije que callaras como las piedras. Pero de ayer a hoy han sucedido muchas cosas.

—Ni ayer, ni hoy, ni nunca tengo que decir nada a nadie —gritó ella con voz ronca—. ¿Por qué quiere que hable con el cura?

—Por nada; para planear lo que hay que hacer.

Ella meneó otra vez la cabeza.

—De todas maneras, esta noche o mañana bajaré al pueblo y sabré algo.

—No diga que estoy aquí. Me ha acogido: no me traicione. Sería la traición de Judas.

—¡A tus palabras ni siquiera respondo! —replicó él, desdeñosamente.

Luego se enterneció, le tocó la frente, le acercó el recipiente de la leche.

—Tienes fiebre; oye: te dejo aquí mi gabán; luego te traeré un saco. No temas, aquí estás tan segura como dentro del vientre de tu madre.

A pesar de estas palabras, ella no se sentía segura. Si acaso, le parecía encontrarse en el vientre de un monstruo de piedra, o dentro de una tumba de roca, parecida a la que guardaba el cuerpo del gigante muerto. También a ella le habían conducido allí dentro la astucia y la maldad de su miserable suerte. Pero, mientras pudiera, quería rebelarse y combatir.

«Tío Castigu lo ha adivinado todo —pensaba— y quiere hacerme confesar, quiere que se lo cuente todo al cura. Pero yo no quiero… todavía no.»

Y pasó otra noche de fiebre y de angustia. Se sentía acabada; le parecía que las piedras la aplastaban, y se preguntaba si la cárcel era así: un escondrijo para toda la vida. Los delirios de la fiebre la inducían a huir; la ahogaban pesadillas espantosas y le parecía encontrarse debajo de una manta negra, y encima estaba su víctima, e inclinados sobre ella, los tres médicos que murmuraban palabras extrañas. ¡Huir, huir! Pero ¿adónde? Ahora ya, todo el mundo era para ella un lugar de peligro y de angustia.

Surgió de nuevo el día, y de nuevo cayó. Las noticias que traía *ziu* Cosimu seguían siendo tristes: no se sabía nada de la autopsia, ni de los largos interrogatorios con los que el jefe de la Policía torturaba a los acusados.

—Tal vez mañana se llevarán a mis dueños a las cárceles de Nuoro. ¡Piénsalo, Annesa, piénsalo! —dijo el tío Castigu, juntando las manos con desesperación—. ¡Don Simone Decherchi y *donna* Rachele, atados y metidos en un carro como vulgares malhechores! Hasta las piedras llorarán.

—¿Qué hacer? —preguntó ella.

—¿Qué hacer? —repitió el viejo.

Se miraron desesperados; luego ella prorrumpió:

—Pero y los parientes, ¿qué hacen? ¿Por qué no se mueven y buscan abogados?

—¿Los parientes? *Gente tua, morte tua!* Nadie se ha movido. Solamente el padre Virdis procura ayudarles. Pero ¿qué puede hacer? Ya ves, mujer: yo he estado a punto de acusarme del delito para salvarles.

—Dirían que ha sido solamente cómplice —añadió ella con tristeza.

Al atardecer del tercer día, el hombre simple que, no pudiendo otra cosa, quería sacrificar su libertad por sus amados dueños, penetró en el escondrijo y se sentó al lado de Annesa.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó ella en seguida, con la voz cada vez más cavernosa—. ¿Qué hay de nuevo?

—Esto: todos dicen que tú deberías presentarte a la justicia. «Si se esconde —dicen — es que debe de saber algo.» Hasta el padre Virdis es de esta opinión. Ha sido él quien ha aconsejado a Paulu que se presentara, y quisiera que también tú te presentases.

—¿Qué sabe él de mí?

—Annesa, sabe que yo te veo…

—¡Usted, usted me ha traicionado! —gritó ella, levantándose—. ¡Judas, Judas, peor aún que Judas! Usted ha traicionado a una pobre mujer. Ahora sólo le falta atarme y entregarme a la justicia…

—No delires —reanudó el viejo, tranquilo y triste—. Escúchame. Yo no te he traicionado: yo he ido a ver al padre Virdis, porque es la única persona que se preocupa de nuestros pobres dueños y quiere salvarlos a toda costa. Tú sabes que él, corriendo con los gastos, ha hecho venir de Nuoro a un abogado. Tú sabes que ha sido él quien ha aconsejado a Paulu que se presentara a la justicia. El padre Virdis me ha dicho: «Daría diez años de vida por poder hablar con Annesa; tal vez ella sola puede salvar a sus bienhechores. Su destino está en sus manos, como un juguete en las manos de un niño». Annesa, hija del Señor, escucha la palabra de dos hombres honrados. Ni yo, ni el padre Virdis, hemos cometido nunca una mala acción, y no queremos empezar a cometerlas persiguiendo a una mujer desventurada. Por otra parte, tú dices que sólo piensas en salvarlos, y esta es nuestra finalidad. Hay que salvarlos, Annesa; hay que salvarlos.

Ella lloraba; con la cabeza apoyada contra la roca. Sentía que el viejo tenía razón. ¿Qué esperaba? Habían transcurrido tres días, y ella no había hecho nada, no había intentado nada por ellos. Tenía que moverse, vencer el salvaje instinto que la obligaba a esconderse como una bestia feroz herida.

—Si tienes miedo de volver al pueblo, el padre Virdis vendrá aquí. Por otra parte, nadie te obliga a hacer aquello que no quieras. Tú también tienes conciencia, Annesa. ¿Qué te aconseja?

—Pues bien: eso no tengo que decírselo a usted —repuso ella, levantándose con orgullo—. Diga al cura que venga.

Su encuentro tuvo lugar en el pórtico de la iglesia.

Era casi de noche aún. La luna subía sobre el horizonte de un azul ceniciento, surcado por nubes oscuras; pero por Oriente se distinguía ya el mar, blanco y vaporoso. Hubiera parecido un crepúsculo vespertino, si en el bosque silencioso el rocío no hubiese puesto húmedas y brillantes algunas hojas.

El padre Virdis había subido a pie, y, además, se había caído, hiriéndose en una mano. Paciencia: él estaba acostumbrado a estos pequeños incidentes. Si iba a pie, especialmente de noche, se caía de mala manera; si iba a caballo, el caballo resbalaba o alguna rama de espino arañaba el rostro del sacerdote o se le llevaba la peluca. Los maliciosos, descreídos, decían que todo esto le sucedía al padre Virdis después de haber cenado o comido; el hecho es, sin embargo, que esta vez no había almorzado ni cenado aún, y, sin embargo, a pesar de la luz de la luna y de la valiosa compañía del tío Castigu, se había caído igualmente.

Annesa lo encontró sentado en el poyete, bajo el pórtico, con la sotana levantada hasta las rodillas y la mano vendada con el acostumbrado pañuelo azul y rojo. El padre Virdis rezaba en voz alta y miraba a lo lejos, hacia el horizonte, más allá del claro, por donde la luna subía pálida y melancólica.

Cuando Annesa llegó, el sacerdote la miró fijamente con sus ojillos grises; pero pareció no verla, porque siguió rezando. También ella le miró con estupor; le parecía otro: estaba menos hinchado que de costumbre, tenía la cara pálida y casi blanca, ajada; y alrededor de su mentón, desde las comisuras de los labios hacia abajo, se dibujaban nuevas arrugas, profundas. Parecía un hombre disgustado y dolorido, pero con un disgusto y un dolor ingenuos, de niño infeliz.

—Está bien —dijo de repente, recogiendo en el puño su pequeño rosario negro—, ¡ya estamos aquí! Adelante, siéntate.

Annesa se sentó en el poyete, al lado del cura; y desde aquel momento dejaron de mirarse, los dos con la vista fija en el nórtico, hacia aquella lejanía triste donde la luna palidecía y el cielo parecía cubierto de velos que, uno tras otro, iban cayendo lentamente detrás de las últimas montañas del horizonte.

Annesa dijo:

—Siento que haya venido hasta aquí. ¿Se ha hecho daño? ¡Ah, si lo hubiese sabido! Pero hasta ayer por la noche he tenido miedo. Soy una mujer débil, padre Virdis, perdóneme. Esta noche, sin embargo, he pensado en mis cosas y hubiera vuelto al pueblo si tío Castigu no me

hubiese pedido que no me moviera del lugar donde estaba escondida. Quiero presentarme a la justicia, ya que me quieren detener también a mí.

—Cuéntamelo todo con pelos y señales —le rogó el viejo cura—, cuéntamelo todo.

Ella le contó cómo se había escapado.

—No sólo esto. Cuéntame cómo sucedió la muerte del viejo.

—Pero usted ya lo sabe…

—No importa. Cuenta.

Ella recomenzó a hablar, con su voz soñolienta y fría, y repitió cuanto había dicho a sus bienhechores.

—Esta es la pura verdad. Mi culpa consiste en no haber llamado enseguida, en cuanto el viejo se ha muerto.

El padre Virdis la escuchaba y respiraba con fuerza, casi jadeando. Ella no le miraba; pero oía aquella respiración de hombre cansado y le parecía que el sacerdote se interesaba poco por lo que ella hablaba.

—Tú no dices la verdad, Annesa —observó, finalmente, el padre Virdis sin moverse, con la espalda y la cabeza apoyadas contra la pared—. Y yo he venido aquí para escuchar la verdad, y nada más.

Annesa no contestó.

—Óyeme, Annesa. Yo no soy ni un juez ni un confesor. El juez sabrá hacerte contar la verdad a pesar tuyo, porque este es su arte: te la arrancará de la boca como un diente cariado, y tú ni siquiera te darás cuenta. Al confesor irás por ti misma, cuando quieras. Yo soy aquí solamente un hombre, un hombre que ama a sus semejantes y quisiera ayudarte. Si tú ves a un pobre viejo caído en el suelo, quieres levantarlo, ¿no es verdad? Si no lo hicieras, te parecería que no eras una criatura humana, sino una bestia sin razón. Basta: dejemos los sermones. Quería decirte solamente que deseo ayudar a tus bienhechores a levantarse de su caída; y tú tienes que ayudarme.

—Sé todo esto, y estoy dispuesta. ¿Qué tengo que hacer? ¿No he seguido hasta ahora los consejos de los amigos de mis bienhechores? Siempre me han dicho que me escondiera, y me he escondido; me han pedido que callara, y eso he hecho.

—Pues bien: ahora hablarás. Contarás la verdad. Nada más.

—La he dicho… la he dicho… —insistió ella.

Entonces él bajo la voz.

—No, Annesa, no la has dicho. Pero yo la sé, y la sé antes que tú, desde hace muchos y muchos años, y la he visto crecer junto contigo, y es una verdad espantosa: es como una serpiente que ha crecido contigo, que se ha enroscado a ti, a tu cuerpo, a tus brazos, a tu cuello, y forma contigo una misma cosa. Mujer y serpiente. Una misma cosa que se llama Annesa.

—Padre Virdis —añadió ella, abriendo los ojos y levantando la

voz, entre ofendida y asustada—, ¡no hable así! ¿Qué he hecho yo?

—¿Qué has hecho? Tú lo sabes, sin necesidad de que yo te lo diga. Sabes precisamente la historia de la serpiente, que mordió y envenenó al hombre que la había acogido en su pecho. Basta, te lo repito: no quiero hacer sermones. Una sola cosa te digo: Paulu corrió a refugiarse en mi casa cuando alguien le avisó del peligro. Yo le acogí como el tío Cosimu te ha acogido a ti. En la hora del dolor me lo ha dicho todo.

—Y qué, ¿que puede haberle dicho? ¿Que nos hemos querido? ¿No he estado siempre en mi lugar yo? ¿Qué mal he hecho?

—¡He aquí la serpiente que habla! ¿Qué mal has hecho? Has pecado, nada más. ¿Te parece poco?

—Bueno, como quiera, he pecado. Pero el mal me lo he hecho a mí misma solamente.

—Pero tú no debías hacerte el mal a ti misma; a ti misma menos que a los demás. Dios te ha dado un alma pura, y tú la has ensuciado y quieres presentarla de nuevo al Señor como un pingajo sucio. Te has pisoteado, te has cubierto de fango, te has tratado como tu peor enemiga.

—Es verdad, es verdad.

—Este es tu mayor delito. Dios te había dado un alma humana y tú la has deformado, poco a poco; mejor dicho, has hecho peor aún: has matado tu alma, la has ahogado, y tu alma se ha podrido dentro de ti, como el cadáver de una tumba, y te ha corrompido y te ha hecho inmunda. Sepulcro blanqueado, que de fuera parece bello a la gente y de dentro está lleno de huesos y de podredumbre.

—¡Padre Virdis! ¡Padre Virdis! —gimió ella, llevándose las manos a la cara.

—Déjame continuar. Si te hablo así, es porque sé que me entiendes. Otra mujer no me hubiera entendido, pero tú eres diferente de las demás; tú eres inteligente y tal vez te has dicho muchas veces lo que yo ahora te repito. Recuerda, Annesa, cuántas veces te he regañado porque no ibas a misa, porque no te acercabas ya a Dios. Hace años y años que has perdido el camino bueno; y yo te seguía, o mejor esperaba tu retorno. ¡Ah!, pero no creía que cayeras tan ciegamente en el abismo. ¿Quién puede salvarte ahora?

Annesa no repuso. Las palabras del viejo cura eran simples, toscas, incluso vulgares, y, además, se las había dicho otras veces; pero su acento era grave, convencido, y en su voz vibraba, más que el reproche, la piedad; y más que la piedad, una infinita tristeza. Y cada palabra suya caía en el corazón de Annesa como una piedra en un pantano, desgarrando el velo turbio y fétido de la superficie cenagosa.

—Sólo Dios puede salvarte —prosiguió el sacerdote, bajando la voz cada vez más—. Tú has cometido una culpa tras otra, porque este es el

destino de quien se pone en el camino del error. Sólo los muertos no pueden reincorporarse; los vivos caen y se levantan; los enfermos pueden curarse. Annesa, hace poco he dicho que tu alma estaba muerta; y he hablado mal, porque el alma no se muere; pero está enferma tu alma, y de un mal pestilente, de una enfermedad que envenena el aire de alrededor. Procuremos curarla. Anna, contesta a mi pregunta: ¿Crees aún en Dios? ¿No me contestas? Te lo repito: yo no soy ahora ni tu confesor ni tu juez: soy tu médico.

—No lo sé —repuso Annesa—. Es verdad, desde hacía muchos y muchos años no creía ya en Dios, porque caían demasiadas desgracias sobre nuestra familia, como rayos sobre el mismo árbol. ¡Demasiado, demasiado! Y mis bienhechores son gente honrada, temerosa de Dios. ¿Por qué, pues, el Señor los martirizaba y sigue atormentándolos tanto? Sin embargo, durante estos días he pensado algunas veces en Dios; y ahora creo que usted tiene razón, padre Virdis. Pero yo no soy tan mala como usted cree: yo me he hecho mal a mí misma, es verdad; mas me lo he hecho para hacer bien a los otros. Y estoy dispuesta aún, se lo repito: dígame, ¿qué he de hacer? ¿Tengo que acusarme de haber muerto al viejo? Estoy dispuesta. Diré que le odiaba y le he matado; atadme, arrojadme a la cárcel más negra, como se arroja una piedra a un pozo; y que de mí no se hable más. Pero ¿me creerán?

—No te creerán, porque esta no es la verdad. Tú no debes hablar así, no, no. Esta no es la verdad.

—¡Ah! —gritó entonces Annesa, con voz áspera—. ¿Cuál es, pues, la verdad? Dígamelo usted, padre Virdis.

—Claro que te la diré. Mira, tienes que hablar así: «Yo soy la culpable, yo; yo, que he matado, no por odio, no por amor, sino por interés. Yo soy la serpiente y la mujer, y me he arrastrado durante años y años alrededor del árbol del fruto prohibido y he inducido al hombre débil a pecar conmigo. Y cuando me he cansado del pecado de la carne, he dirigido mis deseos a otras cosas, me he dicho a mí misma: quiero atar a mí al hombre con otros lazos…».

—No comprendo, no comprendo nada —murmuró ella—. Dígamelo con otras palabras.

—Resumiendo; tienes que hablar así: «He matado al viejo de manera que se creyera, si el delito se descubría, que Paulu era el culpable y yo su cómplice. De este delito quería hacer un arma y un lazo contra Paulu para tenerlo siempre atado a mí…».

—¿Yo he de hablar así? ¿Y me creerán?

—Claro, porque es la verdad.

Ella se puso en pie de un salto, rígida, lívida, con las manos contraídas. Sus ojos se desorbitaron y miraron fijamente al cura, con una mirada vidriosa y feroz.

—Padre Virdis, padre Virdis —balbuceó—, ¿es Paulu quien le ha

contado eso? ¿Es él, es él? Quiero saberlo en seguida: dígame inmediatamente que no es verdad… si no… si no…

—Si no, ¿me harás lo mismo que le hiciste a Zua Decherchi?

Entonces ella creyó comprender una cosa espantosa: que el cura tenía miedo de ella, como de una bestia, tomó de un perro rabioso, y que intentaba herirla cautamente, fingiendo que no la temía. Y en aquel momento comprendió todo el horror de su delito, y le pareció que era realmente como la serpiente con la que el padre Virdis la había comparado.

—¡Míreme, padre Virdis! ¡Míreme, en nombre de Dios! —añadió ronca y anhelante, poniéndose delante del cura y obligándole a mirarla—. Repita si cree en conciencia cuanto ha dicho. Si lo cree usted, padre Virdis, si lo cree Paulu… entonces lo creeré también yo… Creeré que estoy por debajo de las bestias feroces; creeré que soy parecida al cerdo que devora al niño en la cuna. ¡Dígalo, dígalo! Repítalo. Si me lo repite otra vez, no vacilaré más, correré al pueblo, me arrodillaré delante de la puerta de la cárcel y suplicaré que la abran para mí, que la abran de par en par, como la puerta de una iglesia.

El cura había levantado la cabeza y contemplaba a la desgraciada con ojos piadosos, pero también inquisidores. Los ojos desesperados de Annesa, su rostro envejecido, su frágil cuerpo vibrante, no eran los ojos, la cara, el cuerpo de una delincuente astuta y feroz.

—Cálmate, Anna —le pidió, levantando la mano vendada—; puede ser que me haya engañado: estamos todos sujetos al error. Y ahora escúchame. Siéntate otra vez y escúchame: Paulu, como te he dicho, se quedó una noche en mi casa escondido tan bien, que los carabineros no le encontraron cuando registraron. Una vez tranquilos, hablamos largamente. Me lo confió todo; me contó que había regresado la noche anterior y que había tenido un coloquio contigo, mientras el viejo dormía. Te dijo que había encontrado el dinero y te confió sus proyectos para el porvenir. Y prometió casarse contigo; pero tú no le creíste; tú manifestaste temor de que él, al irse, te olvidara. Y después de esta cita, el viejo se murió; ¿no se podría, pues, creer que has cometido el crimen para impedir que Paulu partiera?

—Pero Paulu ¿qué decía?, ¿qué decía? —preguntó ella.

—Él te cree inocente. Por lo menos lo dice.

—Padre Virdis —añadió ella entonces, cubriéndose los ojos con la mano—: usted me ha juzgado como los niños juzgan a las brujas: peor de lo que soy. El viejo estaba muerto cuando Paulu volvió. Pues bien, sí —reanudó al cabo de un instante, descubriéndose los ojos y levantando la voz—; se lo diré todo, padre Virdis: le he matado porque creía que así salvaba a Paulu. Y Paulu pasó por fuera y no me avisó; y la misma suerte que me trajo a este pueblo maldito, me ha

obligado a convertirme en lo que me he convertido. ¿Lo he querido yo tal vez? No, no, padre Virdis; yo he hecho un andrajo de mí misma porque así lo ha querido la suerte. Yo hubiera querido ser una mujer como todas las demás: tener un padre, una madre, vivir honradamente. ¿Por qué Dios, si es verdad que existe, ha querido las cosas de otra manera?

—Dios te ha dado razón, Annesa. ¿No sientes en este momento que tienes raciocinio y que tu suerte te la has creado tú sola? ¿Por qué no has razonado siempre como razonas ahora? Porque creías que eras dueña de ti misma y que podías hacer lo que quisieras; todo te parecía permitido porque no tenías dueños. Y ahora, ahora te das cuenta de que, en cambio, eres esclava de la que tú llamas suerte. Ahora te lamentas. Y no te das cuenta, Anna, no te das cuenta de que quien te guía es Dios.

—¡Dios! No lo diga, padre Virdis. Él no podía querer la muerte del viejo.

El padre Virdis comenzó a irritarse y a resoplar.

—Tú no puedes juzgar los decretos de Dios. Quiero decir que la hora del viejo había llegado; y no toca a nosotros juzgar su suerte. Piensa en ti, Anna. Tu hora todavía no ha llegado, y no importa el modo con que llegue. No debe preocuparte que te mueras de una manera o de otra. Piensa sólo en comparecer ante el Señor con el alma curada de todo mal.

—¿Qué debo hacer? Estoy dispuesta a acusarme —repuso ella impetuosamente—, y diré todo lo que usted quiera.

—¿Lo que yo quiera? ¿Yo qué tengo que ver con todo eso? Tú dirás la verdad, te repito, y nada más.

—Pero ¿me creerán? —repitió ella, asaltada de nuevo con las dudas—. ¿No dirán que he sido solamente la cómplice? ¡Siempre he hecho mal lo que he hecho, padre Virdis! No quisiera perjudicar más a… a ellos.

Ya no se atrevía a llamarles sus bienhechores.

El cura meneó la cabeza. Miraba hacia fuera, con sus ojos tristes, y parecía decir que no a una persona lejana.

—Todavía no me has entendido, Anna. ¡La verdad, la verdad! Eso es todo. Es preciso contar la verdad, y no preocuparse de nada más. ¿Serás castigada o no lo serás? ¿Sufrirán más los otros por tu causa? Todo esto no importa. Importa solamente que vayas recta por tu camino.

—Haré lo que usted me aconseje —repitió Annesa.

Pero el cura parecía no oírla, se levantó, hizo una mueca de cansancio, de sufrimiento, y siguió mirando a lo lejos.

—¡Oh, y ahora no se trata solamente de eso! —reanudó—. El mayor castigo, Annesa, tienes que imponértelo tú. Ya ves: el Señor no

es cruel como lo son los hombres. El Señor dice al que se ha caído: «Levántate y procura no caer más». El Señor te dice, Annesa: «Mujer, te he abierto los ojos, he desembarazado tu alma de tinieblas, como al amanecer desembarazó el cielo de los vapores nocturnos. Camina, y no peques más».

Ella suspiró y juntó las manos.

—No pecar más. No pecar más.

Las últimas palabras del cura la turbaron más que las amenazas y las comparaciones con que él había florecido su discurso.

—No pecar más —repitió—. ¡He pensado tanto en eso durante estos días, padre Virdis! He pensado que no quiero pecar más, que no quiero engañar más a nadie, que no quiero hacer más daño a nadie.

—¡Está bien, está bien!

—Si me condenan…

—¡Espera todavía! ¡Espera todavía! —dijo él con impaciencia, levantando la mano vendada—. Hay tiempo. Tal vez las cosas van mejor de lo que nos pensamos. Piensa mientras tanto en tu alma.

Y él siguió repitiendo que la vida es breve y está llena de engaños, y que nuestra única felicidad consiste en creer en otra vida, eterna, en un mundo donde todo es verdad, todo es puro, y donde la justicia se encuentra difundida como el aire alrededor de la tierra. Pero Annesa, ahora ya, no tenía necesidad de escuchar sermones: una voz interior le murmuraba palabras de consuelo y le señalaba el camino que tenía que seguir.

Él le dijo:

—Para que tu presencia no provoque inútiles habladurías, volverás al pueblo esta noche, cuando nadie te vea. Vendrás a mi casa, y planearemos lo que haya que hacer. Mientras tanto, yo celebraré misa aquí para tus intenciones. He traído la partícula.

Llamaron al tío Castigu que tenía las llaves de la iglesia, y abrieron. El sol no había salido todavía, pero el horizonte brillaba ya por la parte de Oriente, todo de oro rojo; y esta vívida luz de aurora penetraba por el ventanuco de la iglesia y doraba las paredes polvorientas. Todo era humilde y dulce allí dentro; la Virgencita, con la túnica amarilla, descolorida, con su niño mofletudo y soñoliento, parecía una pequeña madre mendiga que se hubiera retirado a aquella ermita para mantenerse de bellotas y vivir con los pobres pastores de la montaña. Ni cuadros ni estatuas adornaban las paredes; en cambio, huyeron muchos ratones cuando el tío Castigu abrió la puerta, y el padre Virdis, que tenía un miedo infantil a los más inocuos animalillos, se asustó y pareció experimentar más horror por aquel pequeño ejército que huía que por los pecados de Annesa.

—No tenga miedo —dijo el tío Castigu—. Son ratones silvestres. Figúrese, padre Virdis mío, que el otro día dejé aquí una alforja llena

de pan y de queso; y ellos royeron la alforja, pero no tocaron ni el pan ni el queso. Se ve que no los habían visto nunca.

El padre Virdis, sin embargo, avanzó cautelosamente, y se dejó revestir por el pastor, que encontró, en el fondo de un arcón situado detrás del altar, un alba y una casulla roídas precisamente por los ratones silvestres. Mientras, para encender el único cirio del altar, el tío Castigu usaba el eslabón y la yesca, Annesa vio que el cura miraba a su alrededor, inquieto.

—No tenga miedo —dijo el pastor—, tocaré la campanilla para que se escapen.

La misa empezó. Nada más pintoresco y cómico que aquel gordo oficiante con la casulla agujereada, y aquel viejo prehistórico que ayudaba a misa tocando repetidamente la campanilla, como para ahuyentar a un pueblo de espíritus malignos.

En el fondo de la iglesia desierta, sobre cuyas paredes el polvo y las telarañas iban volviéndose cada vez más rosados y dorados por el reflejo de la aurora, Annesa murmuraba retazos de plegarias olvidadas; y de cuando en cuando se inclinaba y besaba el suelo con pasión y furor. No eran la fe y el temor de Dios lo que la hacía inclinarse hasta el suelo y besar el polvo con un sentimiento de amor más que de humillación; sin embargo, su alma lloraba y clamaba, y su cuerpo parecía retorcido por una especie de furor religioso.

Tío Castigu repicaba. El único cirio, en el altar melancólico, miraba con su ojo de oro, inmóvil; sin embargo, de repente, la llamita se alargó, se movió, se convirtió en una pequeña lengüecita amarillenta, y pareció decir algo al niño soñoliento que la miraba fijamente.

Annesa permaneció todo el día en la iglesia. Seguía murmurando plegarias; pero pensaba en otras cosas.

«Me condenarán a treinta años de cárcel —pensaba—. Tal vez me muera antes de terminarlos. Tal vez me condenen a veinte años. Cuando vuelva seré vieja: ¿qué haré? Viviré de limosna. Tal vez en la cárcel podré trabajar, podré ahorrar alguna pequeña suma. Matteu Piras, que estuvo quince años en el presidio de Civitavecchia, cuando volvió llevó a su casa cuatrocientos escudos y puso un buen negocio. Y Paulu, ¿qué dirá? ¿Qué hará? ¿Me ayudará? ¿Me repudiará? Que haga lo que crea conveniente: yo cumpliré con mi deber. Seré buena, seré buena, Dios, Dios mío.»

Y lloraba, pensando en Paulu; pero no ya con lágrimas de vergüenza y de desesperación. Luego, se proponía no volver a pensar más en él. Le parecía que todavía pecaba al recordarle, y no quería volver a pecar nunca más. ¿Y Gantine? ¿Qué haría, qué diría Gantine? Era joven, ligero: pronto se consolaría.

Hacia el mediodía, tío Castigu llamó a la puerta. Ella salió al pórtico; comió un poco de pan de cebada y un poco de leche cuajada, y cambió algunas palabras con el pastor.

—¿Estás decidida completamente? —le preguntó él—. ¿Bajas esta noche? ¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, no tengo miedo.

Él la miraba. Ella estaba pálida; pero había recobrado su antigua fisonomía, su acostumbrada mirada, un poco burlona, un poco ingenua. Tío Castigu comenzaba a creer que se había engañado al considerarla culpable.

—Esta noche he soñado que había subido hasta aquí Anna Decherchi. Llevaba en la cabeza un cesto lleno de uva y una carta en la mano. Pero no era Anna Decherchi: era Paulu disfrazado, aunque disfrazado tan bien, que parecía la vieja. En cuanto me vio se echó a reír y me preguntó: «¿Dónde está Annesa? Quiero gastarle una broma».

—Soñar con uvas significa lágrimas —dijo Annesa.

El pastor rebatió:

—Pero don Paulu se reía: buena señal. Ya ves Anna: el corazón me dice que en el día de hoy recibiremos buenas noticias. ¡Ah, si fuera verdad María Santísima! Todos los días, todos los días vendría aquí y me arrodillaría en este santo umbral, y besaría la tierra. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Tío Castigu se arrodilló, besó el suelo y se hizo la señal de la cruz. Annesa se estremeció solo al pensar que pudiera llegar «una buena noticia». ¡Ah!, la vida la atraía todavía con todas su seducciones, y la esperanza de poder salvarse era tan dulce y ardiente, que la hacía sufrir. Entró otra vez en la iglesia y volvió a arrodillarse, en la sombra, sobre el polvo. Mejor no esperar: salvarse significaba recaer en el pecado, olvidar, perderse para siempre. Y ella no quería pecar nunca más, nunca más.

«Dios, Dios, ¡ayúdame Tú! Si he de volver al mundo, ayúdame Tú. No quiero mentir más, ni engañar, ni hacer más daño a nadie. No me casaré con Gantine para no engañarle; no me casaré con Paulu, no pecaré más con él. No soy digna de ninguno de los dos: viviré sola, curaré a los enfermos, trabajaré, llevaré yo sola el paso de mis delitos.»

Se inclinó y besó nuevamente el suelo, y al incorporarse le pareció que veía una sombra en el ventanuco.

«¿Me ven?» Se retiró, sintió miedo. La idea de la cárcel, de la condena, de la reclusión, volvió a dominarla. Comenzó a rezar otra vez, pero con tristeza infinita. El Dios al que había vuelto en la hora de la desesperación, como el niño retorna al regazo de la madre que le ha castigado, era un Dios severo, inexorable. Podía perdonar, pero no

olvidar; y pedía penitencia, penitencia.

«No; yo no puedo salvarme de la condena —pensaba Annesa, llorando silenciosamente, con la frente contra la pared—. No es posible. Se salvarán ellos y eso me bastará, y la buena noticia será que les han puesto en libertad, nada más.»

Y le parecía ver a Paulu en la pequeña celda de la cárcel de Barunei. Le veía inclinado sobre sí mismo, lívido de humillación y de rabia, arrepentido de haberse entregado inútilmente en manos de la justicia humana, estúpida y ciega. Paulu había esperado que le pusieran en libertad al cabo de unas horas, junto con los suyos. Se había presentado para demostrar su inocencia y no le habían creído. Y las horas pasaban en vano, pasaban los días, y acaso ya no esperaba nada.

«¡Y yo estoy todavía aquí, todavía estoy en libertad! ¡Paulu mío, Paulu, Paulu mío! ¿Qué dirás cuando lo sepas todo?… Y *donna* Rachele, ¿qué dirá? Llorará; y los abuelos dirán: "No tenía temor de Dios, y nos ha llevado hasta el borde del abismo. Por su culpa hemos sufrido el mayor dolor, la mayor humillación de nuestra vida". Luego se consolarán, olvidarán. Y la vida pasará. Yo viviré lejos, lejos, en una cárcel desconocida, y veré siempre delante de mí el rostro horrible, la sonrisa vengativa del tío Zua. Sólo él, sólo él no me olvidará. Él estará conmigo siempre, siempre. ¡Ah!, él ya sabía que se vengaría; él lo sabía y yo no sabía nada. ¿Sabemos nunca lo que puede suceder? ¿Sé yo lo que sucederá mañana? ¡Ah, Dios mío, Señor misericordioso, perdóname! ¡Ya deliro otra vez, ya espero! ¡Ah, no, no!»

No quería esperar, y, sin embargo, esperaba. Cada pequeño ruido le producía un estremecimiento. Por el ventanuco penetraba la luz azul y clara de la tarde, el cielo tenía un color de zafiro y el bosque murmuraba alrededor de la iglesia, con un zumbido leve y soñoliento de abejas en torno a la colmena. Una paz infinita, una dulzura triste, llenaban el refugio solitario de aquella Virgencita silvestre, de aquel niño lánguido, que parecían tan tranquilos en su pobreza, tan alejados de la mujer que lloraba a sus pies.

Hacia el atardecer llegó, como de costumbre, el sobrino de tío Castigu, que cada noche llevaba al pueblo el producto del rebaño.

—El padre Virdis me ha mandado llamar —dijo— y me ha encargado que le dijera que desea hablar con usted solo esta noche. Me ha advertido que repitiera: «con usted solo».

El pastor corrió a ver a Annesa y le dio cuenta del recado.

—Anna —dijo con voz conmovida—, ¡creo que mi sueño se realiza! Es señal de que el padre Virdis desea que tú no te muevas. Es señal de que hay alguna esperanza.

Ella temblaba de pies a cabeza.

—No me engañe, tío Castigu; no me haga esperar, no, no, no quiero…

—¿Por qué no quieres esperar? Después de la noche, viene el día. Reza, reza, Anna. Yo voy corriendo al pueblo. ¿Quieres ir a la cabaña?

Annesa se quiso quedar en la iglesia; en la furia, el pastor se olvidó de llevarle comida, pero ella no tenía hambre, no se durmió, no se movió de su rincón. Vio, a través del ventanuco, aparecer una estrella rojiza en el cielo verdoso del crepúsculo; luego, otra estrella más. Y el bosque calló, y todo fue silencio, silencio misterioso de expectativa.

El tío Castigu regresó hacia medianoche. Cuando Annesa oyó el ruido de la llave en la cerradura enmohecida, experimentó una extraña sensación. Le pareció que un ser invisible, un fantasma que venía de la profundidad de un mundo desconocido, quisiera entrar en la iglesia para hablar con ella y revelarle el misterio de su porvenir. En cambio, en medio de la oscuridad, se acercó la figura del viejo. Annesa reconoció sus pasos, reconoció su cabeza selvática, que se dibujó; negra, en el marco ceniciento y estrellado del ventanuco; pero por la manera como el pastor le dijo: «Annesa, ¿sabes?…», comprendió en seguida que el viejo pastor iba a revelarle, como el fantasma de un mundo oculto, el secreto de su porvenir.

—¿Tío Castigu?

—Mañana… mañana les ponen en libertad. El abogado ha dicho al padre Virdis que la autopsia demuestra que el viejo ha muerto ahogado por su mal. Y que nadie le ha golpeado, que nadie, excepto el Señor, le ha hecho morir.

Ella cayó de rodillas, en las tinieblas; pero una luz ardiente, parecida al resplandor del sol, le iluminaba el alma.

—El Señor me ha perdonado, el Señor ha visto mi corazón, ha medido mi error y mi dolor, ha visto que este era mayor que mi error.

Tío Castigu oía, en el silencio, cómo los dientes de Annesa castañeteaban con violencia.

—Anna, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Vienes conmigo? El padre Virdis te aconseja que no te muevas hasta que les pongan en libertad. ¿Me has oído?

—Le he oído.

—Pero ¿qué haces ahora?

—Rezo.

—Ahora puedes estar tranquila —dijo él, ingenuamente—. Puedes venir allá, a la majada.

—No, me quedo aquí. Quiero rezar.

—Puedes rezar también allí, en la cabaña. Dios te oirá igualmente. Y tú no has comido, *pili bruda*.

Al oírse llamar por su apodo, Annesa experimentó un impulso de alegría: tío Castigu no la había llamado así durante todos aquellos días de terror.

¿Todo había pasado, pues? ¿Era posible? ¿No era un sueño? Para convencerse, se levantó, olvidó sus plegarias e hizo caso al viejo, que insistía:

—¡Vamos, vamos!

Salieron. La noche era clara, vívida de estrellas. El horizonte parecía próximo, apenas detrás de las líneas negras de los bosques y de los perfiles de las rocas. Las ovejas del tío Castigu pacían escondidas entre las matas, al fondo del calvero, y el tintineo cadencioso de sus badajos parecía una música misteriosa, casi mágica, un coro de vocecitas trémulas que salía de las piedras, de los troncos, de los matojos.

Atravesaban el cielo muchas estrellas fugaces, y tío Castigu, a quien no se le escapaba ningún fenómeno celeste, dijo, mirando hacia arriba:

—Parece que las estrellas grandes lloran esta noche. ¡Mira cuántas lágrimas!

Annesa levantó la cabeza. También ella lloraba. Recordaba la noche de la fiesta de San Basilio, los cohetes que atravesaban el cielo descolorido, más allá del patio silencioso. Habían transcurrido quince días: quince días largos y terribles, como años de peste y de carestía. Ahora estaba todo terminado: y todo tenía que volver a empezar.

—¿Qué más ha dicho el padre Virdis? —preguntó, siguiendo con pasos cautelosos al viejo, que caminaba ligero entre piedras y cardos.

—Que estés tranquila, que no te muevas de aquí hasta…

—Yo quisiera hablar primero con él, otra vez, antes… —le interrumpió ella; luego, al cabo de un momento de silencio, añadió, bajo—, antes de volver a casa de mis bienhechores.

Annesa volvió a pronunciar la acostumbrada palabra, pero en seguida reanudó su llanto. No eran lágrimas de rencor y de remordimiento, sino lágrimas de alegría, lágrimas de arrepentimiento y de esperanza, que en la noche infinita de su alma caían y brillaban, como en las noches las estrellas fugaces.

Nueve

Caía la noche del tercer día después de salir de la cárcel los Decherchi. En el pueblo ya no se hablaba del suceso, si no era para comentar la desaparición de Annesa. Annesa no había vuelto al pueblo.

¿Adónde habrá ido? Muchos dicen que está escondida en la majada del tío Castigu. A causa del susto ha caído enferma, tiene fiebre y no puede moverse. Otros aseguran que la han visto en el pueblo, en casa del padre Virdis; siempre ha estado allí. Otros dicen que el cosario, el del correo, ha traído de Nuoro una carta de Annesa dirigida a *donna* Rachele. ¿Por qué no vuelve? Porque tiene miedo de que la detengan. Todavía circulan rumores vagos y extraños sobre ella, entre las personas mejor informadas. La autopsia ha revelado que el viejo se ha muerto de un ataque de asma; pero el ataque, añaden las personas bien informadas, ha sido provocado por los malos tratos de Annesa, la cual, además, no ha hecho los sahumerios y no le ha dado al enfermo los calmantes prescritos por el médico. La culpa no es grave; pero las culpas, hasta las más pequeñas, tienen que pagarse con un castigo. Annesa tiene miedo y no vuelve: ya veréis cómo tardará en volver, en aparecer de nuevo. Los Decherchi afirman que no saben nada de ella: los dos abuelos, que, a pesar del mal que les ha causado, quieren llevar luto por Zua Decherchi, no salen de casa y reciben a poca gente. Hasta *donna* Rachele no se deja ver. Paulu está intratable, y a quien le pide noticias sobre Annesa, contesta:

—Ocupaos de vuestros asuntos. Annesa está donde le da la gana.

El que habla con gusto es Gantine: cuando ha sabido el suceso, ha regresado al pueblo. Paulu, en cuando ha salido de la cárcel, le ha preguntado:

—¿Por qué has venido? Coge otra vez enseguida tus cosas y vuelve al bosque.

—¿Cómo? ¿Por qué he venido? ¿Y Annesa? ¿No he de pensar en ella?

—Annesa se las arreglará sin tu ayuda. Vete.

Pero Gantine se ha rebelado. Anda por el pueblo, habla, pregunta y da noticias. Ha corrido a la majada del tío Castigu y ha llamado a la

puerta del padre Virdis. Annesa no está. La gente comienza a burlarse de él. Muchos le dicen:

—¡Pero si Annesa ha ido a verte al bosque! Tal vez habéis pasado por distintos caminos.

Entonces, Gantine, que en el fondo sufre, pero no quiere demostrarlo, da a entender que sabe dónde está escondida Annesa.

—Ha ido a Nuoro. Se ha ido con el correo, el día siguiente al de la detención de mis dueños. Se encuentra en casa de una sobrina del padre Virdis, que está casada con un negociante nuorés.

—Pero ¿por qué no vuelve?

—Porque tiene miedo de vuestras maledicencias, ¡gente estúpida y mala!

Y el pobre Gantine va de casa en casa, escuchando las habladurías; luego corre a ver a *donna* Rachele y le pide consejo, y delante de ella, que tiene la cara afilada y pálida, pero un tanto beata, de una mártir (¡hágase la voluntad de Dios!), llora de rabia y de inquietud, como un niño enfermo.

El padre Virdis, en chaleco, pantalones y zapatillas, sin peluca, el pañuelo en la mano, estaba sentado ante el balcón de madera de su casita y fingía leer el breviario. Parecía otro: daba la impresión de un pájaro al que le hubieran arrancado las mejores plumas.

La plaza, un triángulo de terreno rocoso delante de la casita, estaba desierta, como un rincón de montaña. En el fondo se dibujaba el perfil de paisaje lejano, una cima violácea sobre el horizonte rojo del crepúsculo. El cielo, encima de la plaza y de las casucas cenicientas y silenciosas, se descoloría como un terciopelo azulado, viejo y ajado. Una brisa fresca, llena de olor a albahaca, venía del fondo de la calle. Sin embargo, el padre Virdis se agitaba, como ahogado por el calor, y, a falta de pañuelo, movía la mano, sacudiéndose una nube de moscas imaginarias.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Desde hace dos días, Annesa está escondida en su casa. Dos noches antes, mientras él regresaba de casa de los Decherchi, ella, que le había esperado escondida detrás de un poyete de la plaza, se le había plantado delante de improviso.

—Padre Virdis…

—*Anghelos santos!* ¿Eres tú? ¿Eres tú?

—Soy yo. Aquí estoy. Tengo necesidad de hablar con usted.

—Ven.

La casita estaba silenciosa. Paula Verdis, la hermana del cura, dormía, a tal hora, en una habitación de la planta baja, contigua a la cocina. En la oscuridad, a tientas, Annesa siguió al viejo, cuya respiración, un poco jadeante, oía. Atravesaron el zaguán, subieron

por una escalera empinada y entraron en la habitación del balcón de madera. La ventana estaba abierta, y hasta allí llegaba el canto de un grillo, el olor de la albahaca y el brillo lejano de una estrella.

El padre Virdis encendió la luz. Annesa conocía ya aquella pequeña habitación pobre, arreglada como la de un campesino. Cansada, agotada, pero con los ojos iluminados por una llama interior, se dejó caer pesadamente en un arcón viejo, que parecía roído por los ratones. E inclinó la cabeza, casi vencida por el cansancio y el sueño. El padre Virdis cerró los postigos. Se volvió; parecía enojado.

—¿Qué hay?

—Estoy aquí —dijo ella, volviendo en sí—. He pasado por allí, he escuchado a la ventana.

—¿Por dónde allí?

—Por allí —repitió ella, señalando un punto, como dando a entender que no podía haber otro «allí», otro sitio ante el cual ella pudiera detenerse—. Donde estaba usted hace poco. Entonces… he venido aquí, he ido delante de usted, le he esperado. ¿Ha visto?

—Está bien. Está bien. He visto.

El cura se puso a pasear arriba y abajo de la habitación. ¿Qué hacer? ¿Qué quería de él aquella mujer? Quería ayuda, quería que la salvara él. ¿Cómo salvarla? No bastaban las buenas intenciones, las buenas palabras. Hacía falta actuar. ¿Qué hacer?

—Desde hace dos días pienso en ti —le dijo, sin mirarla—. Y pienso que el aire de este pueblo no te conviene.

—Sí, quiero irme.

—Pero ¿adónde?

—¡Piénselo usted!

—¿Yo? —dijo él, poniéndose un dedo sobre el pecho—. ¿Justamente yo? Sí, claro, sí; vosotros combináis los líos, y después quien tiene que arreglarlos soy yo.

—Usted es el pastor —murmuró Annesa—. No, no se enfade, padre Virdis, no me abandone. Usted piensa en todos; tiene que pensar también en mí.

—Es tarde, es tarde —observó él, con voz triste.

Pero ella fingió no haberlo oído, y prosiguió:

—Su hermana Paula, un día, se quejaba conmigo. Decía: mi hermano no piensa nunca en él; por eso nuestra casa parece una madriguera, y la gente te calumnia y dice que es avaro y que esconde el dinero. En cambio, piensa siempre en los demás: es el padre de los malhechores, de los malos hijos, de los atolondrados, de los desesperados…

El padre Virdis paseaba arriba y abajo, resoplaba, agitaba el pañuelo.

—Paula es una chismosa. Eso es: una charlatana…

—Yo quiero irme, padre Virdis. No, quiero volver a aquella casa. ¡Ayúdeme usted! Esta noche he tenido el valor de no entrar allí, aunque la tentación me empujaba a hacerlo. Pero ¿y mañana, padre Virdis? ¿Y mañana? ¿Qué será de mí mañana? Yo quiero irme. Iré a Nuoro. Recomiéndeme a su sobrina. Me pondré a servir, trabajaré, viviré honradamente.

—Paulu irá a buscarte. Volverás a caer igualmente.

—¡No, no! —exclamó Annesa, entrelazando las manos y agitándolas con gesto suplicante—. ¡No lo diga siquiera! Usted, padre Virdis, usted hablará con Paulu. Se lo dirá todo, si es necesario.

—¿Yo? Mis labios se secarán antes de revelar tu secreto. Te loca a ti hacerlo.

—¿A mí? —dijo a su vez Annesa—. Yo…

Llamaron al portal. Ella se interrumpió y abrió los ojos. A pesar de cuanto había ocurrido, tenía miedo, le parecía imposible que su delito tuviera que permanecer secreto e impune. Luego, una esperanza triste y ardiente le tembló en el corazón.

—¡Si fuera Paulu! —dijo, en voz baja.

—Lo querrías, ¿verdad? Calla.

Annesa bajó los ojos, pensó en lo que haría si Paulu se le apareciera delante, de improviso. Se arrojaría al suelo, con los ojos cerrados, las manos en los oídos, la boca en el polvo, para no verle, no escucharle, no dirigirle la palabra.

Sin embargo, cuando el padre Virdis abrió el balcón y una voz de niño, casi llorosa, suplicó:

—Padre Virdis, mi padre está mal y quiere confesarse.

Annesa suspiró desilusionada.

—¿Se ha puesto peor? —preguntó el cura.

—Mucho: parece un cadáver. De la boca le ha salido mucha sangre, mucha sangre…

La voz del muchachito temblaba, y a Annesa le pareció ver al hombre que vomitaba sangre. Y recordó su voto:

«Quiero ayudar a los enfermos, cerraré los ojos a los moribundos.»

Se levantó, vio que el padre Virdis se ponía el sombrero y se dirigía hacia la puerta, olvidándose de cerrar al balcón y sin preocuparse más de ella.

—Padre Virdis, ¿puedo asistir a ese enfermo?

—*Anghelos santos!* Tú no te muevas de aquí. Ese enfermo no tiene necesidad de ti. Volveré en seguida.

—¿Y si tía Paula me encuentra aquí?

El otro tenía prisa; no le contestó y cogió la luz, salió y cerró con llave la puerta. Annesa volvió a desplomarse en el arquibanco y no se movió más. El olor a albahaca, el canto del grillo, el titilar de la estrella, penetraban por el balcón abierto, y al cabo de un rato,

Annesa tuvo la sensación de estar todavía sentada en el escalón de la puerta que daba al huerto de don Simone. Y la dulzura, la tristeza, el deseo de todas las cosas perdidas le asaltaron de nuevo.

«¿Quién me impide volver allí? ¡Si hubiera entrado! ¿Por qué, por qué no he de volver? ¿Quién me lo prohíbe? ¿El padre Virdis, que me ha cerrado con llave? ¿Por qué no he de volver?»

El deseo se desvanecía: estaba cansada, tenía sueño, tenía fiebre. Era hora de volver a casa, de acostarse en su camastro. Había andado mucho, por la sombra, entre las piedras, entre los espinos: había llegado la hora de reposar. Annesa cierra los ojos, se amodorra. Una figura aparece de repente delante de ella: es tía Paula, la hermana refunfuñona del padre Virdis.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Una mujer aquí? ¡Ah, aquel Micheli se está volviendo loco de verdad, loco del todo, porque un poco lo ha estado siempre! Vete.

—Soy Annesa, tía Paula mía.

—¡Qué tía Paula, qué tía Paula! Vete: estoy harta de las desgracias de los demás. Tengo bastante con las mías.

Annesa se levanta, se va. Anda, anda, por las callejas oscuras, llega allí, ante la casa de don Simone. El portal está cerrado: ella empuja la puerta, y la puerta se abre. Se ve que Gantine ha salido a escondidas de sus dueños y ha dejado la puerta abierta. Annesa entra en el patio, entra en la cocina, entra en la habitación: detrás de la puerta arde la lamparilla de noche, tío Zua está sentado en su camastro y respira afanosamente. Annesa se deja caer en el canapé y está a punto de dormirse. Pero, de repente, se levanta y mira asustada al viejo. ¿Cómo? ¿No estaba muerto? ¿No le había matado ella? ¿Qué hace ahora el viejo? ¿Por qué le han vuelto a poner allí? ¿Está vivo? ¿Ha resucitado? ¿Hablará? ¿La acusará? Tiene que huir, tiene que seguir andando, tiene que irse lejos.

Se despertó temblando, y en seguida pensó: «Tengo que andar, que seguir andando».

Poco después oyó que el padre Virdis volvía. Le esperó; pero él tardó algo en subir.

«Debe de haber entrado en la habitación de tía Paula, para avisarla de que estoy aquí. ¡Cuánto refunfuñará aquella mujer!»

Tía Paula, en cambio, no refunfuñó. Dormía en una habitación de la planta baja, pobremente arreglada, como la habitación del balcón. Cuando el padre Virdis entró y la despertó, diciendo que era preciso esconder a Annesa, al menos durante algunos días, tía Paula se conformó con contestar:

—Ahora te coge la manía de esconder a la gente, ya que no puedes esconder tesoros. Dile a esa mujer que venga aquí.

El padre Virdis condujo a Annesa a la habitación de la planta baja

y dejó solas a las dos mujeres. La tía Paula se parecía mucho a su hermano, con el que había vivido siempre.

—Desnúdate y métete en cama, conmigo. Si no quieres acostarte a mi lado, acuéstate a los pies de la cama —le dijo simplemente.

Annesa obedeció. La cama era bastante grande, y, aunque no era muy blanda, le pareció de plumas.

—Hace muchas noches que dormía en el suelo —dijo—. ¡Ah!, me parece que estoy dentro de una barca y que me voy lejos, lejos…

—¿Dónde estabas, Annesa, se puede saber?

—¡Si lo supiera! Estaba escondida en la sacristía de la iglesia de San Basilio.

—¡San Basilio mío! —exclamó la otra, santiguándose—. ¿Será verdad? Y ahora, ¿por qué no has vuelto a tu casa?

—Yo no tengo casa, tía Paula. No he vuelto porque la gente dice…

—Es verdad, es verdad. La gente dice que tú has matado a Zua Decherchi. Le has hecho enfadar y no le has dado el calmante. ¿Es verdad?

Annesa no contestó.

—¿Adónde irás, Annesa? ¿No volverás a casa de tus dueños?

—¿Quién sabe? Ahora tengo sueño; déjeme dormir.

—¿Y Gantine? ¿No has vuelto a verle? Rueda por el pueblo, buscándote; parece un loco.

—¡Pobre Gantine! ¡Es tan joven!

La vieja insistió; pero Annesa cerró los ojos y volvió a sumirse en sus tristes sueños. Y permaneció otros tres días escondida en aquella pequeña habitación melancólica, que recibía luz de un ventanuco abierto en el techo. Desde allí oía la voz de Gantine, que preguntaba por ella.

—Hijo mío —decía tía Paula—. Annesa debe de haberse ido lejos, muy lejos. Y ha hecho bien. Yo me hubiera ido al final del mundo, me hubiera escapado como un gato que ha tocado el fuego.

—Pero ¿por qué?, ¿por qué? —preguntaba Gantine, con voz quejumbrosa.

—¿Por qué? ¡Porque es así! Ve, pon paz en tu corazón. Annesa tal vez no vuelva nunca más a este pueblo.

—¡Ah, aquel viejo! Si estuviera vivo, lo mataría yo. Hasta después de muerto nos tortura.

—¡Es verdad, es verdad! —sollozó Annesa, en la penumbra de la triste habitación.

—Ella no me quiere —reanudó Gantine—. Desde hace mucho tiempo, no me quiere. Me he dado cuenta, sí. Si no, hubiera obrado de otra manera, tía Paula, hubiera obrado de otra manera. Comprendo que tenga rencor a nuestros dueños y no quiera volver a la casa donde tanto ha sufrido. Porque es por su culpa.

—Bueno, bueno, ¡calla, mala lengua! —le impuso tía Paula—. ¡La culpa de ellos! Son ellos, en cambio, los que podrían decir…

—¿Qué podrían decir?

—En una palabra: si Annesa le hubiera dado el calmante al viejo, no se hubiera muerto.

—¿El calmante? Lo que tenía que hacer era estrangularlo.

—¡Bueno, bueno, mala lengua, calla!

Annesa se preguntaba:

«Y si Gantine lo supiera todo, ¿me perdonaría? Tal vez sí. También él le odiaba. Pero él no lo sabrá nunca. No, no, no; vete. Gantine, vete. No quiero engañarte más, no quiero engañar nunca más a nadie.»

Después de leer su breviario, el padre Virdis se levantó y se asomó al balcón. El cielo se había vuelto gris. La estrella que enviaba su titileo verdoso hasta dentro de la habitación, había aparecido sobre la montaña lejana. El grillo cantaba. El padre Virdis esperaba a Paulu, y al cosario tío Sogos, que tenía que traerle una carta de Nuoro. Pero los dos tardaban. Y, sin embargo, el correo debía de haber llegado hacía más de una hora. Finalmente, un viejo, míseramente vestido, atravesó la plaza y llamó a la puerta que había debajo del balcón.

—Suba. ¡Ya era hora! —dijo el padre Virdis, retirándose.

Encendió la vela, cogió la peluca que estaba secándose en una silla y se la puso, húmeda todavía de sudor; luego cerró el balcón y abrió la puerta. El tío Sogos subía la escalera y suspiraba.

—Somos viejos, padre Virdis, somos viejos. Ahora se camina despacio.

Entró. Alto, encorvado, con la cara arrugada y llena de pelos grises, el cosario parecía un mendigo.

—Bueno, ¿ha visto a mi sobrina?

La he visto, le he dado la carta. He aquí la respuesta.

—Siéntese ahí un momento. Espere —dijo el padre Virdis, mientras abría la carta, sin darse cuenta de que el sobre había sido ya abierto.

—Está bien, está bien —dijo luego, volviendo a doblar la carta y dejando el sobre en la mesa—. Y ahora, escúcheme: tiene que hacerme un favor.

El viejo, sentado en el arquibanco, delante de la mesa, miraba con sus ojillos húmedos y tristes el sobre y alargaba lentamente la mano.

—Mándeme, padre Virdis. Usted me ha ayudado muchas veces. Siempre lo he dicho: el padre Virdis puede mandarme lo que quiera, soy su criado.

—Es preciso que mañana… no, pasado mañana… lleve a Nuoro, en su coche, a una persona que no quiere que la vean salir de Barunei.

—Está bien: he comprendido —repuso prontamente el viejo—. Basta con que esta persona vaya a pie hasta el puente, pasado mañana por la mañana, y me espere allí.

—¿Y si se va alguien más?

—Lo sabré mañana por la noche y vendré a avisarle.

—Está bien. Y… silencio, ¿verdad? Usted me comprende, ¿verdad?

—Está bien; no lo dude.

El viejo se levantó y puso la mano encima del sobre.

—Paula, trae algo de beber —gritó el padre Virdis, asomándose a la puerta; pero como nadie contestaba, meneó la cabeza y dijo—: Bajemos, haré que le den un vaso de vino. ¿O prefiere aguardiente?

—Vino, vino —repuso el tío Sogos, apretando el sobre dentro del puño—. No soy amigo del aguardiente.

Desde su rincón, Annesa oyó la voz del viejo cosario y suspiró. ¡Finalmente! Debía de haber llegado la respuesta de Nuoro. ¡Ah, partir, partir! Llegar a un lugar desconocido, entre gente nueva: comenzar una nueva vida, trabajar, sufrir, olvidar. Annesa no pensaba en otra cosa.

En cuanto se marchó el tío Sogos, el padre Virdis entró en la habitación, y dijo:

—¿Cómo, a oscuras? ¡Ah!, ¿qué hace aquella bendita mujer que te deja a oscuras? Pues qué, ¿este año no hay aceitunas? ¿No hay aceite?

—¡Para lo que he de hacer! —murmuró Annesa—. Además, la luz está aquí.

Se levantó y buscó las cerillas.

—Aquí tienes la contestación de María Antonia, mi sobrina. Dice que te ha encontrado un sitio, en casa de una familia de Nuoro.

Al oír la buena noticia. Annesa experimentó casi un impulso de alegría; pero, de repente, tembló, asustada, y dejó caer la cerilla encendida. La pequeña llama violácea brilló y se apagó. El padre Virdis calló; y en él silencio, en las tinieblas, Annesa se olvidó de todo lo pasado, de todo lo presente, para escuchar la voz de Paulu Decherchi:

—¿Qué hace, tía Paula? ¿Dónde está el padre Virdis?

Su voz era seria, casi enfadada.

—¡Ah, ah! ¿Es usted, don Paulu? Micheli viene en seguida. Suba a la habitación.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

—Suba, suba.

La tía Paula pasó delante de él con la luz; él la siguió.

—¿Qué quiere? —preguntó Annesa, en voz baja.

Y el padre Virdis le dijo, de igual forma:

—No lo sé. Me imagino que cree, como lo creen todos, que tú estás aquí. Bueno, te dejo la carta: léela. Me voy. ¡Valor! Annesa encendió otra cerilla y leyó las pocas líneas, escritas malamente.

Querido tío: Me he ocupado de su encargo. Habría un buen

sitio para la mujer que me recomienda. El señor es un terrateniente acomodado de Nuoro, que tiene la mujer vieja y no tiene hijos. Sin embargo, hay que trabajar: hace mucho pan de cebada para los criados, y trabajar, además, en el campo. Pero estos señores son personas caritativas y tratarían muy bien a la criada recomendada por usted. Si ella quiere, puede venir desde mañana. Nosotros estamos bien, etc.

Su sobrina,

MARÍA ANTONIA

Annesa leyó y releyó la carta; pero su pensamiento estaba allí, en la habitación donde el padre Virdis y Paulu hablaban, sin duda, de ella. ¿Qué decían? ¿Qué quería Paulu? Annesa hubiera dado diez años de lo que le quedaba de vida por escuchar la conversación entre los dos hombres. Y se repetía la última palabra del padre Virdis: «¡Valor!». Sí, valor, Annesa; valor, valor. Valor para luchar, para vencer, para no recaer en el abismo blando y tenebroso del pecado.

En la cocina no se oía ningún ruido. Sin duda, tía Paula, curiosa, estaba escuchando arriba, a la puerta de la estancia del balcón. Con tal que los dos hombres no aludieran al terrible secreto… No, no era posible. Paulu no sabía nada, no dudaba no podía creerlo. Y el padre Virdis le había dicho «antes que yo hable de eso, mis labios se secarán».

No; ellos seguramente discutían sobre su desaparición. Paulu, tal vez, decía:

—Sé que está aquí. Quiero volver a verla, quiero obligarla a regresar a casa.

Y el padre Virdis resoplaba y contestaba:

—*Anghelos santos!,* ¡qué tozudo eres, hijo mío! ¿No has comprendido que Annesa se ha ido lejos y que le conviene no regresar nunca más a tu casa?

Unos pasos en la cocina; luego, el silencio. ¡Ah!, sí; sin duda, tía Paula había subido hasta la puerta de la habitación y estaba fisgando. Annesa se enfadaba por ello y le tenía envidia: también ella hubiera deseado subir la escalera y ponerse a escuchar. Vencida casi por la tentación, dobló otra vez la carta, se acercó a la puerta y comenzó a abrirla, sin hacer ruido.

Y en seguida vio a Gantine, sentado en el banco del fondo de la cocina. El muchacho estaba mirando fijamente la puerta de entrada; pero debió de darse cuenta de algo, porque inmediatamente se levantó y miró a su alrededor. No vio nada. Annesa se había retirado con rapidez y había cerrado la puerta, apoyándose contra ella, como para impedir al joven entrar en aquella habitación. Pasaron algunos minutos. La voz de tía Paula la hizo volver de su estupor y de su

turbación.

—Gantine, ¿qué haces aquí? —preguntaba, inquieta, la vieja.

—La esperaba. Pero ahora estaba pensando en llevarme el puchero que hierve en su hogar —repuso el joven, esforzándose por parecer desenvuelto.

—¡Habrías hecho un mal negocio! ¿Qué crees, que hay habas con tocino en mi puchero? No, mira: hay patatas. Siéntate, Gantine. ¿No te has vuelto a marchar al bosque?

—Desde el momento en que estoy aquí, mal puedo haberme marchado —dijo él, acremente.

Y de nuevo, durante unos momentos, el silencio reinó en la cocina. Annesa escuchaba, palpitando. Tenía miedo de que Paulu al irse, entrara y al ver a Gantine provocara una escena desagradable.

—Sí —dijo el criado, después de un momento—; don Paulu quería que me fuera, pero a mí me importa poco él. Está enfadado estos días. Parece el Diablo en persona; pero también yo estoy enfadado. Estoy enfadado con todos: y con usted, sobre todo con usted…

—¡María Santísima! —exclamó la vieja, no sin ironía—. ¿Y por qué estás tan enfadado, Gantine?

—Usted sabe perfectamente por qué, tía Paula. Annesa está aquí: está escondida aquí; tal vez allí, detrás de aquella puerta. Pues bien, que me oiga, si está ahí: tengo que hablarle.

—Habla bajo —le suplicó la vieja—. Habla, si quieres; pero no levantes la voz. Annesa no puede oírte. Así esté lejos de nosotros el Diablo, como ella está lejos de aquí.

—Annesa está aquí, está aquí, en esta casa —repitió Gantine, con voz triste, pero firme—. ¡No mienta, no blasfeme, tía Paula! Bastante soy ya objeto de burla y de compasión. Pero que me calle, que no hable, ¡ah, eso no, por Dios! He estado haciendo el estúpido durante demasiado tiempo. Ahora lo he comprendido todo… todo lo he comprendido, tía Paula, y quiero hacérselo saber a quién le toca.

—¿A mí? ¿Me toca a mí saberlo?

—También a usted, sí. Y dígaselo a aquella mujer: dígale que he comprendido toda la comedia. No daré escándalo, repito: no soy malo. Otros, otros son peores que yo.

Gantine casi lloraba. Por un momento, Annesa, vencida por aquel sentimiento de ternura casi maternal que la juventud y la bondad de espíritu de Gantine le habían siempre despertado, tuvo la idea de abrir la puerta y de decir al joven algunas palabras de consuelo; pero el otro podía sorprenderlos. Y ella, ¡ella no quería volver a ver al otro!

—Esta noche —prosiguió Gantine—, he visto a Paulu conferenciar con el tío Sogos. Leían una carta. Sin duda, debían de planear la marcha de Annesa. Todos estos días han estado juntos siempre. Y él, Paulu, mi dueño, cree que yo no sé nada; siendo así que lo sé todo.

Tengo los oídos para oír, y los ojos, para ver.

—Y yo no sé nada, hijo mío de mi corazón. Yo no sé absolutamente nada.

—Entonces, le diré yo lo que pasa. Paulu quiere casarse con Annesa, y Annesa, tal vez, no es contraria a este proyecto. Desde hace mucho tiempo no es la Annesa de antes: no me quiere y ya no piensa en mí. Cuando me fui al bosque no quiso ni siquiera besarme. Yo me fui con un mal presentimiento en el corazón. Y después ha sucedido lo que tenía que suceder. Ahora, Paulu quiere casarse con ella, porque dice que si la persiguen y calumnian es por culpa de la familia Decherchi.

—¿Cómo sabes esas cosas, Gantine? La fantasía te arrastra —dijo la vieja, curiosa y turbada—. ¿No te engañas? ¿No te engañas?

—No me engaño, no me engaño, tía Paula. Las cosas son así. ¿Por qué no vuelve Annesa a casa? Porque Paulu no quiere. ¿Por qué ha tenido y tiene largas y agrias conversaciones con sus abuelos y con su madre? Ellos creen que Annesa es culpable, y también Paulu lo cree. Él dice que quiere casarse con Annesa por deber, y los otros dicen que está loco. Dice que quiere marcharse, lejos, a las minas, y llevarse a Annesa. *Donna* Rachele no deja de llorar, y don Simone parece moribundo, moribundo de rabia y de dolor. Las cosas son así, tía Paula… por desgracia, las cosas son así.

—Pero Annesa tal vez no sepa nada.

—¡No, no! ¡No, no! Annesa está de acuerdo con Paulu. Si no, hubiera regresado a casa. No vuelve porque es lo que es. La mujer de los engaños y de las perfidias, el gato montés traidor. Yo ahora la odio, yo no me casaría con ella ni aunque tuviera dos *tancas* que valieran mil escudos cada una.

—Pero, entonces, ¿por qué la buscas? ¿Qué te importa ya ella? Déjala tranquila.

—Yo la odio —repitió Gantine, pero con voz monótona y triste. Detrás de la puerta, Annesa decía para sí: «Mejor. ¡Mejor así!».

—¿Que yo la busco? —reanudó Gantine—. ¡No es verdad! Ya no me importa nada. Sólo quisiera verla para decirle que no soy un estúpido, para decirle que no quiero ser un hombre ridículo, para decirle que me da lástima. ¡Pobre desgraciada! Nunca ha visto el clavo que le horadaba los ojos: la estúpida ha sido siempre ella; no yo. Yo soy un hombre: sufro y sufriré; pero tal vez pase la prueba y me olvide de ella y encuentre otra mujer que me quiera de verdad. Pero ella, ¿qué hará ella? Aunque se case con el dueño, ¿qué hará? Será siempre la criada. Paulu le pegará desde el primer día de su matrimonio, hará caer sobre ella todas las desdichas que le han perseguido. Ellos siempre han torturado y explotado a Annesa, y seguirá siendo su hazmerreír, su víctima. Y yo me reiré: ya verá cómo me reiré, tía

Paula.

Mientras tanto, sin embargo, no se reía. Su voz, quejumbrosa y enfadada, parecía la voz de un niño que está a punto de llorar.

Tía Paula no sabía qué decirle, e iba y venía por la cocina, preparando la mesa para la cena, y comenzaba inquietarse también al pensar que Paulu podía, de un momento a otro, bajar y oír las malas palabras del criado.

—Por otra parte —prosiguió Gantine—, le aseguro que ya no me importa nada. Hay muchas mujeres. Y más bonitas, más honradas, más jóvenes que ella. Ella tiene casi cuarenta años; yo todavía no tengo veintisiete; ¡que se vaya al Diablo! Cuando ella sea vieja, yo seré todavía joven.

—Justamente, es lo que yo digo. ¿Por qué te inquietas tanto, pues? Busca otra mujer: no pierdas tiempo, hijo mío. Está Ballora, la sobrina de Anna Decherchi. Esta te convendría. Además, tiene alguna cosilla.

Pero Gantine dio unas palmadas y dijo, con un grito de rabia:

—¡Cállese! ¿Por qué me habla de estas cosas? Yo no pienso en eso ahora.

—No grites, ¿oyes? Me parece que bajan.

—¿Quién?

—Micheli y don Paulu.

—¡Don Paulu está aquí! —dijo él, bajando la voz—. Entonces, tengo que irme.

Se levantó y escuchó un momento. Detrás de la puerta, Anna procuraba en vano reprimir su ansia.

—Me voy —dijo Gantine, al cabo de un momento, con la voz cambiada—. Tía Paula, buenas noches. No sé si mañana podré volver. Si ve a Annesa, como sin duda la verá, dígale esto de mi parte: «Annesa, haces mal en tratarme así. Haces mal, porque si hay una persona que te quiere de verdad, soy yo. Annesa, dime algo: haré lo que quieras». Y luego le dirá esto: «Aunque fuera verdad lo que la gente dice, que has matado al viejo, a mí no me importa. Yo le hubiera matado hace un año ya: le hubiera estrangulado, le hubiera arrojado al fuego».

—Bonitos sentimientos tienes, lirio de oro —exclamó tía Paula—. Irás al infierno, vivo y sano.

—El infierno está aquí, en este mundo, tía Paula.

Cuando estuvo a punto de salir, Gantine añadió:

—Y luego le dirá esto: «Annesa, no te fíes de Paulu. Es una víbora, nada más. No te quiere; si quiere casarse contigo es porque cree que tú has matado al viejo por él, y no quiere tener remordimientos. ¡Ah, es un hombre de conciencia don Paulu!». ¡Oh!, otra cosa, que he sabido esta mañana —concluyó, dando unos pasos hacia dentro—. Luego, le dirá esto: «Annesa, hay una mujerona de Magudas, una viuda fácil y

adinerada, que el otro día se vanagloriaba de que Paulu Decherchi estaba locamente enamorado de ella, y de que ella le prestó mucho dinero, el día antes que el tío Zua se muriera, y de que se lo prestó porque él le ha prometido que se casaría con ella». Buenas noches, tía Paula.

—Espera, espera —imploró la vieja, curiosa, corriendo detrás de él. Pero él se marchó, prometiendo volver.

Annesa, apoyada contra la puerta, con los brazos temblorosos abandonados a lo largo del cuerpo, creía ahogarse, como cuando, la noche del delito, había sabido que Paulu había pasado de largo sin avisarla, y se esforzaba en no creer en las palabras de Gantine. Pero, en el fondo de su corazón, sabía que no había mentido. Borracha de dolor, se repetía a sí misma: «Mejor, mejor. ¡Mejor así!».

Diez

Después de irse Paulu, el padre Virdis, a pesar de las insistentes llamadas de la vieja, no se movió de la habitación del balcón. Con los codos en la mesa, los dedos entre los pelos rojizos de la peluca, resoplaba y repetía, en voz alta:

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Paulu le había declarado que quería a toda costa, y contra la voluntad de todos, casarse con Annesa. Creía que era culpable, y precisamente por eso quería casarse con ella. Pero en esta decisión había tanta rabia, tanto rencor, que el padre Virdis se asustaba de ella.

«Sería el matrimonio del Diablo», pensaba, arrancando los cabellos de la peluca.

Luego se levantó y comenzó a contar con los dedos.

—Primero: no creo en la decisión de Paulu. Sin embargo, es capaz de perseguir a Annesa, de ir a buscarla a Nuoro. Segundo: creo poco en el arrepentimiento y en la conversión de la desgraciada. Me asusta, sobre todo, en ella, la falta de remordimiento. Ahora está invadida por una especie de manía religiosa; pero si vuelve a ver a Paulu, apuesto cualquier cosa a que cae en seguida en sus brazos. Tercero: si esto sucede, estamos perdidos todos: perdidos ellos, los dos desgraciados; perdidos los abuelos, la infeliz madre; perdido yo delante del Señor, yo, que no habré sabido salvar un alma desgraciada. Perdidos, perdidos…

—Micheli, ¿no se cena esta noche? Baja: todo está preparado.

Tía Paula estaba a la puerta. El padre Virdis la miró sin verla, y repitió desoladamente:

—¡Perdidos!

—¿Qué has perdido? —preguntó la vieja, inquieta, mirando por el suelo.

—Mándame a aquella mujer, ve —dijo él, quitándose la peluca otra vez y andando arriba y abajo por la habitación.

—Pero ¿cómo, no bajas, Micheli? Hablarás con ella mientras cenemos.

—No hay tiempo de cenar: ve.

—Me parece que ha llegado el momento de llevar a alguien al manicomio —refunfuñó tía Paula, y bajó las escaleras resoplando y suspirando también.

Annesa subió, muda y triste, pero resignada. El padre Virdis siguió paseándose por la habitación, y, como de costumbre, no la miró.

—Annesa, ¿has leído la carta? ¿Qué has decidido?

—Marcharme.

—Paulu estaba aquí. Hemos hablado durante mucho rato. ¿Sabes qué quiere hacer? Quiere casarse contigo: su familia no quiere, pero él está decidido. ¡Ah, ahora, ahora, ahora! ¡Ahora se ha decidido, *anghelos santos*! ¿Qué dices tú a eso, Annesa? ¿Quieres casarte con él?

—No —repuso ella en seguida.

—¿Por qué no?

—Padre Virdis: usted lo sabe mejor que yo.

—¿Yo lo sé? Sí, tú me lo has dicho: quieres hacer una vida de penitencia. Así hablas ahora; pero, dentro de un mes, dentro de un año, ¿hablarás igual? Si ves otra vez a Paulu, ¿no volverás a caer en pecado mortal? ¿No sería mejor, tal vez, que os casarais?

—No, no; nunca —dijo ella, con energía.

—Quiere verte. Sabe que estás aquí, sabe adónde irás: lo sabe todo, en una palabra. Dice que te seguirá, que te perseguirá. Mejor es que lo veas y le digas lo que piensas.

—No, no —repitió ella, suplicante—. No quiero verle. Padre Virdis mío, no se lo permita.

—¡Claro! Tienes miedo de volverle a ver. Entonces, es mejor que le veas, y entre vosotros os entenderéis. Y si quieres casarte con él, cásate, Annesa. Tal vez esta sea tu mayor penitencia; pero una penitencia que costará además muchas lágrimas a otros inocentes. Y Dios, ¿ves?, Dios, te lo repito, es misericordioso. Él te ha perdonado y no te impone castigo desmedidamente; pero te impone no hacer más daño a nadie, ¿has comprendido?

Ella le seguía con los ojos, le veía irritado, comprendía que seguía desconfiando de ella. ¿Qué hacer? ¿Qué decir para convencerle?

—Padre Virdis —repuso simplemente—, el tiempo responderá por mí.

—El tiempo, el tiempo —repitió, con voz monótona, volviendo los ojos hacia el balcón abierto, como para escrutar, fuera, en el horizonte oscuro, el misterio del porvenir.

El padre Virdis se detuvo, la miró de pasada y meneó la cabeza.

—Así, tú no quieres verlo. Piénsalo bien: tienes tiempo hasta mañana.

—Lo he pensado ya: no quiero verlo.

—Entonces, bajemos y cenemos.

Bajaron. La tía Paula había cerrado el portal y había ido a buscar

vino a la bodega.

El padre Virdis comía y cenaba en la cocina, como un campesino. Sus comidas eran frugales, pero rociadas con abundante y generoso vino. También aquella noche bebió discretamente, y luego comenzó a charlar y a discutir con tía Paula, que repetía las cosas dichas por Gantine.

El padre Virdis se irritaba contra el criado «charlatán y ligero como una mujerzuela»; pero no defendía a Paulu. Annesa escuchaba y callaba, como si sus huéspedes no hablaran de ella, sino de una persona a la que ella no hubiera conocido nunca o estuviera muerta desde hacía mucho tiempo. De repente, sin embargo, mientras tía Paula iba nuevamente a la bodega, Annesa levantó los ojos, y dijo:

—Padre Virdis: le pido un favor. Déjeme ir mañana por la mañana.

—*Anghelos santos!* Tienes mucha prisa, Annesa. Hasta pasado mañana no es posible.

—¡Déjeme marchar! Si no, iré a pie, esta noche. Es preciso que me vaya: ya es hora.

Tía Paula regresó, con la botella en la mano, y comenzó a refunfuñar:

—La bota está agonizando: apenas si sale un hilo de vino. Nuestra casa parece una taberna.

—Abriremos otra bota, querida. ¡Todos los males fueran como este!

Después de cenar, el padre Virdis salió, y cuando volvió llamó a la puerta de la habitación de tía Paula. Annesa estaba ya en la cama: tenía fiebre y dormitaba, sumergida en una niebla de sueños angustiosos. Oyó perfectamente la voz del cura, pero le pareció que seguía soñando.

—Annesa, mañana por la mañana, estate cerca del puente y espera el correo. Antes de marcharte, sube a verme. Paula, ven, tengo que decirte una cosa.

Tía Paula en cofia y enaguas, comenzó a refunfuñar otra vez.

—¿Qué quieres? ¡Ni siquiera por la noche me dejas en paz! No descansas ni dejas descansar. He de irme a la cama.

—Ven, alma mía: sólo dos palabras.

Y cuando estuvieron en el patio, le dijo:

—Hay que prepararle un hatillo, me parece. No podemos despacharla así. ¿Tendrías alguna falda y alguna camisa que darle?

—Te estás volviendo loco de verdad, Micheli. Ahora quieres, además, desnudarme, quitarme la camisa, quitarme la piel.

—Delante del Señor compareceremos sin camisa y hasta sin piel —dijo él, severamente, aunque un poco a propósito—. Menos palabras, Paula: piensa que es una obra de caridad.

—Pero ¿no comprendes que dentro de una de mis camisas caben

tres Annesas?

Esta razón pareció convencerle; no insistió más y subió la escalera. Y tía Paula cerró la puerta de la cocina, entró de nuevo en su habitación; pero, en lugar de acostarse, abrió el arcón, buscó algo, hizo un hatillo, y en el extremo de un pañuelo anudó una moneda de plata y puso el pañuelo dentro del hatillo.

El padre Virdis, mientras tanto, una vez encendida la luz y cerrada la puerta, miraba también dentro de su cofrecillo y contaba el poco dinero que tenía. Dentro de este poco había una moneda de oro, de diez liras, que había recibido de *donna* Rachele para la celebración de cinco misas en sufragio del alma de Zua Decherchi. Y como el resto del poco dinero era en cobre y pesaba demasiado decidió dar a Annesa aquella monedita de oro.

La aurora comenzaba a aclarar el cielo por encima del monte de San Giovanni. El gran valle dormía todavía, con sus rocas, sus murallones de granito, los cúmulos de piedras, apenas claros entre el verde oscuro de las breñas, y en el silencio de la triste aurora, parecía, con sus fantásticos monumentos de piedra y sus breñas melancólicas, un cementerio ciclópeo, bajo cuyas rocas durmieran los gigantes de las leyendas populares.

El cielo era gris; ceniza violado, al fondo del horizonte; cruzado por nubecillas amarillas, sobre los montes de Nuoro y de Orune, velados por vapores color de la flor de la malva.

Annesa bajaba hacia el puente, con un hatillo en la, mano, y parecía temerosa de romper el silencio del lugar y de la hora. Su rostro, gris e inmóvil, y sus ojos, claros, de pupila dilatada, reflejaban la fúnebre serenidad del gran paisaje muerto, del gran cielo solitario.

Al llegar cerca del puente, bajo el que no corría ni siquiera un hilo de agua, se puso detrás de una roca, y, como tenía que esperar bastante rato antes que el coche del tío Sogos rompiera con su estrépito el silencio del camino, se sentó en una piedra y dejó el hatillo en el suelo.

No muy lejos, se levantaba una carrasca con la copa seca, y algunas ramas de hiedra, arrancadas del tronco del árbol, estaban esparcidas por el suelo, no secas aún, pero ya pisoteadas por algún viandante.

Annesa las vio, y recordó que, muchas veces, Paulu la había comparado con la hiedra. ¡Adiós, adiós! Ahora todo está acabado de verdad. Annesa ha reanudado su fatal camino, que debe conducirla lejos, para siempre, de aquellos lugares, donde un día llegó así, como ahora se va con un hatillo en la mano y guiada por un viejo misterioso, que tal vez era su triste destino.

El cielo se cubría de vapores rojizos, que anunciaban un día turbio y caluroso. Una alondra cantó: primero, tímidamente; luego, cada vez con más vida y alegría. En el camino resonó el rodar del coche. Annesa se puso en pie, escuchando. El coche se acercaba. ¿Sería el coche del tío Sogos? Era pronto todavía; pero, probablemente, el viejo cosario había adelantado la hora de la partida. En efecto, el coche, al llegar cerca del puente, disminuyó la marcha y se detuvo. Ella cogió el hatillo, se adelantó hacia el camino; pero cuando hubo dado algunos pasos se detuvo, y un rubor amoratado le encendió el rostro. Paulu Decherchi estaba allí, a pocos pasos, quieto, delante de un coche de dos asientos.

—¡Annesa!

Annesa no se movió. Le miraba asustada, vencida por un sentimiento de miedo y de alegría. Paulu se le acercó y le dijo algo. Ella no lo oyó. Por un instante olvidó cualquier cosa que no fuera él. Si durante aquel momento de inconsciencia él la hubiera cogido por la mano, diciéndole: «Volvamos a casa», ella le hubiese seguido dócilmente.

Pero Paulu no la cogió de la mano, no le propuso regresar a casa, y ella volvió en sí, vio que él había envejecido, que era más feo y que la miraba extrañamente, con ojos de maldad.

—¿Qué quieres? —le preguntó, como despertándose de un sueño.

—Te lo diré durante el camino. Vamos, arriba. Subamos al coche. Tendremos tiempo de hablar durante el camino.

—¿Qué quieres?, ¿qué quieres? ¿Adónde quieres ir? —repitió ella, poniéndose de nuevo pálida y triste.

—Iremos donde quieras. Pero camina, vámonos. Tenemos que irnos.

—Yo no me voy contigo.

Los ojos de Paulu se encendieron de ira.

—Tú vendrás conmigo. ¡Y enseguida! Vamos. Ven.

Alargó la mano, pero la retiró inmediatamente, como si una fuerza y un asco superiores a su voluntad le impidieran tocar a Annesa. Y ella lo advirtió, como en la montaña había advertido el miedo instintivo del padre Virdis. Sin embargo, retrocedió, separándose cada vez más de él.

—Quiero irme, pero no contigo —dijo, con tristeza, pero sin rencor, sin dejar de posar sus ojos abiertos en los ojos despechados de Paulu—. ¿Por qué has venido? Sabías que no te tenía que obedecer. ¿No te lo ha dicho el padre Virdis? Yo no iré contigo, yo no iré nunca más.

—¡Vendrás, vendrás! ¡Te ataré!

—Puedes atarme, arrastrarme. Me escaparé en cuanto pueda, te lo advierto.

Él cruzó los brazos nerviosamente, como para reprimir un posible estallido de violencia. Temblaba de pies a cabeza, y se acercaba y alejaba de ella, como arrastrado y empujado por sentimientos opuestos, por la ira y la pasión, por la piedad y el horror. Ella no le había visto nunca así, ni siquiera en los momentos desesperados, cuando él decía que quería matarse. Le miraba, vencida también ella, a su pesar, por un sentimiento de piedad y de humillación.

—Tú vienes conmigo —dijo él, siguiéndola hasta debajo de la carrasca detrás de cuyo tronco ella se había refugiado—, tú vienes conmigo, sin duda. Si no hoy, mañana; pero vienes conmigo. Vete sola ahora, si quieres; pero fíjate bien en lo que te digo: te prohíbo que sirvas. Yo no soy un vil, ¿comprendes?, no soy un vil. Yo soy Paulu Decherchi, y sé mi deber. Yo no te abandono. ¿Comprendes?

—Comprendo. Tú no eres un vil y no me abandonas. Soy yo, que debo cumplir con mi deber. Y lo cumpliré.

—Deja las palabras inútiles, Anna. Mejor es que dejemos las palabras inútiles. Ni yo te abandono, ni tú debes atormentarme más. ¡Estoy cansado, ¿comprendes?, cansado! Estoy cansado de las locuras del padre Virdis, de las ideas que te ha metido en la cabeza. Estoy cansado de todo. ¡Es hora de terminar!

—Sí; es hora de terminar, Paulu. No grites, no levantes la voz. El padre Virdis no tiene nada que ver en nuestras cosas. También los demás, los tuyos, se inquietan inútilmente. Déjame en paz y regresa en paz. No vayas contra la voluntad de nadie, ni siquiera contra tu misma voluntad.

—Entonces, ¿es precisamente contra tu voluntad contra la que debo luchar?

—Sí.

—¿Por qué?

—El porqué tú lo sabes: no me lo hagas decir.

De repente, los ojos mortecinos de Annesa se animaron, con un dolor casi físico.

—Tú lo sabes —repitió, en voz baja—. Lo leo en tus ojos. Ve, no me atormentes más. Has pensado un poco tarde en tu deber. Pero, cómo sea, es mejor así. Lo que ha sucedido hubiera sucedido igual, y tú me hubieras maldecido. Hasta ahora, ya ves, has cambiado, como yo, Paulu. Yo ya no soy Annesa: soy una mujer mala. Pero ya ves, corazón mío, estoy contenta de que no me maldigas. Tenía miedo de esto. Estoy contenta de que hayas venido, y no te pido más. Tú no tienes, como crees, obligaciones para conmigo. Yo he hecho lo que he hecho porque era mi destino: no lo he hecho solamente por ti; lo he hecho por todos… por todos vosotros… He hecho mal, sin duda; pero estaba como loca, estaba fuera de mí y no comprendía nada. Después… después he comprendido, y he hecho un voto. He dicho: si

se salva, si me salvo, quiero castigarme, quiero irme, quiero vivir lejos de él, para no pecar más. Eso es todo; y he hecho bien, porque tú también, tú también, Paulu, tú también has cambiado. Tú ahora tienes miedo de mí, y tienes razón.

—Tú deliras, estás fuera de ti —dijo él, oprimiéndose la cabeza con las manos—. ¡Nada es verdad! ¡Nada, nada! —gritó luego, como fuera de sí, rabiosamente.

—En cambio, todo es verdad. Lo que ha pasado ha pasado.

Ella sacudió la cabeza, sacudió las manos, como si quisiera arrojar lejos de sí el pasado. El pareció calmarse, convencido por las palabras de ella. Agachó la cabeza y miró las ramas marchitas de la hiedra. En el silencio, desde lo alto de la carrasca, el trino de la alondra se expandía, cada vez más alegre.

—¿Qué harás? —le preguntó él—. ¿Adónde irás? Estás enferma, has envejecido. ¿Qué harás?, ¿de criada? ¿Sabes qué quiere decir ser criada? ¿Sabes cómo es la familia con la que tienes que ir? Yo conozco a tus dueños. Gente avara, gente pretenciosa; no te querrán. Te pondrás enferma, caerás y te secarás inútilmente, como estas hojas.

—La hiedra estaba a punto de ahogar al árbol: mejor es que la hayan arrancado —repuso ella, enternecida por la piedad que finalmente él le mostraba.

Se dejó caer, sentada, en la piedra, y escondió la cara entre las manos.

Paulu siguió hablando. Ella permaneció inmóvil, sentada en la piedra, con los codos en las rodillas y la cara entre las manos, como cuando, sentada en el escalón de la puerta que daba al huerto, devanaba en su mente el hilo de sus tenebrosos pensamientos. Comprendía que Paulu, en el fondo, estaba contento de librarse de ella, y Paulu, a su vez, sentía que sus palabras eran vanas y no llegaban hasta el alma de Annesa.

En la lejanía resonó el pesado rodar del correo.

—Vete —suplicó ella—. ¡Por amor de Dios, vete! Dejémonos en paz. Dame la mano. Saluda a los tuyos, a don Simone, a tío Cosimu, a *donna* Rachele. Diles que no soy una ingrata. Desgraciada, sí; pero ingrata, no. Vete, adiós.

Él no se movió.

El correo se acercaba, debía ya de haber pasado el primer recodo antes del puente.

Annesa se levantó, recogió su hatillo.

—Paulu, adiós. Dame la mano.

Pero él, palidísimo, luchando evidentemente entre el deseo, de dejarla partir y la humillación que la generosidad de ella le infligía, volvió la cara hacia otro lado y se agitó de nuevo.

—¡No, no! Yo no quiero decirte adiós ni darte la mano. ¡Nos

volveremos a ver! Te arrepentirás amargamente de lo que hoy haces. Vete, si quieres, no te lo impido; pero no te perdono. Annesa, no te puedo perdonar, porque tú hoy me ofendes como nunca nadie me ha ofendido. Vete, si quieres, vete.

—Paulu, corazón mío —gritó ella, con desesperación—. ¡Perdóname, mírame! No me dejes marchar desesperada. Perdóname, perdóname.

—Ven conmigo. Vámonos. Voy a avisar a tío Sogos que pase de largo.

Entonces, ella se le enroscó al cuello para impedirle que se moviera, y entre los brazos de él que la acogía sobre su pecho con un impulso de auténtica piedad, tembló de los pies a la cabeza, como un pajarillo herido.

—¡Vámonos, vámonos! —repetía él—. Vamos adónde quieras. En cualquier parte se puede hacer penitencia: hemos pecado juntos, haremos penitencia juntos.

El correo llegó, se detuvo en el puente. Annesa sentía que Paulu le hablaba con dulzura y con piedad, porque estaba segura de que ella se iría. Ni siquiera se le ocurrió ponerle a prueba. Se separó de él; le pareció que había pecado con sólo tocarle. Sin decirle una sola palabra más, recogió su hatillo y se dirigió hacia el camino.

Él no siguió.

Once

Y pasaron años y años.

Los viejos se murieron. Los jóvenes envejecieron.

Conocedora de la historia de Annesa, la familia en la que ella tenía que ir a servir no quiso saber nada de ella. Tuvo que esperar bastante tiempo antes de encontrar una casa, y, finalmente, la acogieron en una familia de pequeños terratenientes burgueses. El dueño intentó seducirla; la dueña, cada vez que volvía del sermón o del paseo y había visto a alguna señora mejor vestida que ella, la tomaba con la criada. Un día la apaleó.

No era la vida de penitencia soñada por la mujer culpable, ni tampoco era una vida muy alegre. De todas maneras, el tiempo pasó. Gantine fue a buscar a su exprometida. Paulu le escribió. Luego Gantine se casó y Paulu pareció resignarse.

Annesa cambió de dueños; fue a parar, finalmente, a casa de un viejo sacerdote al que todos llamaban canónigo Mariposa, porque andaba tan ligero que parecía que volaba. Canónigo Mariposa tenía fama de astrólogo, porque cada noche, desde las pequeñas ventanas de su casita situada en un extremo del pueblo, miraba largamente las estrellas. Cuando sucedía algún fenómeno celeste, todos acudían a él para obtener explicaciones.

Era un hombre culto, pero también muy distraído. Pronto Annesa fue la dueña de la casita y pudo hacer todo lo que quiso. Entonces conquistó fama de mujer piadosa; se la vio detrás de todos los entierros, la llamaban a asistir a los moribundos, a lavar y a vestir los cadáveres. Todos los enfermos pobres, las parturientas pobres, los paralíticos pobres, tuvieron de ella algún socorro.

Y así pasaron los años. Una vez, *donna* Rachele se trasladó a Nuoro por la fiesta del Redentor fue a ver a Annesa, la abrazó y lloraron juntas. Luego, la vieja dama, pálida y triste, con su chal negro, como la Virgen en busca del Hijo muerto, cogió a la criada de la mano y empezó a lamentarse.

—Los viejos, ya sabes, los viejos están muertos. Rosa sigue estando enferma; Paulu ha envejecido, sufre de insomnio y de otros achaques.

También yo, de día en día, me inclino cada vez más, buscando el lugar en donde está mi fosa. Tenemos necesidad de una mujer fiel en casa, de una mujer desinteresada y que nos quiera. Hemos tenido una criada que nos lo robaba todo. Paulu no sirve para nada; Rosa está inválida. ¿Qué será de ellos si me muero?

Annesa creyó que *donna* Rachele quería proponerle volver; y, aunque decidida a negarse, sintió que le latía el corazón. Pero la vieja no prosiguió.

Un tiempo después, Annesa supo que Paulu estaba enfermo del tifus. Luego, un día, a finales de otoño, se le vio aparecer delante, como un fantasma. Parecía realmente el fantasma de sí mismo: viejo, delgado, con los cabellos blancos, los ojos hundidos y los dientes salientes. Durante todos aquellos años había seguido viviendo del ocio, de embrollos, de vicios; luego, el tifus, le había oscurecido un poco la mente, dejándole una extraña manía: creía que había sido cómplice de Annesa en la muerte del viejo y sentía remordimientos por ello. Al verle, Annesa se asustó. Él le contó sus males.

—Todas las noches sueño con el viejo. Algunas veces se me aparece el abuelo Simón, que me impone venirte a buscar y obligarte a casarte conmigo. ¿Qué hacemos, Annesa? ¿No tienes remordimientos tú? ¿No sueñas con el viejo?

Los remordimientos nunca la habían atormentado: se había arrepentido. Creía que ya se había castigado bastante abandonando al amante y a la familia de sus bienhechores; pero, después de los primeros tiempos, no había vuelto a soñar o a ver al viejo.

—¿Qué hacemos? —repitió Paulu—. En mi casa hay necesidad de una mujer fiel y paciente. Mi madre es vieja y también ella está arruinada. Rosa es muy infeliz y yo soy un muerto que anda. Anna, vuelve, si quieres hacer penitencia.

—*Donna* Rachele tiene miedo de mí —repuso Annesa—; si ella quiere, puedo volver; pero mientras viva no hablemos de matrimonio.

—Entonces es inútil que vuelvas —repuso él, atormentado por su idea fija.

Y se fue, sin ni siquiera darle la mano. El uno para el otro, ahora ya, eran gélidos fantasmas. Pasó otro año. Él no la molestó más; pero con sus remordimientos, sus miedos, su idea fija, debió de impresionar a *donna* Rachele, porque un día Annesa recibió una carta en la cual la vieja dama le rogaba que volviera.

Annesa abandonó con dolor la tranquila casita desde cuyas ventanas el canónigo Mariposa hablaba con las estrellas; y volvió. La vieja casa de los Decherchi parecía una vetusta ruina. La puerta carcomida, los balcones enmohecidos, hundidos, la cornisa cubierta de hierbas silvestres, todo, tanto en el exterior como en el interior, todo era decrépito, a punto de caerse para sepultar a las tres mezquinas

criaturas que vivían dentro de la casa.

Annesa entró llorando en aquel lugar de pena vio a *donna* Rachele acostada en el camastro, en el comedor; y se estremeció. Junto a la cama estaba sentada una viejecita amarillenta, un poco jorobada, con dos grandes ojos metálicos que tenían una mirada extraña, desconfiada y felina.

—¡Rosa! ¡Rosa mía!

Pero Rosa no la reconoció; y cuando supo que aquella mujercita que parecía más joven que ella era Annesa, la antigua hija adoptiva, su futura madrastra, la miró con mayor desconfianza.

—Rosa —le dijo *donna* Rachele—, ve a la cocina y calienta un poco de café.

—Puedo ir yo. ¡Conozco la cocina, me parece! —exclamó Annesa. Pero Rosa sacó del bolsillo, con ostentación, un manojo de llaves, abrió el cajón de la mesa, cogió el azúcar y dijo:

—Tú no sabes, no sabes dónde están las provisiones. Ahora voy yo a la cocina. Quédate ahí con la abuela.

Y se metió las llaves en el bolsillo. Al quedarse solas, *donna* Rachele dijo a su antigua hija adoptiva:

—No contraríes a la pobre Rosa. Está muy orgullosa de ser la dueña de lo poco que todavía tenemos. No la contraríes, Annesa, hija mía. Cuando tiene algún disgusto, la pobre Rosa cae al suelo con un ataque. No la contraríes.

En aquel momento entró Paulu. Había estado en misa y alguien le había avisado de la llegada de Annesa.

—¿Qué novedades hay por Nuoro? —le preguntó simplemente, estrechándole la mano—. ¿Hace mucho calor?

—No mucho —repuso ella.

Le miró. En un año, Paulu había acabado de envejecer: tenía el cabello blanco, el bigote gris. Se parecía al tío Cosimu Damiano.

—Paulu —dijo, en voz baja, *donna* Rachele—, advertí a Annesa que no contrariara a la pobre Rosa. Pídeselo tú. Dile que…

—¡Sí, sí! —dijo él con impaciencia—. Annesa sabe ya que ha vuelto aquí para hacer penitencia. Te lo he dicho, Anna, me parece. Te lo he dicho, ¿sí o no?

—Sí, sí —repuso ella.

Como en una noche lejana, ella abre la puerta que da al huerto y se sienta en el escalón de piedra.

La noche es cálida, tranquila, iluminada apenas por el velo blancuzco de la Vía Láctea. El huerto huele a albahaca; el bosque está inmóvil. La montaña, con su perfil de dorso humano, parece dormir tendida sobre el desierto infinito del cielo estrellado.

Todos duermen: hasta Paulu, que sufre de largos insomnios nerviosos. Sin embargo, desde hace unos días está tranquilo. Su

conciencia está a punto de tranquilizarse. Mañana Annesa tendrá un nombre: se llamará Annesa Decherchi. Todo está dispuesto para las bodas modestas y melancólicas. Annesa lo ha preparado todo; y ahora se sienta, cansada, en el escalón de la puerta.

Y piensa, o, mejor dicho, no piensa, pero siente, que su verdadera penitencia, su verdadera obra de piedad ha empezado finalmente. Mañana se llamará Annesa Decherchi: la hiedra volverá a juntarse con el árbol y lo cubrirá piadosamente con sus hojas. Piadosamente, porque el viejo tronco, ahora ya, está muerto.

Sobre la autora

Grazia Deledda nació en Cerdeña, en el seno de una familia de sabios y artistas. En casa tenían una buena biblioteca y su padre era poeta aficionado, pero se opuso cuando ella empezó a escribir a los 12 años. Así lo contó la autora al recoger el Nobel de Literatura en 1926. Fue la segunda mujer en ganarlo.

Los viajantes que pasaban por su casa, acogidos por su padre (el alcalde de la aldea), se convirtieron en sus primeros personajes. La Cerdeña rural fue su escenario favorito. Siendo adolescente, los plasmó a todos en cuentos para una revista femenina. Su primer gran éxito fue la historia del expresidiario *Elias Portolu* (1903) y más tarde títulos como *Cenizas* o *La hiedra* saltaron a la gran pantalla. Siempre poética, la narrativa de Deledda habla de la dureza de la vida, las tradiciones y la religión.

EBOOKS DE GRAZIA DELEDDA

DE CIUDAD DE LIBROS
Y OPEN ROAD EN ESPAÑOL

Disponibles en todos los sitios
donde se venden ebooks

CIUDAD
DE LIBROS

¿Te ayudamos a decidir tu próxima lectura?

www.ciudaddelibros.com

Únete a nuestra comunidad y descubre qué libros recomiendan otros lectores

www.facebook.com/CdLibros

www.twitter.com/cdlibros

Si lo tuyo son las imágenes, diviértete 'pineando' con nosotros:
www.pinterest.com/ciudaddelibros